

# Trilingual anthology

---

## *Extracts of:*

- *El cantar de mio cid*
  - *La vida de Lazarillo de Tormes*
  - *Don Quijote, Miguel de Cervantes*
  - *El burlador de Sevilla, Tirso de Molina*
  - *Beatriz y los cuerpos celestes, Lucía Etxebarria*
  - *El camiuo de los ingleses, Antonio Soler*
- 

## EL CANTAR DE MÍO CID - Cantar primero

Cantar primero: Destierro del Cid

1.

El Cid convoca a sus vasallos; éstos se destierran con él.

Adiós del Cid a Vivar.

(Envió a buscar a todos sus parientes y vasallos,  
y les dijo cómo el rey le mandaba salir de todas sus tierras  
y no le daba de plazo más que nueve días y que quería saber  
quiénes de ellos querían ir con él y quiénes quedarse.)

A los que conmigo vengan que Dios les dé muy buen pago;  
también a los que se quedan contentos quiero dejarlos.

Habló entonces Álvar Fáñez, del Cid era primo hermano:

"Con vos nos iremos, Cid, por yermos y por poblados;  
no os hemos de faltar mientras que salud tengamos,  
y gastaremos con vos nuestras mulas y caballos  
y todos nuestros dineros y los vestidos de paño,  
siempre querremos serviros como leales vasallos."

Aprobación dieron todos a lo que ha dicho don Álvaro.

Mucho que agradece el Cid aquello que ellos hablaron.

El Cid sale de Vivar, a Burgos va encaminado,  
allí deja sus palacios yermos y desheredados.

Los ojos de Mío Cid mucho llanto van llorando;

hacia atrás vuelve la vista y se quedaba mirándolos.

Vio como estaban las puertas abiertas y sin candados,  
vacías quedan las perchas ni con pieles ni con mantos,  
sin halcones de cazar y sin azores mudados.

Y habló, como siempre habla, tan justo tan mesurado:  
"¡Bendito seas, Dios mío, Padre que estás en lo alto!  
Contra mí tramaron esto mis enemigos malvados".

2

Agüeros en el camino de Burgos

Ya aguijan a los caballos, ya les soltaron las riendas.  
Cuando salen de Vivar ven la corneja a la diestra,  
pero al ir a entrar en Burgos la llevaban a su izquierda.  
Movi6 Mío Cid los hombros y sacudi6 la cabeza:  
"¡Ánimo, Álvarez F4ñez, 4nimo, de nuestra tierra nos echan,  
pero cargados de honra hemos de volver a ella! "

3

El Cid entra en Burgos

Ya por la ciudad de Burgos el Cid Ruy DÍaz entr6.  
Sesenta pendones lleva detr4s el Campeador.  
Todos salían a verle, ni6o, mujer y var6n,  
a las ventanas de Burgos mucha gente se asom6.  
¡Cu4ntos ojos que lloraban de grande que era el dolor!  
Y de los labios de todos sale la misma raz6n:  
"¡Qu6 buen vasallo sería si tuviese buen se6or!"

4

Nadie hospeda al Cid.  
S6lo una ni6a le dirige la palabra para mandarle alejarse.  
El Cid se ve obligado a acampar fuera de la poblaci6n, en la glera.

De grado le albergarían, pero ninguno lo osaba,  
que a Ruy DÍaz de Vivar le tiene el rey mucha sa6a.  
La noche pasada a Burgos llevaron una real carta  
con severas prevenciones y fuertemente sellada  
mandando que a Mío Cid nadie le diese posada,  
que si alguno se la da sepa lo que le esperaba:  
sus haberes perdería, m4s los ojos de la cara,  
y adem4s se perdería salvaci6n de cuerpo y alma.  
Gran dolor tienen en Burgos todas las gentes cristianas  
de Mío Cid se escondían: no pueden decirle nada.  
Se dirige Mío Cid adonde siempre paraba;  
cuando a la puerta lleg6 se la encuentra bien cerrada.  
Por miedo del rey Alfonso acordaron los de casa  
que como el Cid no la rompa no se la abrirán por nada.  
La gente de Mío Cid a grandes voces llamaba,  
los de dentro no querían contestar una palabra.  
Mío Cid pic6 el caballo, a la puerta se acercaba,  
el pie sac6 del estribo, y con 4l gran golpe daba,  
pero no se abri6 la puerta, que estaba muy bien cerrada.  
La ni6a de nueve a6os muy cerca del Cid se para:  
"Campeador que en bendita hora ce6iste la espada,

el rey lo ha vedado, anoche a Burgos llegó su carta,  
con severas prevenciones y fuertemente sellada.  
No nos atrevemos, Cid, a darte asilo por nada,  
porque si no perderíamos los haberes y las casas,  
perderíamos también los ojos de nuestras caras.  
Cid, en el mal de nosotros vos no vais ganando nada.  
Seguid y que os proteja Dios con sus virtudes santas."  
Esto le dijo la niña y se volvió hacia su casa.  
Bien claro ha visto Ruy Díaz que del rey no espere gracia.  
De allí se aparta, por Burgos a buen paso atravesaba,  
a Santa María llega, del caballo descabalgaba,  
las rodillas hinca en tierra y de corazón rogaba.  
Cuando acabó su oración el Cid otra vez cabalga,  
de las murallas salió, el río Arlanzón cruzaba.  
Junto a Burgos, esa villa, en el arenal posaba,  
las tiendas mandó plantar y del caballo se baja.  
Mío Cid el de Vivar que en buen hora ciñó espada  
en un arenal posó, que nadie le abre su casa.  
Pero en torno suyo hay guerreros que le acompañan.  
Así acampó Mío Cid cual si anduviera en montaña.  
Prohibido tiene el rey que en Burgos le vendan nada  
de todas aquellas cosas que le sirvan de vianda.  
No se atreven a venderle ni la ración más menguada.

5

Martín Antolínez viene de Burgos a proveer de víveres al Cid.

El buen Martín Antolínez, aquel burgalés cumplido,  
a Mío Cid y a los suyos los surte de pan y vino;  
no lo compró, que lo trajo de lo que tenía él mismo;  
comida también les dio que comer en el camino.  
Muy contento que se puso el Campeador cumplido  
y los demás caballeros que marchan a su servicio.  
Habló Martín Antolínez, escuchad bien lo que ha dicho:  
"Mío Cid Campeador que en tan buen hora ha nacido,  
descansemos esta noche y mañana ¡de camino!  
porque he de ser acusado, Cid, por haberos servido  
y en la cólera del rey también me veré metido.  
Si logro escapar con vos, Campeador, sano y vivo,  
el rey más tarde o temprano me ha de querer por amigo;  
las cosas que aquí me dejo en muy poco las estimo."

6

El Cid, emprobrecido, acude a la astucia de Martín Antolínez.  
Las arcas de arena.

Habla entonces Mío Cid, que en buen hora ciñó espada:  
"¡Oh buen Martín Antolínez, el de la valiente lanza!"  
Si Dios me da vida he de doblaros la soldada.

Ahora ya tengo gastado todo mi oro y mi plata,  
bien veis, Martín Antolínez, que ya no me queda nada.  
Plata y oro necesito para toda mi compañía,  
No me lo darán de grado, lo he de sacar por las malas.  
Martín, con vuestro consejo hacer quisiera dos arcas,  
Las llenaremos de arena por que sean muy pesadas,  
bien guarnecidas de oro y de clavos adornadas.

7

Las arcas destinadas para obtener dinero de dos judíos burgaleses.

Bermejo ha de ser el cuero y los clavos bien dorados.  
Buscadme a Raquel y Vidas, decid que voy desterrado  
por el rey y que aquí en Burgos el comprar me está vedado.  
Que mis bienes pesan mucho y no podría llevármelos,  
yo por lo que sea justo se los dejaré empeñados.  
Que me juzgue el Creador, y que me juzguen sus santos,  
no puedo hacer otra cosa, muy a la fuerza lo hago.

8

Martín Antolínez vuelve a Burgos en busca de los judíos.

A lo que el Cid le mandó, Martín Antolínez marcha,  
atraviesa todo Burgos, en la judería entraba,  
por Vidas y por Raquel con gran prisa preguntaba.

9

Trato de Martín Antolínez con los judíos.  
Éstos van a la tienda del Cid.  
Cargan con las arcas de arena.

A los judíos encuentra cuando estaban ocupados  
en contar esas riquezas que entre los dos se ganaron.  
Les saluda el burgalés, muy atento y muy taimado:  
"¿Cómo estáis, Raquel y Vidas, amigos míos tan caros?  
En secreto yo querría hablar con los dos un rato".  
No le hicieron esperar; en un rincón se apartaron.  
"Mis buenos Raquel y Vidas, vengan, vengan esas manos,  
guardadme bien el secreto, sea a moro o a cristiano,  
que os tengo que hacer ricos y nada habrá de faltáros.  
De cobrar parias a moros el rey al Cid le ha encargado,  
grandes riquezas cogió, y caudales muy preciados,  
pero luego se quedó con lo que valía algo,  
y por eso se ve ahora de tanto mal acusado.  
En dos arcas muy repletas tiene oro fino guardado.  
Ya sabéis que don Alfonso de nuestra tierra le ha echado,  
aquí se deja heredades, y sus casas y palacios,  
no puede llevar las arcas, que le costaría caro,  
el Campeador querría dejarlas en vuestras manos  
empeñadas, y que, en cambio, les deis dinero prestado.  
Coged las arcas del Cid, ponedlas a buen recaudo,

pero eso tiene que ser con juramento prestado  
que no las habéis de abrir en lo que queda de año."

Raquel y Vidas están un rato cuchicheando:

"En este negocio hemos de sacar nosotros algo.

Cuando el Cid cobró las parias, mucho dinero ha ganado,  
de allá de tierra de moros gran riqueza se ha sacado.

Quien muchos caudales lleva nunca duerme descansado.

Quedémonos con las arcas, buen negocio haremos ambos,  
pondremos este tesoro donde nadie pueda hallarlo.

Pero queremos saber qué nos pide el Cid en cambio  
y qué ganancia tendremos nosotros por este año."

Dice Martín Antolínez, muy prudente y muy taimado:

"Muy razonable será Mío Cid en este trato:

poco os ha de pedir por dejar su haber en salvo.

Muchos hombres se le juntan y todos necesitados,  
el Cid tiene menester ahora de seiscientos marcos."

Dijeron Raquel y Vidas: "Se los daremos de grado".

"El Cid tiene mucha prisa, la noche se va acercando,  
necesitamos tener pronto los seiscientos marcos".

Dijeron Raquel y Vidas: "No se hacen así los tratos,  
sino cogiendo primero, cuando se ha cogido dando".

Dijo Martín Antolínez: "No tengo ningún reparo,  
venid conmigo, que sepa el Cid lo que se ha ajustado

y, como es justo, después nosotros os ayudamos  
a traer aquí las arcas y ponerlas a resguardo,  
con tal sigilo que en Burgos no se entere ser humano".

Dijeron Raquel y Vidas: "Conformes los dos estamos.

En cuanto traigan las arcas tendréis los seiscientos marcos".

El buen Martín Antolínez muy de prisa ha cabalgado,  
van con él Raquel y Vidas, tan satisfechos del trato.

No quieren pasar el puente, por el agua atravesaron  
para que no lo supiera en Burgos ningún cristiano.

Aquí veis cómo a la tienda del famoso Cid llegaron;  
al entrar fueron los dos a besar al Cid las manos.

Sonrióse Mío Cid, y así comenzara a hablarlos:

"Sí, don Raquel y don Vidas, ya me habíais olvidado.

Yo me marchó de Castilla porque el rey me ha desterrado.

De aquello que yo ganare habrá de tocaros algo,  
y nada os faltará, mientras que viváis, a ambos".

Entonces Raquel y Vidas van besarles las manos.

Martín Antolínez tiene el trato bien ajustado  
de que por aquellas arcas les darán seiscientos marcos,  
bien se las han de guardar hasta el cabo de aquel año,  
y prometido tenían y así lo habían jurado,

que si las abrieran antes queden por perjuros malos  
y no les dé en interés don Rodrigo ni un ochavo.

Dijo Martín Antolínez: "Raquel y Vidas, lleváos  
las dos arcas cuanto antes y ponedlas a resguardo,  
yo con vosotros iré para que me deis los marcos,  
que ha de salir Mío Cid antes de que cante el gallo."

¡Que alegres que se ponían cuando los cofres cargaron!

Forzudos son, mas cargarlos les costó mucho trabajo.  
Ya se alegran los judíos en los dineros pensando,  
para el resto de sus días por muy ricos se juzgaron.

10

Despedida de los judíos y el Cid.  
Martín Antolínez se va con los judíos a Burgos.

Raquel coge a Mío Cid la mano para besarla:  
"Campeador, el que en buena hora se ciñó la espada,  
hoy de Castilla os vais para las tierras extrañas.  
Vuestra suerte así lo quiere, grandes son vuestras ganancias.  
Una piel morisca quiero de rico color de grana,  
humildemente os pido me la traigáis regalada."  
"Concedido, dijo el Cid, la piel os será mandada,  
si no, la descontaréis de lo que valen las arcas".  
Los cofres de Mío Cid los judíos se llevaban,  
el buen Martín Antolínez por Burgos los acompaña.  
Así con muy gran secreto llegaron a su morada.  
Tendieron un cobertor por el suelo de la cámara  
y encima de él una sábana de tela de hilo muy blanca.  
Contó Don Martín de un golpe trescientos marcos de plata,  
con la cuenta le bastó, sin pesarlos los tomaba,  
los otros trescientos marcos en otro se los pagaban.  
Cinco escuderos traía y los cinco llevan carga.  
Cuando acabó Don Martín, a los judíos hablaba:  
"En vuestras manos, Raquel y Vidas, están las arcas  
mucho ganáis, bien merezco que me deis para unas calzas".

11

El Cid, provisto de dinero por Martín Antolínez, se dispone a marchar.

Entonces Raquel y Vidas allí a un lado se apartaron:  
"En verdad que esta ganancia él es quien nos la ha buscado."  
Dicen: "Martín Antolínez, burgalés bien afamado,  
merecido lo tenéis, os daremos buen regalo,  
calzas os podréis comprar, buena piel y rico manto.  
La donación os hacemos, don Martín, de treinta marcos,  
y bien los habréis merecido si nos guardáis este trato,  
que vos sois el fiador de aquello que hemos pactado."  
Lo agradece don Martín, recibe los treinta marcos,  
de su casa quiere irse, ya se despide de ambos.  
Por Burgos atravesó, el Arlanzón ha pasado,  
encamínase a la tienda de Mío Cid bienhadado.  
Ruy Díaz le ha recibido, abiertos ambos los brazos:  
"Ya estás aquí, don Martín Antolínez, fiel vasallo,  
Dios quiera que llegue el día en que pueda darte algo."  
"Aquí estoy, Campeador, y buena ayuda os traigo,  
para vos seiscientos marcos, y para mí treinta he sacado.  
Mandad recoger la tienda y a toda prisa partamos;  
que en San Pedro e Cardeña nos coja el cantar del gallo.

Veremos a vuestra esposa, esa prudente hijadalgo.  
Muy corta sea la estancia, de Castilla no salgamos,  
así es menester, que el plazo del destierro va expirando."

12

El Cid monta a caballo y se despide de la catedral de Burgos,  
prometiéndole mil misas al altar de la Virgen.

Esto dicho, manda el Cid alzar su tienda en seguida.  
El Cid y todos los suyos cabalgan a mucha prisa.  
La cara de su caballo vuelve hacia Santa María  
alza la mano derecha y la cara se santigua:  
"A ti lo agradezco, Dios, que el cielo y la tierra guías;  
que con vos en deuda quedo de haceros cantar mil misas".  
Hoy a Castilla abandono, del rey me arroja la ira:  
¡quién sabe si he de volver en los días de mi vida!  
Que vuestro poder me valga al marcharme de Castilla,  
y que él me ayude y me acorra de noche como de día.  
Si así lo hacéis, Virgen Santa, y si la suerte me auxilia  
a vuestro altar mandaré muchas cosas y muy ricas,  
que con Vos en deuda quedo de haceros cantar mil misas."

13

Martín Antolínez se vuelve a la ciudad.

Con mucho dolor se arranca el Campeador de allá.  
Las riendas soltaron todos, empiezan a cabalgar,  
Dijo Martín Antolínez, aquel burgalés leal:  
"Vuelvo a Burgos, que a mi esposa despacio tengo que hablar  
y advertir a los de casa de lo que en mi ausencia harán.  
Si el rey me quita mis bienes poco se me importará.  
Con vos estaré otra vez cuando el sol quiera rayar."

14

El Cid va a Cardeña a despedirse de su familia.

Don Martín se torna a Burgos, su camino el Cid siguió,  
llegar quería a Cardeña, el caballo espoleó  
y con él los caballeros que de su compañía son.  
Aprisa cantan los gallos y quebrar quiere el albor  
del día, cuando a San Pedro llega el buen Campeador.  
Estaba el abad don Sancho muy buen cristiano de Dios,  
rezando a San Pedro apóstol y a Cristo Nuestro Señor:  
"Tú, que eres guía de todos, guíame al Campeador."

15

Los monjes de Cardeña reciben al Cid.  
Jimena y sus hijas llegan ante el desterrado.

A la puerta llaman; todos saben que el Cid ha llegado.  
¡Dios, qué alegre que se ha puesto ese buen abad don Sancho!

Con luces y con candelas los monjes salen al patio.  
"Gracias a Dios, Mío Cid, le dijo el abad don Sancho,  
puesto que os tengo aquí, por mí seréis hospedado."  
Esto le contesta entonces Mío Cid el bienhadado:  
"Contento, de vos estoy y agradecido, don Sancho,  
prepararé la comida mía y la de mis vasallos.  
Hoy que salgo de esta tierra os daré cincuenta marcos,  
si Dios me concede vida os he de dar otro tanto.  
No quiero que el monasterio por mí sufra ningún gasto.  
Para mi esposa Jimena os entrego aquí cien marcos;  
a ella, a sus hijas y damas podréis servir este año.  
Dos hijas niñas os dejo, tomadlas a vuestro amparo.  
A vos os las encomiendo en mi ausencia, abad don Sancho,  
en ellas y en mi mujer ponedme todo cuidado.  
Si ese dinero se acaba o si os faltare algo,  
dadles lo que necesiten, abad, así os lo mando.  
Por un marco que gastéis, así conveto daré cuatro."  
Así se lo prometió el abad de muy buen grado.  
Ved aquí a doña Jimena, con sus hijas va llegando,  
a cada una de las niñas la lleva una dama en brazos.  
Doña Jimena ante el Cid las dos rodillas ha hincado.  
Llanto tenía en los ojos, quísole besar las manos.  
Le dice: "Gracias os pido, Mío Cid el bienhadado.  
Por calumnias de malsines del reino vais desterrado."

16

Jimena lamenta el desamparo en que queda la niñez de sus hijas.  
El Cid espera llegar a casarlas honradamente.

"¡Merced os pido, buen Cid, noble barba tan crecida!  
Aquí ante vos me tenéis, Mío Cid, y a vuestras hijas,  
de muy poca edad las dos y todavía tan niñas.  
Conmigo vienen también las damas que nos servían.  
Bien veo, Campeador, que preparáis vuestra ida;  
tenemos que separarnos estando los dos en vida.  
¡Decidnos lo que hay que hacer, oh Cid, por Santa María!"  
Las dos manos inclinó el de la barba crecida,  
a sus dos niñas coge, en sus brazos las subía,  
al corazón se las llega, de tanto que las quería.  
Llanto le asoma a los ojos y muy fuerte que suspira.  
"Es verdad, doña Jimena, esposa honrada y bendita,  
tanto cariño os tengo como tengo al alma mía.  
Tenemos que separarnos, ya los veis, los dos en vida;  
a vos os toca quedaros, a mi me toca la ida.  
¡Quiera Dios y con Él quiera la Santa Virgen María  
que con estas manos pueda aún casar nuestras hijas  
y que me puede ventura y algunos días de vida  
para poderos servir, mujer honrada y bendita!"

17

Un centenar de castellanos se juntan en Burgos para irse con el Cid.



¡Qué gran comida le hicieron al buen Cid Campeador!  
Las campanas de San Pedro tañían a gran clamor.  
Por las tierras de Castilla iba corriendo el pregón  
de que se va de la tierra Mío Cid Campeador.  
¡Cuántos dejaron su casa, su tierra o su posesión!  
En aquel día en la puente que pasa el río Arlanzón  
júntanse muchos guerreros, mas de ciento quince son.  
Todos iban en demanda del buen Cid Campeador.  
Llega Martín Antolínez, con ellos se reunió,  
y se van para San Pedro en donde está su señor.

18

Los cien castellanos llegan a Cardeña y se hacen vasallos del Cid.  
Éste dispone seguir su camino por la mañana.  
Los maitines en Cardeña.  
Oración de Jimena.  
Adiós del Cid a su familia.  
Últimos encargos al abad de Cardeña.  
El Cid camina al destierro; hace noche después de pasar el Duero.

Cuando supo que venían Mío Cid el de Vivar  
y que su compañía crece, con que más fuerza tendrá,  
aprisa monta a caballo, y a recibirlos se va.  
¡Cómo se sonríe el Cid cuando ya a su vista están!  
Van acercándose todos para su mano besar.  
Habló entonces Mío Cid con palabras de verdad:  
"Yo ruego a nuestro Señor y Padre Espiritual  
que a los que por mí dejáis vuestra casa y heredad  
antes de morir os pueda con otros bienes pagar,  
que lo que perdéis, doblado os lo pudierais cobrar".  
Muy contento estaba el Cid porque se le juntan más  
y muy contentos los hombres que al destierro con él van.  
Del plazo de nueve días seis están pasados ya  
y nada más que tres días les quedaban por pasar.  
Mandado tenía el rey a Mío Cid vigilar,  
por que si, pasado el plazo, en sus reinos aún está  
ni por oro ni por plata se pueda el Cid escapar.  
Ya se va acabando el día, la noche quería entrar,  
a todos sus caballeros el Cid los manda juntar.  
"Oídme, varones, y que esto no os sirva de pesar,  
poco tengo pero quiero a todos su parte dar.  
Ahora fijáos muy bien en lo que voy a mandar:  
quiero que al amanecer, cuando el gallo cantará,  
sin perder tiempo mandéis los caballos ensillar.  
A maitines en San Pedro ya tañerá el buen abad  
y él nos rezará la misa de la Santa Trinidad.  
En cuanto acabe la misa echemos a cabalgar,  
el plazo ya viene cerca, mucho tenemos que andar".  
Así como el Cid lo manda sus caballeros harán.  
Pasándose va la noche, viene la mañana ya,

cantan los segundos gallos, y comienzan a ensillar.  
Tañe el abad a maitines, mucha prisa que se dan.  
Mío Cid y su mujer para la iglesia se van.  
Echóse doña Jimena en las gradas del altar  
y a Dios reza, lo mejor que ella sabía rezar,  
por que a Mío Cid le guarde el Señor de todo mal.  
"A Ti, Señor glorioso, Padre que en el cielo estás:  
hiciste el cielo y la tierra, al tercero día el mar,  
luna y estrellas hiciste y el sol para calentar,  
en Santa María madre fuiste Tú carne a tomar  
y en Belén te apareciste conforme a tu voluntad.  
Pastores te glorifican, laudos te van a cantar,  
llegan tres reyes de Arabia que te vienen a adorar  
y que se llaman Melchor y Gaspar y Baltasar,  
oro, incienso y mirra ofrecen con toda su voluntad.  
A Jonás salvaste Tú cuando se cayó en el mar,  
a Daniel, de los leones también le fuiste a salvar,  
en Roma la salvación llevaste a San Sebastián,  
libraste a Santa Susana de aquel falso criminal;  
por nuestra tierra quisiste treinta y dos años andar  
enseñándonos milagros que nunca se han de olvidar,  
hiciste vino del agua, de la piedra hiciste pan,  
a Lázaro resucitas, porque así es tu voluntad:  
dejaste que te prendieran, luego te dejás llevar  
al Gólgota y en la cruz te dejás crucificar;  
de tu cruz a cada lado sendos ladrones están;  
entra el uno en paraíso, pero el otro no entrará;  
desde la cruz gran milagro hiciste, Padre eternal:  
Longinos, el ciego aquél, que no vio la luz jamás,  
con su lanza en el costado te hiere y te hace sangrar,  
va la sangre lanza abajo, sus manos hubo de untar,  
alza las manos Longinos, y se las lleva a la faz,  
abre los ojos y a todas las parte se pone a mirar;  
desde entonces creyó en Ti, se salvó de todo mal.  
De la tumba en que te ponen supiste resucitar,  
a los infiernos bajaste porque fue tu voluntad,  
rompes sus puertas y sacas a muchos santos de allá.  
Rey de los reyes Tú eres, Padre de la humanidad,  
en Ti creo, a Ti te adoro con toda mi voluntad  
y a San Pedro ahora le pido que a Ti me ayude a rogar  
por el Cid Campeador, que Dios le guarde de mal.  
Y que si hoy nos separamos vivos nos vuelva a juntar."  
Ya la oracion se termina, la misa acabada está,  
de la iglesia salieron y prepáranse a marchar.  
El Cid a doña Jimena un abrazo le fue a dar  
y doña Jimena al Cid la mano le va a besar;  
no sabía ella qué hacerse más que llorar y llorar.  
A sus dos niñas el Cid mucho las vuelve a mirar.  
"A Dios os entrego, hijas, nos hemos de separar  
y sólo Dios sabe cuándo nos volvamos a juntar."  
Mucho que lloraban todos, nunca visteis más llorar;

como la uña de la carne así apartándose van.  
Mío Cid con sus vasallos se dispone a cabalgar,  
la cabeza va volviendo a ver si todos están.  
Habló Minaya Álvar Fáñez, bien oiréis lo que dirá:  
"Cid, en buena hora nacido, ¿vuestro ánimo dónde está?  
Pensemos en ir andando y déjese lo demás,  
todos los duelos de hoy en gozo se tornarán,  
y Dios que nos dio las almas su consejo nos dará.  
Al abad don Sancho vuelve de nuevo a recomendar  
que atienda a doña Jimena y a las damas que allí están,  
a las dos hijas del Cid que en San Pedro han de quedar;  
sepa el abad que por ello buen premio recibirá.  
Ya don Sancho se volvía, Álvar Fáñez le fue a hablar:  
"Si veis venir a más gente para buscarnos, abad,  
les diréis que el rastro sigan y marchen a buen andar,  
sea en yermo o en poblado ya nos podrán alcanzar".  
Sueltan entonces las riendas, empiezan a cabalgar,  
que el plazo para salir iba acabándose ya.  
Mío Cid aquella noche duerme en Espinaz de Can;  
de todas partes guerreros se le vienen a juntar.  
Otro día de mañana empiezan a cabalgar.  
De su tierra va saliendo el Campeador leal,  
San Esteban deja a un lado, aquella buena ciudad.  
Por Alcubilla pasó, Castilla se acaba ya,  
la calzada de Quinea luego hubieron de pasar,  
por Navas de Palos van el río Duero a cruzar  
y el Cid en la Figueruela descanso manda tomar.  
De todas partes guerreros se le vienen a juntar.

19

Última noche que el Cid duerme en Castilla.  
Un ángel consuela al desterrado.

En cuanto que fue de noche el Cid a dormir se echó,  
le cogió un sueño tan dulce que muy pronto se durmió.  
El arcángel San Gabriel a él vino en una visión:  
"Cabalgad, Cid -le decía-, cabalgad, Campeador,  
que nunca tan en buena hora ha cabalgado varón,  
bien irán las cosas vuestras mientras vida os dé Dios."  
Mío Cid al despertar la cara se santiguó.

20

El Cid acampa en la frontera de Castilla.

El Cid, después de signarse, a Dios se fue a encomendar  
mucho contento tenía del sueño que fue a soñar.  
Otro día de mañana empiezan a cabalgar,  
último día es del plazo, un día queda no más.  
En la sierra de Miedes acampan a descansar,  
a la derecha de Atienza, que es tierra de moros ya.

21

Recuento de las gentes del Cid.

Todavía era de día, no se había puesto el sol,  
revistar quiere a su gente Mío Cid Campeador;  
sin contar a los de a pie, gente de mucho valor,  
lleva el Cid trescientas lanzas cada cual con su pendón.

22

El Cid entra en el reino moro de Toledo tributario del rey Alfonso.

"En cuanto sea temprano, cebada a las bestias dad.  
Luego que coma el que quiera y los que no a cabalgar.  
Esa sierra tan bravía la tenemos que pasar  
y a la noche ya las tierras del rey quedarán atrás.  
Luego el que quiera buscarnos dar con nosotros podrá".  
De noche pasan la sierra, llega la mañana ya  
y por esa loma abajo empiezan a caminar.  
En medio del alto bosque que allí en la montaña está  
manda acampar Mío Cid y pienso a las bestias dar.  
Dice a sus hombres que aquella noche tendrían que andar  
y ellos, tan buenos vasallos, por muy contentos se dan  
que todo lo que les mande su señor ellos lo harán.  
Antes del anochecer empiezan a cabalgar  
para que no les descubran quiere el Cid de noche andar.  
Toda la noche anduvieron, ningún reposo se dan.  
Al lugar de Castejón, que junto a Henares está,  
Mío Cid una emboscada les quería preparar.

23

Plan de campaña.

Castejón cae en poder del Cid  
por sorpresa.

Algara contra Alcalá.

Toda la noche emboscados el Cid y los suyos pasan,  
que así se lo aconsejó Álvar Fáñez de Minaya.  
"Cid Campeador que en buena hora ceñiste la espada,  
ya que a Castejón tenemos tendida buena celada,  
vos os quedaréis aquí con cien hombres a la zaga  
y yo haré una correría con doscientos en vanguardia;  
con Dios y con vuestra suerte será la empresa ganada."  
Díjole el Campeador: "Muy bien hablaste, Minaya.  
Corred la tierra sin miedo, por valor no quede nada. ~  
Hasta más abajo de Hita llegad, y a Guadalajara  
hasta la misma Alcalá acérquense las vanguardias,  
la riqueza de esa tierra que de botín se la traigan  
y que por miedo a los moros no vayan a dejar nada.  
Y con los otros cien hombres me quedaré aquí a la zaga;  
de amparo nos servirá Castejón, por mí guardada.

Si a los que corréis la tierra alguna cosa os pasa  
un aviso mandaréis en seguida a retaguardia.  
Del socorro que os lleve se ha de hablar en toda España".

Va nombrando a los guerreros que en la correría marchan  
y a los otros que se quedan allí con él a la zaga.  
Rompen albores del día y se acerca la mañana.  
Va saliendo el sol. ¡Dios mío, qué hermoso que despuntaba!  
Las gentes de Castejón ya todas se levantaban,  
las puertas de la ciudad abren y afuera se marchan,  
camino de sus trabajos, de las tierras que labraban.  
Todos se van y las puertas abiertas se las dejaban.  
Es muy poca aquella gente que en Castejón se quedara  
y la que está por los campos anda muy desparramada.  
Sale el Cid del escondite que le sirve de emboscada,  
sin tropiezo a Castejón entero la vuelta daba.  
Moros y moras que encuentra a todos los apresaba  
y a los ganados aquellos que por el contorno andan.

Mío Cid Campeador hacia la puerta cabalga:  
cuando se ven asaltados los hombres que la guardaban,  
mucho miedo que tuvieron, déjanla desamparada.  
De la ciudad por las puertas ya el Campeador se entraba.  
En la mano Mío Cid desnuda lleva la espada  
y a quince mató, de moros que a su paso se encontrara.

A Castejón ha ganado con todo el oro y la plata.  
Ya cargados del botín sus caballeros llegaban,  
déjanselo a Mío Cid, que no lo aprecian en nada.  
Mientras iban los doscientos tres hombres de la vanguardia  
corriendo tierras sin miedo y mucho las saqueaban.

Hasta Alcalá se pasea la bandera de Minaya  
y desde allí dan la vuelta otra vez con la ganancia  
por río Henares arriba y junto a Guadalajara.  
De la correría aquella mucho botín se llevaban  
tanto ganado de ovejas, tanto ganado de vacas,  
tantas ropas de valor, tantas riquezas sin tasa.

Muy orgullosa se yergue la bandera de Minaya  
y no hay nadie que se atreva a atacarlos por la espalda.  
Con rico botín volvía esa valiente compañía.  
Miradlos ya en Castejón donde Mío Cid estaba.  
El Campeador guardado deja el castillo y cabalga,  
a recibirlos salía, le acompaña su mesnada  
y con los brazos abiertos acoge el Cid a Minaya.  
"¿Estáis aquí ya, Álvar Fáñez, el de la atrevida lanza?  
En vos puse con razón, al mandaros, mi esperanza.  
El botín mío y el vuestro júntense, y de la ganancia  
os daré la quinta parte, si vos la queréis Minaya."

24

Minaya no acepta parte alguna en el botín y hace un voto solemne.

"Mucho que os lo agradezco, Campeador afamado:  
de este quinto del botín, que ponéis entre mis manos  
por contento se daría hasta Alfonso el Castellano.  
Pero yo os lo devuelvo, Mío Cid, en paz estamos.  
Quiero prometer a Dios, a Aquél que está allí en lo alto,  
que mientras yo no me harte, montado en mi buen caballo,  
de lidiar bien con los moros y vencerlos en el campo,  
hiriéndolos con la lanza, poniendo a la espada mano,  
mientras no vea la sangre chorrearame codo abajo  
estando delante el Cid, ese guerrero afamado,  
ni tomará ni un dinero del Campeador mi mano.  
Ya me quedaré con algo si es que algo bueno os gano,  
pero todo esto de ahora para vos, buen Cid, guardadlo."

25

El Cid vende su quinto a los moros.  
No quiere lidiar con el rey Alfonso.

Las riquezas del botín están ya todas juntadas.  
Ha pensado Mío Cid, que en buen hora ciñó espada,  
que acaso el rey don Alfonso tras él mande sus compañías  
y que a atacarle vendrían todas las reales mesnadas.  
Las riquezas del botín manda repartir sin falta  
y que los repartidores su recibo a todos hagan.  
Los caballeros del Cid muy buena porción alcanzan:  
le dieron a cada cual unos cien marcos de plata,  
y a los peones les toca la mitad justa y sin falta.  
Pero allí a nadie podía venderla ni regalarla,  
ni quiere llevar cautivos Mío Cid en su campaña.  
Con gente de Castejón habló, y a Guadalajara  
e Hita manda a preguntar por cuánto se la compraban,  
aunque muy poco le diesen por toda aquella ganancia.  
Ofreciéronle los moros sus tres mil marcos de plata.  
Del botín la quinta parte a Mío Cid se le guarda.  
Mío Cid aquella oferta muy gustoso la aceptaba.  
Al tercer día el dinero le fue entregado sin falta.  
Pensó entonces Mío Cid que él y toda su compañía  
en un castillo tan chico no pueden tener morada,  
defenderlo sí podrán, mas les faltaría el agua.  
"Vencidos están los moros, la paz con ellos firmada,  
el rey Alfonso atacarnos podría con su mesnada.  
Dejar quiero a Castejón, óiganme todos, Minaya.

26

El Cid marcha a tierras de Zaragoza, dependientes  
del rey moro de Valencia.

Esto que voy a decir no os dé que pensar mal:

por más tiempo en Castejón no nos podemos quedar;  
está cerca el rey Alfonso y aquí a buscarnos vendrá.  
Mas no asolaré el castillo, que se lo quiero dejar  
a cien moros y a cien moras a quien daré libertad,  
y así por lo que les quito no podrán de mí hablar mal.  
Pagados estáis ya todos, nadie queda por pagar,  
mañana al romper el día otra vez a cabalgar,  
que con mi rey don Alfonso no querría yo luchar".  
Aquello que dice el Cid mucho agrada a los demás,  
del castillo que tomaron todos muy ricos se van  
y los moros y las moras bendiciéndolos están.  
Marchan Henares arriba lo más que pueden andar,  
las Alcarrias han pasado y cabalgan más allá,  
por esas cuevas de Anguita ahora los veréis pasar,  
cruzan el río y se entran por el campo de Taranz,  
caminan por esas tierras lo más que puedan andar.  
Entre Fariza y Cetina Mío Cid iba a albergar  
buen botín iba cogiendo por la tierra donde va.  
No pueden saber los moros qué intenciones llevará.  
Al otro día cabalga Mío Cid el de Vivar,  
Alhama ya la ha pasado, Hoz del río abajo va,  
y ya a Bubberca y a Ateca se las ha dejado atrás  
y por fin junto a Alcocer Mío Cid ha ido a posar,  
en un otero redondo y fuerte van a acampar,  
cerca está el Jalón, el agua no se la podrán quitar.  
Aquel pueblo de Alcocer piensa Mío Cid tomar.

27

El Cid acampa sobre Alcocer.

Todo el otero ha ocupado, allí sus tiendas armaba;  
unas las pone en la sierra, otras junto al río planta.  
Mío Cid Campeador que en buen hora ciñó espada  
alrededor del otero y muy cerca ya del agua  
hacer un foso muy hondo a sus varones mandaba,  
así no podrán los moros sorprenderlos a mansalva  
y además les da a entender que el Cid allí se quedaba.

28

Temor de los moros.

Por todas aquellas tierras fue la noticia volando  
de que el Cid Campeador junto a Alcocer ha acampado  
que a tierra de moros vino y deja la de cristianos;  
los campos que estaban cerca no se atreven a labrarlos.  
Muy alegres que se ponen Mío Cid y sus vasallos;  
el castillo de Alcocer tributo les ha pagado.

29

El Campeador toma a Alcocer mediante un ardid.

Esa gente de Alcocer al Cid ya le daba parias  
y los de Terrer y Ateca también ya se las pagaban  
a los de Calatayud esto muy mal les sentaba.  
Allí Mío Cid estuvo por más de quince semanas.  
Cuando ve el Campeador que Alcocer no se entregaba  
un ardid se le ha ocurrido y fue a hacerlo sin tardanza:  
las tiendas manda quitar, deja una sola plantada,  
y se va Jalón abajo, con bandera desplegada,  
todos con loriga puesta y ceñidas las espadas:  
taimado es el Cid y quiere tenderles una celada.  
Los de Alcocer que lo vieron ¡Dios y cómo se alababan!  
"Ya se le ha acabado al Cid todo el pan y la cebada.  
Cargados van con las tiendas, una sola queda alzada.  
A guisa de derrotado el Campeador se marcha,  
vamos a asaltarle ahora, sacaremos gran ganancia,  
que, si no, los de Terrer para ellos han de tomarla,  
y si cogen el botín no querrán cedernos nada;  
las parias que nos cobró hoy las volverá dobladas."  
Para salir de Alcocer mucha prisa que se daban.  
Cuando el Cid ya los vio fuera hace como que se escapa.  
Jalón abajo corría, muy en desorden andaba.  
Decían los de Alcocer: "¡Ay, que el botín se nos marcha!"  
Ya todos, grandes y chicos, a salir se apresuraban,  
con el ansia de coger, de lo demás se olvidaban:  
abiertas dejan las puertas, nadie se queda a guardarlas.  
Mío Cid Campeador hacia atrás volvió la cara,  
vio que entre ellos y el castillo un gran espacio quedaba,  
manda volver la bandera y a gran prisa espoleaban.  
"¡Heridlos, mis caballeros, sin temor, el Cid gritaba,  
que con la ayuda de Cristo nuestra será la ganancia!"  
Ya vuelven todos revueltos por medio de la llanada.  
¡Dios, qué grande era el gozo de todos esa mañana !  
Mío Cid con Álvar Fáñez adelante cabalgaba,  
tienen muy buenos caballos que a su voluntad andaban,  
ya entre el castillo y los moros los dos guerreros entraban.  
Los vasallos de Mío Cid sin piedad sus golpes daban,  
en poco más de un momento a trescientos moros matan.  
Con muy grandes alaridos los que estan en emboscada  
para adelante salían, hacia el castillo tornaban,  
con las espadas desnudas a la puerta se paraban.  
Ya van llegando los suyos, la batalla está ganada.  
Ved cómo el Cid conquistó Alcocer por esta maña.

30

La seña del Cid ondea sobre Alcocer

Pedro Bermúdez llegó con la bandera en la mano  
y en el castillo la planta, allá en el sitio mas alto.  
Habla entonces Mío Cid, Ruy Díaz el bienhadado:  
"Gracias al Señor del cielo, gracias a todos sus santos,  
mejor vivienda tendremos ahora dueños y caballos.



## Clemencia del Cid con los moros

Prestadme oído, Álvaro Fáñez y los demás caballeros:  
 al tomar este castillo un gran botín hemos hecho;  
 muertos los moros están, con vida a muy pocos veo.  
 Estos moros y estas moras no hemos de poder venderlos,  
 con cortarles la cabeza poca cosa ganaremos,  
 nosotros somos los amos, sigan ellos en el pueblo,  
 viviremos en sus casas y de ellos nos serviremos."

El rey de Valencia quiere recobrar a Alcocer.  
 Envía un ejército contra el Cid

Mío Cid con sus ganancias allí en Alcocer está;  
 la tienda que en el otero dejara manda quitar.  
 A los de Ateca y Terrer el triunfo dio gran pesar  
 y a los de Calatayud también pesándoles va.  
 Al rey de Valencia entonces con un mensaje se van,  
 dícenle que ese que llaman el Cid Ruy Díaz de Vivar,  
 por ira del rey Alfonso, de Castilla echado está,  
 que fue a acampar a Alcocer, bien defendido lugar,  
 y que por una emboscada el castillo es suyo ya.  
 "Si no vienes a ayudarnos, Teca y Terrer perderás,  
 perderás Calatayud, que ya no podrá escapar,  
 y allá a orillas del Jalón ha de irte todo muy mal,  
 y al otro lado, en Siloca, lo mismo te pasará."  
 Cuando lo oyó el rey Tamín siente profundo pesar.  
 "Tres buenos emires veo aquí en torno mío estar.  
 Sin tardar, dos de vosotros os marcharéis para allá  
 con tres mil moros que lleven buenas armas de luchar.  
 Con los que hay en la frontera, que bien os ayudarán,  
 coged vivo a ese cristiano y conducídmelo acá.  
 Puesto que se entró en mis tierras reparación me dará."  
 Ya cabalgan tres mil moros, ya se echan a caminar  
 aquella noche en Segorbe se quedan a reposar.  
 Otro día de mañana empiezan a cabalgar,  
 y la noche aquella en Celfa se paran a descansar.  
 A los moros de frontera los han mandado llamar,  
 de todas partes acuden a juntarse muchos más.  
 Por fin salieron de Celfa, la que llaman de Canal,  
 anduvieron todo el día, ningún reposo se dan,  
 y a Calatayud llegaron esa noche a descansar.  
 Por todas aquellas tierras muchos pregoneros van  
 y gente muy numerosa se les venía a juntar.  
 Los emires Galve y Fáriz al frente de ellos están,  
 al buen Cid Rodrigo Díaz a Alcocer van a cercar.

Fáriz y Galve cercan al Cid en Alcocer

Ya han acampado los moros, sus tiendas allí las plantan;  
sus fuerzas iban creciendo, muchas gentes hay juntadas.  
Centinelas avanzados de los moros se destacan  
y armados hasta los dientes de día y de noche andan.  
Muchos son los centinelas y mucha la hueste armada.  
A Mío Cid y los suyos ya les han cortado el agua,  
las mesnadas de Ruy Díaz salir quieren a batalla,  
el que en buen hora nació muy firme se lo vedaba.  
Tuvieron así cercado al Cid más de tres semanas.

34

Consejo del Cid con los suyos.

Preparativos secretos.

El Cid sale a batalla campal contra Fáriz y Galve.

Pedro Bermúdez hiere los primeros golpes.

Al cabo de tres semanas cuando la cuarta va a entrar,  
Mío Cid de sus guerreros consejo quiere tomar:  
"El agua nos la han quitado, puede faltarnos el pan  
y escaparnos por la noche no nos lo consentirán.  
Muy grandes sus fuerzas son para con ellos luchar,  
decidme vos, caballeros, qué es lo que hacerse podrá".  
Habla el primero Minaya, caballero de fiar:  
"De Castilla la gentil nos desterraron acá,  
si no luchamos con moros no tendremos nuestro pan.  
Seiscientos somos nosotros y aún creo que algunos más,  
no nos queda otro remedio, por Dios que en el cielo está:  
en cuanto amanezca el día vayámoslos a atacar".  
Dijole el Campeador: "Así quería oír hablar  
ya sabía yo, Minaya, que os habríais de honrar".  
A los moros y a las moras afuera los manda echar  
para que el intento suyo no lo vayan a contar.  
Por el día y por la noche se empiezan a preparar.  
Otro día de mañana cuando el sol quiere apuntar,  
armado está Mío Cid y aquellos que con él van.  
El Campeador habló lo que ahora me oiréis contar:  
"Todos nos saldremos fuera, ninguno aquí quedará,  
tan sólo estos dos peones que la puerta han de guardar.  
Si morimos en el campo al castillo nos traerán,  
si ganamos la batalla gran botín nos tocará.  
Vos, Pedro Bermúdez esta bandera mía tomad;  
como sois bravos la habréis de llevar con lealtad,  
mas no os adelantéis sin que me lo oigáis mandar".  
Al Cid le besó la mano, la bandera fue a tomar.  
Abren las puertas y afuera del castillo salen ya.  
Las avanzadas al verlos al campamento se van.  
¡Qué prisa se dan los moros! Todos se empiezan a armar.  
Del ruido de los tambores la tierra se va a quebrar.  
Viérais allí a tanto moro armarse y en lucha entrar.

Al frente de todos ellos dos grandes banderas van,  
y los pendones mas chicos ¿quién los podría contar?  
En las filas de los moros empieza el avance ya,  
con Mío Cid y los suyos se querían encontrar.  
Dijo el Cid: "Estáos todos quedos en este lugar;  
que nadie salga de filas sin que me lo oiga mandar".  
Aquel buen Pedro Bermúdez no puede aguantarse más,  
bandera en mano comienza su caballo a espolear.  
"¡Que el Creador nos asista, Cid Campeador leal!  
En medio de aquella tropa voy la bandera a llevar,  
los que deben defenderla ya me la defenderán".  
Dijo entonces Mío Cid: "¡No lo hagáis, por caridad!"  
Repuso Pedro Bermúdez: "Tal como digo se hará".  
Su caballo espoleó y entra donde había más.  
Los moros ya la bandera le quieren arrebatar,  
hiérenle, más la loriga no se la pueden quebrar.  
Dijo entonces Mío Cid- "¡Valedle, por caridad!"

35

Los del Cid acometen para socorrer a Pedro Bermúdez

Embrazaron los escudos delante del corazón,  
las lanzas ponen en ristre envueltas con su pendón,  
todos inclinan las caras por encima del arzón  
y arrancan contra los moros con muy bravo corazón.  
A grandes voces decía el que en buen hora nació:  
"¡Heridlos, mis caballeros, por amor del Creador,  
aquí está el Cid, don Rodrigo Díaz el Campeador!"  
Todos caen sobre el grupo donde Bermúdez entró.  
Éranse trescientas lanzas, cada cual con su pendón.  
Cada guerrero del Cid a un enemigo mató,  
al revolver para atrás otros tantos muertos son.

36

Destrozan las haces enemigas

Allí vierais tantas lanzas, todas subir y bajar,  
allí vierais tanta adarga romper y agujerear,  
las mallas de las lorigas allí vierais quebrantar  
y tantos pendones blancos que rojos de sangre están  
y tantos buenos caballos que sin sus jinetes van.  
A Santiago y a Mahoma todo se vuelve invocar.  
Por aquel campo caídos, en un poco de lugar  
de moros muertos había unos mil trescientos ya.

37

Mención de los principales caballeros cristianos

¡Qué bien que estaba luchando sobre su dorado arzón  
don Rodrigo de Vivar, ese buen Campeador!  
Están con él Álvaro Fáñez, el que Zurita mandó

el buen Martín Antolínez, ese burgalés de pro,  
Muño Gustioz que en la misma casa del Cid se crió,  
Martín Muñoz el que estuvo mandando Montemayor,  
Álvar Salvadórez y el buen Álvar Alvaroz,  
ese Galindo Garcíaz, buen guerrero de Aragón,  
y el sobrino de Rodrigo por nombre Félez Muñoz.  
Con ellos la tropa entera del Cid en la lucha entró  
a socorrer la bandera y a su Cid Campeador.

38

Minaya, en peligro.  
El Cid hiere a Fáriz

Al buen Minaya Álvar Fáñez le mataron el caballo  
pero a socorrerle fueron las mesnadas de cristianos.  
La lanza tiene quebrada, a la espada metió mano,  
aunque luchaba de pie buenos tajos iba dando.  
Ya le ha visto Mío Cid Ruy Díaz el Castellano,  
se va para un jefe moro que tenía buen caballo  
y con la mano derecha descárgale fuerte tajo,  
por la cintura le corta y le echa en medio del campo.  
Al buen Minaya Álvar Fáñez le fue a ofrecer el caballo.  
"Cabalgad en él, Minaya, que vos sois mi diestro brazo.  
Hoy de todo vuestro apoyo me veo necesitado;  
muy firmes están los moros, no ceden aún el campo:  
es menester que otra vez fuertes les arremetamos".  
Montó a caballo Minaya, y con su espada en la mano  
por entre las fuerzas moras muy bravo siguió luchando.  
Enemigos que él alcanza la vida les va quitando.  
Mientras tanto Mío Cid de Vivar el bienhadado  
al emir Fáriz tres tajos con la espada le ha tirado  
le fallan los dos primeros, el tercero le ha acertado;  
ya por la loriga abajo va la sangre destilando,  
vuelve grupas el emir para escaparse del campo.  
Por aquel golpe del Cid la batalla se ha ganado.

39

Galve, herido, y los moros, derrotados.

El buen Martín Antolínez un buen tajo a Galve da,  
los rubíes de su yelmo los parte por la mitad,  
la lanza atraviesa el yelmo, a la carne fue a llegar;  
el rey moro el otro golpe ya no lo quiso esperar.  
Los reyes Fáriz y Galve derrotados están ya.  
¡Qué buen día que fue aquel, Dios, para la cristiandad!  
Por una y por otra parte los moros huyendo van.  
Los hombres de Mío Cid los querían alcanzar,  
el rey Fáriz en Terrera se ha llegado a refugiar,  
pero a Galve no quisieron abrirle la puerta allá;  
a Calatayud entonces a toda prisa se va.  
Pero el Cid Campeador le persigue sin parar

y va detrás del rey moro hasta la misma ciudad.

40

Minaya ve cumplido su voto.

Botín de la batalla.

El Cid dispone un presente para el rey.

Al buen Minaya Álvaro Fáñez bueno le salió el caballo,  
de esos moros enemigos ha matado a treinta y cuatro;  
de tajos que dio su espada muy sangriento lleva el brazo:  
por más abajo del codo va la sangre chorreando.

Dijo Álvaro Fáñez: "Ahora ya contento me he quedado,  
a Castilla las noticias en seguida irán llegando  
de que en batalla campal victoria el Cid ha ganado".

Muchos moros yacen muertos; pocos con vida dejaron,  
que al perseguirlos sin tregua alcance les fueron dando.

Van volviendo los guerreros de Mío Cid bienhadado;  
andaba el Campeador montado en su buen caballo,  
la cofia lleva fruncida, su hermosa barba mostrando,  
echada atrás la capucha y con la espada en la mano.

A sus guerreros miraba, que ya se van acercando.

"Gracias al Dios de los cielos, Aquél que está allí en alto,  
porque batalla tan grande nosotros la hemos ganado".

El campamento morisco los del Cid le saquearon,  
armas, escudos, riquezas muy grandes se han encontrado.

Los hombres de Mío Cid que en el campamento entraron  
se encuentran, de los moriscos, con quinientos diez caballos.

¡Gran alegría que andaba por entre aquellos cristianos!

Al ir a contar sus bajas tan sólo quince faltaron.

Tanto oro y tanta plata no saben dónde guardarlo  
enriquecidos están todos aquellos cristianos

con aquel botín tan grande que se habían encontrado.

Los moros que los servían al castillo se tornaron  
y aún mandó el Campeador que les regalaran algo.

Gran gozo tiene Ruy Díaz, con él todos sus vasallos.

Repartir manda el dinero y aquellos bienes ganados,  
en su quinta parte al Cid tocáronle cien caballos.

¡Dios, y qué bien que pagó Mío Cid a su vasallos,  
a los que luchan a pie y a los que luchan montados!

Muy bien que lo arregla todo Mío Cid el bienhadado,  
los hombres que van con él satisfechos se quedaron.

"Oídme, Álvaro Fáñez Minaya, vos que sois mi diestro brazo:  
de todas esas riquezas que el Creador nos ha dado cuanto  
para vos queráis cogedlo con vuestra mano.

Para que se sepa allí, quiero a Castilla mandaros  
con nuevas de esta batalla que a moros hemos ganado.

Al rey don Alfonso, al rey que de Castilla me ha echado  
quiero hacerle donación de treinta buenos caballos,  
cada uno con su silla, todos muy bien enfrenados,  
todos con sendas espadas de los arzones colgando".

Dijo Minaya Álvaro Fáñez: "Yo lo haré de muy buen grado".

41

El Cid cumple su oferta a la catedral de Burgos

"Aquí tenéis, Álvar Fáñez, oro bueno y plata fina  
esa alta bota con ello la llenaréis hasta arriba,  
en Santa María de Burgos por mí pagaréis mil misas  
y lo que os sobre dadlo a mi mujer y a mis hijas,  
que recen mucho por mí en las noches y en los días  
que si Dios vida me diere han de llegar a ser ricas".

42

Minaya parte para Castilla

Muy contento está Álvar Fáñez de aquello que el Cid ha hablado.  
Los hombres que con él marchan ya los tenía contados.  
A las bestias dan cebada, la noche se había entrado.  
Mío Cid habla a los suyos, que a todos los ha juntado.

43

Despedida

"¿Os vais a marchar, Minaya, a Castilla la gentil?  
A todos nuestros amigos muy bien les podéis decir  
que Dios nos quiso valer y vencimos en la lid.  
Acaso cuando volváis aún nos encontréis aquí;  
si no, hasta donde os digan que estamos debéis seguir.  
Por la espada y por la lanza nos ganamos el vivir,  
si no, en esta tierra pobre no podremos resistir  
y creo yo que tendremos al fin que marchar de aquí".

44

El Cid vende Alcocer a los moros.  
Todo está ya preparado, al alba salió Minaya

Mío Cid Campeador queda allí con su mesnada.  
Estéril y pobre es aquella tierra tan mala.  
Todos los días al Cid Campeador le espiaban  
los moros de la frontera con otras gentes extrañas.  
El rey Fáriz ya está bueno, con él de consejos andan.  
Entre los moros de Ateca y los que en Terrer moraban  
y los de Calatayud, villa más rica, preparan  
un convenio y por escrito lo ponen en una carta:  
"Que Alcocer les venda el Cid por tres mil marcos de plata".

45

Venta de Alcocer  
(Repetición)

Mío Cid el de Vivar ya tiene Alcocer vendido  
mucho pagó a los vasallos que al destierro le han seguido.

Caballeros y peones, a todos los hace ricos,  
no hay ya un pobre entre los hombres que marchan a su servicio.  
Quien a buen señor le sirve, siempre vive en paraíso.

46

Abandono de Alcocer. - Buenos agüeros.-El Cid se  
asienta en el Poyo, sobre Monreal  
Cuando iba el Cid el castillo de Alcocer a abandonar  
moros y moras cautivos se empezaron a quejar.  
"Te vas, Mío Cid, contigo nuestras oraciones van.  
Mucho agradecemos todos lo que nos quisiste dar"  
Cuando sale de Alcocer Mío Cid el de Vivar  
aquellos moros y moras empezaron a llorar.  
Se despliega la bandera, el Campeador se va.  
Por río Jalón abajo se empiezan a encaminar,  
pájaros de buen agüero entonces vieron volar.  
Mucho en Terrer se alegraron, en Calatayud aún más,  
pero en Alcocer les pesa: con el Cid no estaban mal.  
Mientras tanto Mío Cid seguía su cabalgar,  
por fin acampó en un cerro que está sobre Monte Real,  
Alto y grande el cerro era, al mirarle asombro da,  
por ninguno de sus lados se le podría asaltar.  
A la ciudad de Daroca tributo le hace pagar,  
lo mismo a la de Molina que del otro lado está,  
y la tercera a Teruel, que está puesta más acá;  
ya tiene el Cid en su mano a Celfa la del Canal.

47

Minaya llega ante el rey.  
Éste perdona a Minaya, pero no al Cid

¡A Mío Cid de Vivar, téngale Dios en su gracia!  
A Castilla se ha marchado Álvar Fáñez de Minaya  
y ya los treinta caballos al rey se los presentaba;  
al verlos buena sonrisa le viene al rey a la cara.  
"¿Quién te ha dado esos caballos, por Dios del cielo, Minaya?"  
"Mío Cid Campeador, que en buen hora ciñó espada.  
Después que le desterrasteis Alcocer ganó por mañana,  
y de esto al rey de Valencia un mensaje le llegaba:  
manda que le pongan cerco y que le corten el agua.  
El Cid sale del castillo, en campo abierto luchaba,  
venció a dos emires moros en aquella gran batalla.  
Cuantiosos, señor, han sido el botín y la ganancia,  
a vos, gran rey, Mío Cid este regalo os manda,  
dice que los pies os besa, os besa las manos ambas  
y que le tengáis merced, así el Creador os valga."  
Dijole entonces el rey: "Aún muy poco tiempo pasa  
para que hombre desterrado, que del rey perdió la gracia  
pueda volver a acogerse al cabo de tres semanas.  
Pero por venir de moros tomo lo que me regala  
y me alegro de que el Cid logre tan buena ganancia.

Y sobre todo lo dicho, os perdono a vos, Minaya,  
vuestros honores y tierras otra vez os sean dadas,  
a vuestro gusto salid y entrad, que estáis en mi gracia;  
mas del Cid Campeador no puedo deciros nada".

48

El rey permite a los castellanos irse con el Cid  
"Minaya, con todo esto algo me queda que hablar:  
de todos estos mis reinos podrán, si quieren, marchar  
hombres buenos y valientes y a Mío Cid ayudar.  
Libres los dejo, y prometo no confiscar su heredad".  
El buen Minaya Álvar Fáñez las manos le fue a besar:  
"Gracias os doy, rey Alfonso, nuestro señor natural;  
esto concedéis ahora, otra vez cederéis mas.  
Siempre nos contentaremos, rey, con vuestra voluntad".  
Díjole el rey: "Álvar Fáñez, de esto ya no hay más que hablar.  
Marchad libre por Castilla, todos os dejen andar,  
y sin temor a castigo, al Cid iréis a buscar".

49

Correrías del Cid desde el Poyo.  
Minaya con doscientos castellanos, se reúne al Cid

Hablemos ahora de aquél que en buen hora ciñó espada.  
Ya sabéis que en una altura muy elevada acampaba,  
y mientras que dure el mundo, con gente mora o cristiana,  
el cerro de Mío Cid llamarán a esa montaña.  
Desde allí el Campeador muchas tierras saqueaba,  
todo el valle del Martín buenos tributos le paga.  
Hasta el mismo Zaragoza noticias del Cid llegaban,  
no les da gusto a los moros, firmemente les pesaba.  
Allí estuvo Mío Cid por más de quince semanas:  
cuando vio el Campeador que se tardaba Minaya,  
con todos los que le siguen de noche se puso en marcha;  
el cerro y el campamento abandonados dejaba  
y más allá de Teruel el Campeador pasaba,  
hasta pinares de Tévar a descansar no se para.  
Todas las tierras aquellas mucho que las saqueaba  
y ya también Zaragoza la tiene sujeta a parias.  
Después de hacer todo esto, al cabo de tres semanas  
ya ha llegado de Castilla Álvar Fáñez de Minaya;  
trae doscientos caballeros que todos ciñen espada  
y no se pueden contar los de a pie que le acompañan.  
Cuando ha visto Mío Cid aparecer a Minaya  
al correr de su caballo va a abrazarlo sin tardanza,  
en la boca le besó y en los ojos de la cara.  
Minaya le cuenta todo, no quiere encubrirle nada.  
La faz del Campeador sonrisas la iluminaban.  
"Gracias al Dios de los cielos, gracias a sus fuerzas santas,  
mientras que vida tengáis a mí me ira bien, Minaya".



50

Alegría de los desterrados al recibir noticias de Castilla

¡Dios, qué alegre que se puso la hueste de desterrados porque Minaya Álvaro Fáñez ya de Castilla ha llegado, porque les trae noticias de sus parientes y hermanos y de aquellas compañeras que en su casa se dejaron!

51

Alegría del Cid  
(Serie gemela)

¡Dios, qué alegre que se puso el de la barba crecida de que allí en Burgos pagara Álvaro Fáñez las mil misas y de que noticias traiga de su mujer y sus hijas!  
¡Qué contento estaba el Cid y qué grande su alegría! "  
Álvar Fáñez, ojalá viváis aún muchos días.  
Más valéis vos que yo no. ¡Qué misión tan bien cumplida!"

52

El Cid corre tierras de Alcañiz

Pero no perdía el tiempo Mío Cid el bienhadado:  
a doscientos caballeros escógelos por su mano  
y a correr aquellos campos muy de noche se marcharon.  
Esas tierras de Alcañiz yermas las iban dejando,  
por esos alrededores todo lo van saqueando.  
A su punto de partida al tercer día tornaron.

53

Escarmiento de los moros

Pronto corrió la noticia por aquellas tierras todas,  
gentes de Monzón y Huesca estaban muy pesarosas;  
pero de que dieran parias se alegran en Zaragoza  
porque ellos de Mío Cid no temen ninguna cosa.

54

El Cid abandona el Poyo.  
Corre tierras amparadas por el conde de Barcelona

Con todo el botín aquel al Cerro tornando van,  
todos iban muy alegres porque han hecho buen ganar.  
Muy contento está Álvaro Fáñez, el Cid muy contento está.  
Su proyecto dice el Cid, ya no lo puede callar:  
"Oíd, caballeros, ahora, voy a hablaros de verdad:  
el que no cambia de sitio perder puede, no ganar,  
así que al amanecer echemos a cabalgar,  
el campamento se deje y sigamos más allá".  
Se mudó entonces el Cid hasta el puerto de Alucat  
desde allí se alarga a Huesca y luego hasta Montalbán.  
En aquella correría diez días fueron a echar.

Por todas aquellas partes la nueva corriendo va  
de que el Cid, el desterrado, está haciendo mucho mal.

55

Amenazas del conde de Barcelona

Esos mensajes corrieron por aquellas tierras todas,  
por fin llega la noticia al conde de Barcelona  
de que Mío Cid Ruy Díaz le corre su tierra toda;  
mucho pesar le causó, por grave afrenta lo toma.

56

El Cid trata en vano de calmar al conde

El conde era fanfarrón y dijo una vanidad:  
"¡Grandes daños me está haciendo Mío Cid el de Vivar.  
Aquí en mi corte Rodrigo gran agravio me hizo ya  
porque me hirió a mi sobrino, sin quererlo reparar.  
Ahora saquea las tierras que bajo mi amparo están  
sin que yo le desafíe ni haya roto su amistad.  
Puesto que él busca pelea yo se la iré a demandar".  
Muy grandes fuerzas tenía, a prisa llegando van,  
entre moros y cristianos muchos se juntan allá  
y por fin marchan en busca de Mío Cid de Vivar.  
Tres días con sus tres noches hubieron de caminar  
y a Mío Cid alcanzaron allá en Tévar, el pinar.  
Tantos son, que sin esfuerzo creen que le cogerán.  
Con el gran botín que lleva Mío Cid el de Vivar  
de una alta sierra descende, al valle llegando está.  
Un mensajero del conde don Ramón le va a avisar.  
Mío Cid, cuando le oyó, este mensaje le da:  
"Decid al conde que esto no debe tomarlo a mal,  
de lo suyo nada llevo, déjeme marchar en paz".  
A lo cual repuso el conde: "Eso no será verdad.  
Lo de ahora y lo de antes todo me lo pagará  
y ya sabrá el desterrado a quién se atrevió a ultrajar".  
Se ha tornado el mandadero a toda velocidad.  
Entonces muy bien comprende Mío Cid el de Vivar  
que batalla con el conde ya no la puede evitar.

57

Arenga del Cid a los suyos

"Mis caballeros, poned a resguardo la ganancia,  
luego a prisa preparaos, armaos de todas armas,  
porque el conde don Ramón nos quiere dar gran batalla,  
de moros y de cristianos mucha gente le acompaña,  
no nos dejarán tranquilos, si no es por lucha, por nada.  
Ya que tras nosotros viene, aquí sea la batalla:  
cinchad bien a los caballos y armaos de todas armas:  
ellos vienen cuesta abajo, sólo llevan puestas calzas,

traen malas sillas coceras y las cinchas aflojadas;  
nosotros sillas gallegas y botas sobre las calzas.  
Con sólo cien caballeros venceremos sus mesnadas,  
antes que lleguen al llano atáquenlos nuestras lanzas,  
por cada uno herido tres sillas se irán vaciadas.  
Verá Ramón Berenguer a quién quería dar caza  
hoy en el pinar de Tévar por quitarle su ganancia".

58

El Cid vence la batalla  
Gana la espada Colada

Todos están ya dispuestos, cuando el Cid así hubo hablado,  
las armas bien empuñadas, bien firmes en los caballos.  
Allá por la cuesta abajo ven las fuerzas de los francos  
y en el hondo de la cuesta, y ya muy cerca del llano,  
mandó que los atacaran Mío Cid el bienhadado.  
Sus caballeros la orden cumplieron de muy buen grado;  
los pendones y las lanzas bien los iban empleando,  
hieren a unos, y a otros los arrojan del caballo.  
Ya ha ganado la batalla Mío Cid el bienhadado,  
allí al conde don Ramón por prisionero ha tomado,  
ganó la espada Colada que vale más de mil marcos.

59

El conde de Barcelona, prisionero.  
Quiere dejarse morir de hambre

Así ganó esta batalla, a gran honra de sus barbas.  
Cogió al conde don Ramón y a su tienda le llevaba,  
a hombres de su confianza los mandó que le guardaran.  
Le deja allí, y de la tienda al Campeador se marcha;  
por todas partes los suyos a juntársele llegaban.  
Muy contento que está el Cid, muy grandes son las ganancias.  
A Mío Cid don Rodrigo gran comida le preparan;  
pero el conde don Ramón no hacía caso de nada,  
los manjares le traían, delante se los plantaban,  
él no los quiere comer y todos los desdeñaba.  
"No he de comer un bocado por todo el oro de España,  
antes perderé mi cuerpo y condenaré mi alma,  
ya que tales malcalzados me vencieron en batalla".

60

El Cid promete al conde la libertad

Mío Cid Campeador bien oiréis lo que ahora dijo:  
"Comed, conde, de este pan, bebed, conde, de este vino  
de cautiverio saldréis si hacéis lo que yo os digo,  
si no, en todos nuestros días no veréis ningún ser vivo".

61

Negativa del conde

"Comed, comed, don Rodrigo, tranquilo podéis estar, pero yo no comeré, el hambre me matará".

Hasta pasados tres días no se vuelve el conde atrás. Mientras ellos se reparten lo que hubieron de ganar no logran que coma el conde ni una migaja de pan.

62

El Cid reitera al conde su promesa

Pone en libertad al conde y le despide

Dijo entonces Mío Cid: "Conde, habéis de comer algo, que si no queréis comer nunca más veréis cristianos, mas si coméis a mi gusto, como os tengo mandado, a vos, conde don Ramón, y a dos de estos hijosdalgo de prisión os soltaré y saldréis de entre mis manos.

Al oírlo don Ramón mucho que se fue alegrando.

"Si vos, don Rodrigo, hacéis eso que me habéis hablado, por el resto de mi vida quedaré maravillado".

"Pues comed, conde, comed, y cuando hayáis acabado a vos y a dos caballeros la libertad he de daros.

Mas, de lo que habéis perdido y yo ganado en el campo sabed, conde, que no pienso devolveros ni un ochavo, que mucha falta nos hace y andamos necesitados.

Cogiendo de vos y de otros hemos de irnos ayudando, y nos durará esta vida lo que quiera el Padre Santo, que eso le toca al que el rey fuera de su reino ha echado".

Alégrase el conde y pide el agua para las manos, ya se la ponen delante, diéronselas sin retraso.

Con esos dos caballeros por Mío Cid designados, comiendo iba el conde y come don Ramón de muy buen grado.

Sentado está junto a él Mío Cid el bienhadado:

"Conde, si no coméis bien como os tengo mandado, aún os quedaréis conmigo, no habremos de separarnos".

Dijo el conde: "Comeré, Mío Cid, de muy buen grado".

Él y los dos caballeros, a comer se apresuraron; contento se pone el Cid, que allí los está mirando, de ver que el conde Ramón trabajo daba a las manos.

"Cid, si así lo permitís, ya quisiéramos marcharnos a prisa cabalgaremos si nos dan nuestros caballos; desde el día que fui conde no comí tan de buen grado, el sabor de esta comida de mí no será olvidado".

Tres palafrenes le dieron, los tres muy bien ensillados, danles buenas vestiduras, ricas pieles, ricos mantos.

Entre los dos caballeros el conde se ha colocado.

Hasta el fin del campamento con ellos va el Castellano:

"Ya os vais, conde Ramón, franco os vais, pues sois franco, agradecido os quedo por lo que me habéis dejado.

Si acaso os da la idea, conde, de querer vengarlo y me venís a buscar, mandadme antes un recado: o me llevaré lo vuestro o vos de lo mío algo".

"Quedáos tranquilo, Cid, de ese peligro estáis salvo; eso por pago lo dejo por lo que queda de año.

Y de venir a buscaros, ni siquiera hay que pensarlo".

63

El conde se ausenta receloso

Riqueza de los desterrados

El conde picó el caballo y ya comenzaba a andar,  
volviendo va la cabeza para mirar hacia atrás.

Miedo tiene porque cree que el Cid se arrepentirá;  
por todo el oro del mundo Mío Cid no haría tal,  
deslealtades así no las hizo el Cid jamás.

El conde ya se ha marchado, da la vuelta el de Vivar,  
juntóse con sus mesnadas y muy alegre que está  
por el botín que de aquella batalla les quedará:  
tan ricos son que no pueden ni su riqueza contar.

\* \*

\*

The following text was scanned from *The Lay of the Cid*, translated by R. Selden Rose and Leonard Bacon, and published in Berkeley, California, by the University of California Press in the year 1919 as part of the series entitled *Semicentennial Publications of the University of California: 1868-1918*.

#### CANTAR I: THE BANISHMENT OF THE CID

He turned and looked upon them, and he wept very sore  
As he saw the yawning gateway and the hasps wrenched off the door,  
And the pegs whereon no mantle nor coat of vair there hung.  
There perched no moulting goshawk, and there no falcon swung.  
My lord the Cid sighed deeply such grief was in his heart  
And he spake well and wisely: "Oh Thou, in Heaven that art  
Our Father and our Master, now I give thanks to Thee.  
Of their wickedness my foemen have done this thing to me."

II Then they shook out the bridle rein further to ride afar.  
They had the crow on their right hand as they issued from Bivar;  
And as they entered Burgos upon their left it sped.  
And the Cid shrugged his shoulders, and the Cid shook his head:  
"Good tidings Alvar Fanez We are banished from our weal,  
But on a day with honor shall we come unto Castile."

III Roy Diaz entered Burgos with sixty pennons strong,  
And forth to look upon him did the men and women throng.  
And with their wives the townsmen at the windows stood hard by,  
And they wept in lamentation, their grief was risen so high.  
As with one mouth, together they spake with one accord:  
"God, what a noble vassal, an he had a worthy lord."

IV Fain had they made him welcome, but none dared do the thing  
For fear of Don Alfonso, and the fury of the King.  
His mandate unto Burgos came ere tile evening fell.  
With utmost care they brought it, and it was sealed well

'That no man to Roy Diaz give shelter now, take heed  
And if one give him shelter, let him know in very deed

He shall lose his whole possession, nay! the eyes within his head  
Nor shall his soul and body be found in better stead.'

Great sorrow had the Christians, and from his face they hid.  
Was none dared aught to utter unto my lord the Cid.

Then the Campeador departed unto his lodging straight.  
But when he was come thither, they had locked and barred the gate.  
In their fear of King Alfonso had they done even so.  
An the Cid forced not his entrance, neither for weal nor woe  
Durst they open it unto him. Loudly his men did call.  
Nothing thereto in answer said the folk within the hall.  
My lord the Cid spurred onward, to the doorway did he go.  
He drew his foot from the stirrup, he smote the door one blow.  
Yet the door would not open, for they lied barred it fast.  
But a maiden of nine summers came unto him at last:  
"Campeador in happy hour thou girdedst on the sword.  
'This the King's will. Yestereven came tile mandate of our lord.  
With utmost care they brought it, and it was sealed with care:  
None to ope to you or greet you for any cause shall dare.  
And if we do, we forfeit houses and lands instead.  
Nay we shall lose, moreover, the eyes within the head  
And, Cid, with our misfortune, naught whatever cost thou gain.  
But may God with all his power support thee in thy pain."

So spake the child and turned away. Unto her home went she.  
That he lacked the King's favor now well the Cid might see.  
He left the door; forth onward he spurred through Burgos town.  
When he had reached Saint Mary's, then he got swiftly down

He fell upon his knee and prayed with a true heart indeed:  
and when the prayer was over, he mounted on the steed.  
North from the gate and over the Arlanzón he went.  
Here in the sand by Burgos, the Cid let pitch his tent.  
Roy Diaz, who in happy hour had girded on the brand,  
Since none at home would greet him, encamped there on the sand.  
With a good squadron, camping as if within the wood.  
They will not let him in Burgos buy any kind of food.  
Provender for a single day they dared not to him sell.

V Good Martin Antolinez in Burgos that did dwell  
To the Cid and to his henchmen much wine and bread gave o'er,  
That he bought not, but brought with him -- of everything good store.

Content was the great Campeador, and his men were of good cheer  
Spake Martin Antolinez. His counsel you shall hear.  
"In happy hour, Cid Campeador, most surely west thou born.  
Tonight here let us tarry, but let us flee at morn,  
For someone will denounce me, that thy service I have done.

In the danger of Alfonso I certainly shall run.  
Late or soon, if I 'scape with thee the King must seek me forth  
For friendship's sake; if not, my wealth, a fig it is not worth.

VI Then said the Cid, who in good hour had girded on the steel: "  
Oh Martin Antolinez, thou art a good lance and leal.  
And if I live, hereafter I shall pay thee double rent,  
But gone is all my silver, and all my gold is spent.  
And well enough thou seest that I bring naught with me  
And many things are needful for my good company.  
Since by favor I win nothing by might then must I gain.  
I desire by thy counsel to get ready coffers twain.

With the sand let us fill them, to lift a burden sore,  
And cover them with stamped leather with nails well studded

VII Ruddy shall be the leather, well gilded every nail.  
In my behalf do thou hasten to Vidas and Raquel.  
Since in Burgos they forbade me aught to purchase, and the King  
Withdraws his favor, unto them my goods I cannot bring.  
They are heavy, and I must pawn them for whatso'er is right.  
That Christians may not see it, let them come for them by night.  
May the Creator judge it and of all the Saints the choir.  
I can no more, and I do it against my own desire."

VIII Martin stayed not. Through Burgos he hastened forth, and came  
To the Castle. Vidas and Raquel, he demanded them by name.

IX Raquel and Vidas sate to count their goods and profits through,  
When up came Antolinez the prudent man and true.  
"How now Raquel and Vidas, am I dear unto your heart,  
I would speak close." They tarried not. All three they went apart.  
"Give me, Raquel and Vidas, your hands for promise sure  
That you will not betray me to Christian or to Moor.  
I shall make you rich forever. You shall ne'er be needy more.  
When to gather in the taxes went forth the Campeador,  
Many rich goods he garnered, but he only kept the best.  
Therefore this accusation against him was addressed.  
And now two mighty coffers full of pure gold hath he.  
Why he lost the King's favor a man may lightly see.  
He has left his halls and houses, his meadow and his field,  
And the chests he cannot bring you lest he should stand revealed.  
The Campeador those coffers will deliver to your trust.

And do you lend unto him whatsoever may be just.  
Do you take the chests and keep them, but swear a great oath here  
That you will not look within them for the space of all this year."

The two took counsel: "Something to our profit must inure  
In all barter. He gained something in the country of the Moor  
When he marched there, for many goods he brought with him away.  
But he sleeps not unsuspected, who brings coined gold to pay.

Let the two of us together take now the coffers twain.  
In some place let us put them where unseen they shall remain.  
"What the lord Cid demandeth, we prithee let us hear,  
And what will be our usury for the space of all this year?"  
Said Martin Antolinez like a prudent man and true:  
"Whatever you deem right and just the Cid desires of you.  
He will ask little since his goods are left in a safe place.  
But needy men on all sides beseech the Cid for grace.  
For six hundred marks of money, the Cid is sore bested."  
"We shall give them to him gladly," Raquel and Vidas said.  
"'Tis night. The Cid is sorely pressed. So give the marks to us.  
Answered Raquel and Vidas: "Men do not traffic thus.  
But first they take their surety and thereafter give the fee."  
Said Martin Antolinez: "So be it as for me.  
Come ye to the great Campeador for 'tis but just and fair  
That we should help you with the chests, and put them in your care,  
So that neither Moor nor Christian thereof shall hear the tale."  
"Therewith are we right well content, " said Vidas and Raquel,  
"You shall have marks six hundred when we bring the chests again. "  
And Martin Antolinez rode forth swiftly with the twain.

And they were glad exceeding. O'er the bridge he did not go,  
But through the stream, that never a Burgalese should know  
Through him thereof. And now behold the Campeador his tent.  
When they therein had entered to kiss his hands they bent.  
My lord the Cid smiled on them and unto them said he:  
"Ha, don Raquel and Vidas, you have forgotten me!  
And now must I get hence away who am banished in disgrace,  
For the king from me in anger hath turned away his face.  
I deem that from my chattels you shall gain somewhat of worth.  
And you shall lack for nothing while you dwell upon the earth.'  
A-kissing of his hands forthwith Raquel and Vidas fell.  
Good Martin Antolinez had made the bargain well,  
That to him on the coffers marks six hundred they should lend.  
And keep them safe, moreover, till the year had made an end.  
For so their word was given and sworn to him again,  
If they looked ere that within them, forsworn should be the twain,  
The Cid would never give them one groat of usury.  
Said Martin, "Let the chests be ta'en as swiftly as may be,  
Take them, Raquel and Vidas, and keep them in your care.  
And we shall even go with you that the money we may bear,  
For ere the first cock croweth must my lord the Cid depart. "  
At the loading of the coffers you had seen great joy of heart.  
For they could not heave the great chests up though they were stark and hale.  
Dear was the minted metal to Vidas and Raquel;  
And they would be rich forever till their two lives it were o'er  
The hand of my good lord the Cid, Raquel had kissed once more:

"Ha! Campeador, in happy hour thou girdedst on the brand.  
Forth from Castile thou goest to the men of a strange land.  
Such is become thy fortune and great thy gain shall be



Ah Cid I kiss shine hands again -- but make a gift to me  
Bring me a Moorish mantle splendidly wrought and red. "  
"So be it. It is granted," the Cid in answer said,  
"If from abroad I bring it, well doth the matter stand;  
If not, take it from the coffer I leave here in your hand. "  
And then Raquel and Vidas bore the two chests away.  
With Martin Antolinez into Burgos entered they.  
And with fitting care, and caution unto their dwelling sped.  
And in the midmost of the hall a plaited quilt they spread.  
And a milk-white cloth of linen thereon did they unfold.  
Three hundred marks of silver before them Martin told.  
And forthwith Martin took them, no whit the coins he weighed.  
Then other marks three hundred in gold to him they paid.  
Martin had five esquires. He loaded all and one.  
You shall hear what said don Martin when all this gear was done:  
"Ha! don Raquel and Vidas, ye have the coffer two.  
Well I deserve a guerdon, who obtained this prize for you."

XI Together Vidas and Raquel stepped forth apart thereon:  
"Let us give him a fair present for our profit he has won.  
Good Martin Antolinez in Burgos that cost dwell,  
We would give thee a fair present for thou deserves well.  
Therewith get breeches and a cloak and mantle rich and fine.  
Thou hast earned it. For a present these thirty marks are thine.  
For it is but just and honest, and, moreover, thou wilt stand  
Our warrant in this bargain whereto we set our hand "  
Don Martin thanked them duly and took the marks again.  
He yearned to leave the dwelling and well he wished the twain.  
He is gone out from Burgos. O'er the Arlanzon he went.  
And him who in good hour was born he found within his tent.  
The Cid arose and welcomed him, with arms held wide apart:  
"Thou art come Antolinez, good vassal that thou art!

May you live until the season when you reap some gain of me."  
"Here have I come, my Campeador, with as good heed as might be.  
Thou hast won marks six hundred, and thirty more have I.  
Ho! order that they strike the tents and let us swiftly fly.  
In San Pedro de Cardenas let us hear the cock ere day.  
We shall see your prudent lady, but short shall be our stay.  
And it is needful for us from the kingdom forth to wend,  
For the season of our suffrance draws onward to its end."

XII They spake these words and straight way the tent upgathered then,  
lord the Cid rode swiftly with all his host of men.  
And forth unto Saint Mary's the horse's head turned he,  
And with his right hand crossed himself: "God, I give thanks to thee  
Heaven and Earth that rulest. And thy favor be my weal  
Holy Saint Mary, for forthright must I now quit Castile.  
For I look on the King with anger, and I know not if once more  
I shall dwell there in my life-days. But may thy grace watch o'er  
My parting, Blessed Virgin, and guard me night and day.

If thou do so and good fortune come once more in my way,  
I will offer rich oblations at thine altar, and I swear  
Most solemnly that I will chant a thousand masses there."

XIII And the lord Cid departed fondly as a good man may.  
Forthwith they loosed the horses, and out they spurred away.  
Said good Martin Antolinez in Burgos that did dwell:  
"I would see my lady gladly and advise my people well  
What they shall do hereafter. It matters not to me  
Though the King take all. Ere sunrise I shall come unto thee."

XIV Martin went back to Burgos but my lord the Cid spurred on  
To San Pedro of Cardena as hard as horse could run,  
With all his men about him who served him as is due.  
And it was nigh to morning, and the cocks full oft they crew,  
When at last my lord the Campeador unto San Pedro came.  
God's Christian was the Abbot. Don Sancho was his name;  
And he was saying matins at the breaking of the day.  
With her five good dames in waiting Ximena there did pray.  
They prayed unto Saint Peter and God they did implore:  
"O thou who guidest all mankind, succor the Campeador."

XV One knocked at the doorway, and they heard the tidings then.  
God wot the Abbot Sancho was the happiest of men.  
With the lights and with the candles to the court they ran forth right,  
And him who in good hour was born they welcomed in delight.  
"my lord Cid," quoth the Abbot, "Now God be praised of grace!  
Do thou accept my welcome, since I see thee in this place."  
And the Cid who in good hour was born, "hereunto answered he:  
"My thanks to thee, don Sancho, I am content with thee.  
For myself and for my vassals provision will I make.  
Since I depart to exile, these fifty marks now take.  
If I may live my life-span, they shall be doubled you.  
To the Abbey not a groatsworth of damage will I do.  
For my lady do I give you an hundred marks again,  
Herself, her dames and daughters for this year do you maintain.  
I leave two daughters with you, but little girls they be.  
In thine arms keep them kindly. I commend them here to thee.  
Don Sancho do thou guard them, and of my wife take care.

If thou wantest yet and lackest for anything whate'er,  
Look well to their provision, thee I conjure once more,  
And for one mark that thou spendest the Abbey shall have four. "  
And with glad heart the Abbot his full assent made plain.  
And lo! the Dame Ximena came with her daughters twain.  
Each had her dame-in-waiting who the little maiden bore.  
And Dame Ximena bent the knee before the Campeador.  
And fain she was to kiss his hand, and, oh, she wept forlorn!  
"A boon! A boon! my Campeador. In a good hour wert thou born.  
And because of wicked slanderers art thou banished from the land.

XVI "Oh Campeador fair-bearded a favor at thy hand!  
Behold I kneel before thee, and thy daughters are here with me,  
That have seen of days not many, for children yet they be,  
And these who are my ladies to serve my need that know.  
Now well do I behold it, thou art about to go.  
Now from thee our lives a season must sunder and remove,  
But unto us give succor for sweet Saint Mary's love."  
The Cid, the nobly bearded, reached down unto the twain,  
And in his arms his daughters has lifted up again,  
And to his heart he pressed them, so great his love was grown,  
And his tears fell fast and bitter, and sorely did he moan:  
"Ximena as mine own spirit I loved thee, gentle wife;  
But o'er well dost thou behold it, we must sunder in our life.  
I must flee and thou behind me here in the land must stay.  
Please God and sweet Saint Mary that yet upon a day  
I shall give my girls in marriage with mine own hand rich and well,  
And thereafter in good fortune be suffered yet to dwell,  
May they grant me, wife, much honored, to serve thee then once more."

XVII A mighty feast they had prepared for the Great Campeador  
The bells within San Pedro they clamor and they peal.  
That my lord the Cid is banished men cry throughout Castile.  
And some have left their houses, from their lands some fled away.  
Of knights an hundred and fifteen were seen upon that day,  
By the bridge across the Arlanzon together they came o'er.  
One and all were they calling on the Cid Campeador.  
And Martin Antolinez has joined him with their power.  
They sought him in San Pedro, who was born in a good hour.

XVIII When that his host was growing, heard the great Cid of Bivar,  
Swift he rode forth to meet them, for his fame would spread afar.  
When they were come before him, he smiled on them again.  
And one and all drew near him and to kiss his hand were fain.  
My lord the Cid spake gladly: "Now to our God on high  
I make my supplication that ere I come to die I  
may repay your service that house and land has cost,  
And return unto you double the possession that ye lost."  
My lord the Cid was merry that so great his commons grew,  
And they that were come to him they all were merry too.  
Six days of grace are over, and there are left but three,  
Three and no more. The Cid was warned upon his guard to be,  
For the King said, if thereafter he should find him in the land,  
Then neither gold nor silver should redeem him from his hand.  
And now the day was over and night began to fall  
His cavaliers unto him he summoned one and all:  
"Hearken, my noble gentlemen. And grieve not in your care.  
Few goods are mine, yet I desire that each should have his share.  
As good men ought, he prudent. When the cocks crow at day,  
See that the steeds are saddled, nor tarry nor delay.

In San Pedro to say matins the Abbot good will be;  
He will say mass in our behalf to the Holy Trinity.  
And when the mass is over, from the abbey let us wend,  
For the season of our sufferance draws onward to an end.  
And it is sure, moreover, that we have far to go."  
Since so the Cid had ordered, they must do even so.  
Night passed, and came the morning. The second cock he crew;  
Forthwith upon the horses the caparisons they threw.  
And the bells are rung for matins with all the haste they may.  
My lord Cid and his lady to church they went their way.  
On the steps Ximena cast herself, that stood the shrine before,  
And to God passionately she prayed to guard the Campeador:  
"Our Father who art in Heaven, such glory is in Thee!  
Thou madest firmament and earth, on the third day the sea.  
The stars and moon Thou madest, and the great sun to warm.  
In the womb of Mary Mother, Thou tookest human form.  
Thou didst appear in Bethlehem as was Thy will and choice.  
And in Thy praise and glory shepherds lifted up their voice.  
And thither to adore Thee from Arabia afar  
Came forth the three kings, Caspar, Melchior and Balthasar.  
And gold and myrrh and frankincense they proffered eagerly.  
Thou didst spare the prophet Jonah when he fell into the sea.  
And Thou didst rescue Daniel from the lions in the cave.  
And, moreover, in Rome city Saint Sebastian didst Thou save.  
From the sinful lying witness Saint Susanna didst Thou ward.  
And years two and thirty didst Thou walk the Earth, our Lord,  
Showing, the which all men take heed, Thy miracles divine.  
Of the stone, bread Thou madest, and of the water, wine.  
Thou didst raise up Saint Lazarus according to Thy will.  
Thou didst let the Hebrews take Thee. On Calvary the hill,  
In the place Golgotha by name, Thee, Lord, they crucified.

And the two thieves were with Thee, whom they hanged on either side,  
One is in heaven, the other he came not thereunto.  
A miracle most mighty on the cross there didst Thou do.  
Blind was Longinus never had seen from his birth-year.  
The side of our Lord Jesus he pierced it with the spear.  
Forth the blood issued swiftly, and ran down the shaft apace.  
It stained his hands. He raised them and put them to his face.  
Forthwith his eyes were opened and in every way might see.  
He is ransomed from destruction for he straight believed on Thee.  
From the sepulchre Thou roset, and into Hell didst go,  
According to Thy purpose, and its gates didst overthrow,  
To bring forth the Holy Fathers. And King of Kings Thou art,  
And of all the world the Father, and Thee with all my heart  
Do I worship and acknowledge, and further I implore  
That Saint Peter speed my prayer for the Cid Campeador,  
That God keep his head from evil; and when this day we twain  
Depart, then grant it to us that we meet in life again."  
And now the prayer is over and the mass in its due course.  
From church they came, and already were about to get to horse.

And the Cid clasped Ximena, but she, his hand she kissed.  
Sore wept the Dame, in no way the deed to do she wist.  
He turned unto his daughters and he looked upon the two:  
"To the Spiritual Father, have I commended you.  
We must depart. God knoweth when we shall meet again."  
Weeping most sore -- for never hast thou beheld such pain  
As the nail from the flesh parteth, from each other did they part.  
And Cid with all his vassals disposed himself to start,  
And as he waited for them anew he turned his head,  
Minaya Alvar Fanez then in good season said:  
"Cid! Where is now thy courage? Upon a happy day  
Wast thou born. Let us bethink us of the road and haste away.  
A truce to this. Rejoicing out of these griefs shall grow.

The God who gave us spirits shall give us aid also."  
Don Sancho the good Abbot, they charged him o'er again  
To watch and ward Ximena and likewise her daughters twain,  
And the ladies that were with them. That he shall have no lack  
Of guerdon let the Abbot know. By this was he come back,  
Then out spake Alvar Fanez: "Abbot, if it betide  
That men should come desirous in our company to ride,  
Bid them follow but be ready on a long road to go  
Through the sown and through the desert; they may overtake us so."  
They got them upon horseback, they let the rein go slack.  
The time drew near when on Castile they needs must turn the back.  
Spinaz de Can, it was the place where the Cid did alight.  
And a great throng of people welcomed him there that night.  
On the next day at morning, he got to horse once more,  
And forth unto his exile rode the true Campeador.  
To the left of San Estevan the good town did he wheel.  
He marched through Alcobiella the frontier of Castile.  
O'er the highway to Quinea his course then has he bent.  
Hard by Navas de Palos o'er Duero stream he went.  
All night at Figueruela did my lord the Cid abide.  
And very many people welcomed him on every side..

XIX When it was night the Cid lay down. In a deep sleep he fell,  
And to him in a vision came the angel Gabriel:  
"Ride, Cid, most noble Campeador, for never yet did knight  
Ride forth upon an hour whose aspect was so bright.  
While thou shalt live good fortune shall be with thee and shine. "  
When he awoke, upon his face he made the holy sign.

XX He crossed himself, and unto God his soul commended then,  
he was glad of the vision that had come into his ken

The next day at morning they began anew to wend.  
Be it known their term of sufferance at the last has made an end.  
In the mountains of Miedes the Cid encamped that night,  
With the towers of Atienza where the Moors reign on the right.

XXI 'Twas not yet come to sunset, and lingered still the day.  
My lord the Cid gave orders his henchmen to array.  
Apart from the footsoldiers, and valiant men of war,  
There were three hundred lances that each a pennon bore.

XXII "Feed all the horses early, so may our God you speed.  
Let him eat who will; who will not, let him get upon the steed.  
We shall pass the mountain ranges rough and of dreadful height.  
The land of King Alfonso we can leave behind tonight.  
And whosoe'er will seek us shall find us ready then."  
By night the mountain ranges he traversed with his men.  
Morn came. From the hills downward they were about to fare.  
In a marvelous great forest the Cid bade halt them there,  
And to feed the horses early; and he told them all aright  
In what way he was desirous that they should march by night.  
They all were faithful vassals and gave assent thereto;  
The behests of their great captain it behooved them all to do.  
Ere night, was every man of them unto the riding fit.  
So did the Cid that no man might perchance get wind of it.  
They marched all through the night-tide and rested not at all.  
Near Henares a town standeth that Castejon men call.  
There the Cid went into ambush with the men of his array.

XXIII He couched there in the ambush till the breaking of the day.  
This Minaya Alvar Fanez had counselled and had planned:  
"Ha, Cid, in happy hour thou girdedst on the brand.

Thou with an hundred henchmen shalt abide to hold the rear.  
Till we have drawn forth Castejon unto the bushmen here.  
But give me now two hundred men on a harrying raid to ride.  
We shall win much if thy fortune and our God be on our side.  
"Well didst thou speak, Minaya," the Campeador he said,  
"Do thou with the two hundred ride on a harrying raid.  
With Alvar Salvadorez, Alvar Alvarez shall advance,  
likewise Galind Garciaz, who is a gallant lance.  
Let them ride beside Minaya, each valiant cavalier.  
Let them ride unfearing forward and turn from naught for fear.  
Out unto Guadalajara, from Hita far and wide,  
To Alcala the city forth let the harriers ride.  
That they bring all the booty let them be very sure,  
Let them leave naught behind them for terror of the Moor.  
Here with an hundred lances in the rear will I remain,  
And capture Castejon good store of provender to gain.  
If thou come in any danger as thou ridest on the raid,  
Send swiftly hither, and all Spain shall say how I gave aid."  
Now all the men were chosen who on the raid should ride,  
And those who in the rearguard with the lord Cid should abide.  
And now the dawn was breaking and morning coming on,  
And the sun rising. Very God! how beautifully it shone!  
All men arose in Castejon, and wide they threw the gates;  
And forth they went to oversee their farmlands and estates.

All were gone forth, and the gates stand open as they were thrown,  
And but a little remnant were left in Castejon.  
Round the city were the people scattered the whole country o'er.  
Then forth out of the ambush issued the Campeador.  
And without fail round Castejon he rushed along his way.  
The Moors, both men and women, he took them for a prey,  
And of their flocks as many as thereabouts there strayed.  
My lord Cid don Rodrigo straight for the gateway made,

And they that held it, when they saw that swift attack begin,  
Fled in great fear, and through the gates Roy Diaz entered in  
With the sword naked in his hand; and fifteen Moors he slew  
Whom he ran down. In Castejon much gold, and silver too,  
He captured. Then unto him his knights the booty brought  
To my lord Cid they bore it. The spoil they valued naught.

Lo! the two hundred men and three to plunder that rode out,  
Sped fearlessly, and ravaged the country roundabout.  
For the banner of Minaya unto Alcala did gleam.  
Then they bore home the booty up the Henares stream  
Past Guadalajara. Booty exceeding great they bore  
Of sheep and kine and vesture and of other wealth good store.  
Straightway returned Minaya. None dared the rear attack.  
With the treasure they had taken his company turned back.  
Lo, they were come to Castejon, where the Campeador abode.  
He left the hold well guarded. Out from the place he rode.  
With all his men about him to meet them did he come,  
And with arms wide asunder welcomed Minaya home:

"Thou art come, Alvar Fanez, good lance thou art indeed.  
Whereso I send thee, in such wise I well may hope to speed.  
Put straightway all together the spoil both shine and mine;  
The fifth part of all, Minaya, an thou so desire, is thine."

XXIV "Much do I thank thee for it, illustrious Campeador.  
With what thou giv'st me, the fifth part of all our spoils of war,  
The King Alfonso of Castile full well content would be.  
I renounce it in thy favor; and without a claim to thee.  
But I swear to God who dwelleth in the high firmament,  
That till upon my charger I gallop in content  
Against the Moors, and till I wield both spear and brand again,  
And till unto my elbow from the blade the blood doth drain  
Before the Cid illustrious, howe'er so small it be,

I will not take the value of a copper groat from thee.  
When through me some mighty treasure thou hast at thy command.  
I will take thy gift; till such a time, all else is in thine hand."

XXV They heaped the spoil together. Pondered the Cid my lord,  
He who in happy hour had girded on the sword,  
How tidings of his raiding to the King would come ere long,

And Alfonso soon would seek him with his host to do him wrong.  
He bade his spoil-dividers make a division fair,  
And furthermore in writing give to each man his share.  
The fortune of each cavalier had sped exceeding well,  
One hundred marks of silver to each of them there fell,  
And each of the foot soldiers the half of that obtained.  
A round fifth of the treasure for my lord the Cid remained  
But here he could not sell it, nor in gifts give it away.  
No captives, men or women, he desired in his array.  
And with the men of Castejon he spoke to this intent  
To Hita and Guadalajara ambassadors he sent  
To find how high the ransom of the fifth part they would rate.  
Even as they assessed it, his profit would be great.  
Three thousand marks of silver the Moors agreed to pay.  
The Cid was pleased. And duly was it paid on the third day.  
My lord the Cid determined with all his men of war  
That there within the castle they would abide no more,  
And that they would have held it, but that water sore it lacked:  
"Ye Moors are friendly to the King; even so runs the pact,  
With his host will he pursue us. And I desire to flee  
From Castejon; Minaya and my men, so hark to me;

XXVI "Nor take it ill, mine utterance. For here we cannot stay.  
The king will come to seek us, for he is not far away;

But to destroy the castle seems in no way good to me.  
An hundred Moorish women in that place I will set free  
And of the Moors an hundred. Since there, as it befell,  
I captured them. Hereafter shall they all speak of me well.  
Ye all are paid; among you is no man yet to pay.  
Let us on the morrow morning prepare to ride away,  
For against my lord Alfonso the strife I would not stir."  
What the Cid said was pleasing to his every follower.  
Rich men they all departed from the hold that they had ta'en  
And the Moors both men and women blessed them o'er and o'er again.  
Up the Henares hastened they and hard they rode and strong.  
They passed through the Alcarrias, and swift they marched along,  
By the Caverns of Anquita they hastened on their way.  
They crossed the stream. Into Taranz the great plain entered they,  
And on down through that region as hard as they might fare.  
Twixt Fariza and Cetina would the Cid seek shelter there.  
And a great spoil he captured in the country as he went,  
For the Moors had no inkling whatso'er of his intent.  
On the next day marched onward the great Cid of Bivar,  
And he went by Alhama, and down the vale afar.  
And he passed Bubierca and Ateca likewise passed,  
And it was nigh to Alcocer that he would camp at last  
Upon a rounded hillock that was both strong and high.  
They could not rob him of water; the Jalon it flowed hard by.  
My lord Cid don Rodrigo planned to storm Alcocer.



XXVII He pitched a strong encampment upon the hillock there,  
Some men were toward the mountains, some by the stream arrayed.  
The gallant Cid, who in good hour had girded on the blade,  
Bade his men near the water dig a trench about the height,

That no man might surprise them by day nor yet by night.  
So might men know that there the Cid had taken up his stand.

XXVIII And thereupon the tidings went out through all that land,  
How my lord Cid the Campeador had there got footing sure,  
He is gone forth from the Christians, he is come unto the Moor,  
In his presence no man dareth plough the farmlands as of yore.  
Very merry with his vassals was the great Campeador.  
And Alcocer the Castle wider tribute had he laid.

XXIX In Alcocer the burghers to the Cid their tribute paid  
And all the dwellers in Terrer and Teca furthermore.  
And the townsmen of Calatayud, know well, it irked them sore.  
Full fifteen weeks he tarried there, but the town yielded not.  
And when he saw it forthwith the Cid devised a plot.  
Save one left pitched behind him, he struck his every tent.  
Then with his ensign lifted, down the Jalon he went,  
With mail-shirts on and girded swords, as a wise man should him bear.  
To draw forth to his ambush the men of Alcocer.  
And when they saw it, name of God! How glad was everyone!  
"The provender and fodder of my lord the Cid are gone.  
If he leaves one tent behind him, the burden is not light  
Of the others that he beareth. He "scapes like one in flight.  
Let us now fall upon him, great profit shall we gain.  
We shall win a mighty booty before he shall be ta'en  
By them who have their dwelling in the city of Terrer;  
For if by chance they take him, in the spoil we shall not share.  
The tribute that he levied, double he shall restore."  
Forth from the town of Alcocer in wild haste did they pour.  
When the Cid saw them well without he made as if he fled;  
With his whole host in confusion down the Jalon he sped.

"The prize 'scapes," cried the townsmen. Forth rushed both great and small,  
In the lust of conquest thinking of nothing else at all.  
They left the gates unguarded, none watched them any more.  
And then his face upon them turned the great Campeador,  
He saw how twixt them and their hold there lay a mighty space;  
He made them turn the standard. They spurred the steeds apace.  
"Ho! cavaliers! Now swiftly let every man strike in,  
By the Creator's favor this battle we shall win."  
And there they gave them battle in the midmost of the mead.  
Ah God! is the rejoicing on this morning great indeed.  
The Cid and Alvar Fanez went spurring on ahead;  
Know ye they had good horses that to their liking sped.  
'Twixt the townsmen and the castle swiftly the way they broke.  
And the Cid's henchmen merciless, came striking stroke on stroke, In

little space three hundred of the Moors they there have slain.  
Loud was the shouting of the Moors in the ambush that were ta'en.  
But the twain left them; on they rushed Right for the hold they made  
And at the gate they halted, each with a naked blade.  
Then up came the Cid's henchmen for the foe were all in flight.  
Know ye the Cid has taken Alcocer by such a sleight.

XXX Per Vermudoz came thither who the Cid's flag did bear.  
On the high place of the city he lifted it in air.  
Outspoke the Cid Roy Diaz. Born in good hour was he:  
"To God in Heaven and all his saints great thanks and praises be.  
We shall better now our lodging for cavalier and steed."

XXXI Alvar Fanez and all ye my knights, now hearken and give heed  
We have taken with the castle a booty manifold.  
Dead are the Moors. Not many of the living I behold.

Surely we cannot sell them the women and the men;  
And as for striking off their heads, we shall gain nothing then.  
In the hold let us receive them, for we have the upper hand.  
When we lodge within their dwellings, they shall do as we command."

XXXII The Cid with all his booty lieth in Alcocer.  
He let the tent be sent for, that he left behind him there.  
It irked the men of Teca, wroth in Terror were they;  
Know ye on all Calatayud sorely the thing did weigh.  
To the Sovereign of Valencia they sent the news apace:  
How that the King Alfonso hath banished in disgrace  
One whom men call my lord the Cid, Roy Diaz of Bivar,  
He came to lodge by Alcocer, and strong his lodgings are.  
He drew them out to ambush; he has won the castle there.  
"If thou aidest not needs must thou lose both Teca and Terror,  
Thou wilt have lost Calatayud that cannot stand alone.  
All things will go to ruin on the banks of the Jalon,  
And round about Jiloca on the far bank furthermore."

When the King Tamin had heard it, his heart was troubled sore:  
"Here do I see three Moorish kings. Let two without delay  
With three thousand Moors and weapons for the fight ride there away;  
Likewise they shall be aided by the men of the frontier.  
See that ye take him living and bring him to me here.  
He must pay for the realm's trespass till I be satisfied."

Three thousand Moors have mounted and fettle them to ride.  
All they unto Segorbe have Borne to lodge that night.  
The next day they got ready to ride at morning light.  
In the evening unto Celfa they came the night to spend.  
And there they have determined for the borderers to send.  
Little enow they tarried; from every side they came.

Then they went forth from Celfa (of Canal it has its name),  
Never a whit they rested, but marched the livelong day.

And that night unto their lodging in Calatayud came they.  
And they sent forth their heralds through the length of all the land.  
A great and sovran army they gathered to their hand.  
With the two Kings Fariz and Galve (these are the names they bear).  
They will besiege my noble lord the Cid in Alcocer.

XXXIII They pitched the tents and got them to their lodging there and then.  
Strong grew their bands for thereabouts was found great store of men.  
Moreover all the outposts, which the Moors set in array,  
Marched ever hither and thither in armour night and day.  
And many are the outposts, and great that host of war.  
From the Cid's men, of water have they cut off all the store.  
My lord the Cid's brave squadrons great lust to fight they had,  
But he who in good hour was born firmly the thing forbade.  
For full three weeks together they hemmed the city in.

XXXIV. When three weeks were well nigh over and the fourth would soon begin,  
My lord Cid and his henchmen agreed after this guise:  
"They have cut us off from water; and our food must fail likewise.  
They will not grant unto us that we depart by night,  
And very great is their power for us to face and fight.  
My knights what is your pleasure, now say, that we shall do.?  
Then first outspake Minaya the good knight and the true:  
"Forth from Castile the noble unto this place we sped;  
If with the Moors we fight not, they will not give us bread.  
Here are a good six hundred and some few more beside.  
In the name of the Creator let nothing else betide:

Let us smite on them tomorrow."

The Campeador said he:  
"Minaya Alvar Fanez, thy speaking liketh me.  
Thou hast done thyself much honor, as of great need thou must.  
"All the Moors men and women he bade them forth to thrust  
That none his secret counsel might understand aright  
And thereupon they armed them all through that day and night.  
And the next day in the dawning when soon the sun should rise,  
The Cid was armed and with him all the men of his emprise.  
My lord the Cid spake to them even as you shall hear.

"Let all go forth, let no one here tarry in the rear,  
Save only two footsoldiers the gates to watch and shield.  
They will capture this our castle, if we perish in the field;  
But if we win, our fortunes shall grow both great and fair.  
Per Vermudoz, my banner I bid thee now to bear;  
As thou art very gallant do thou keep it without stain.  
But unless I so shall order thou shalt not loose the rein."

He kissed the Cid's hand. Forth he ran the battle-flag to take.

They oped the gates, and outward in a great rush did they break.  
And all the outposts of the Moor beheld them coming on,

And back unto the army forthwith they got them gone.  
What haste there was among the Moors! To arm they turned them back.

With the thunder of the war-drum the earth was like to crack.  
There might you see Moors arming, that swift their ranks did close.  
Above the Moorish battle two flags-in-chief arose,  
But of their mingling pennons the number who shall name?  
Now all the squadrons of the Moors marching right onward came,  
That the Cid and all his henchmen they might capture out of hand.  
"My gallant men here in this place see that ye firmly stand,  
Let no man leave the war-ranks till mine order I declare."

Per Vermudoz, he found it too hard a thing to bear,  
He spurred forth with the banner that in his hand he bore:  
"May the Creator aid thee, thou true Cid Campeador,  
Through the line of battle yonder thy standard I will take;  
I shall see how you bring succor, who must for honor's sake."  
Said the Campeador: "Of charity, go not to the attack."  
For answer said Per Vermudoz: "Is naught shall hold me back."  
Spurring the steed he hurled him through the strong line of the foes.

The serried Moors received him and smote him mighty blows,  
To take from him the banner; yet they could not pierce his mail.  
Said the Campeador: "Of charity go help him to prevail."

XXXV Before their breasts the war-shields there have they buckled strong,  
The lances with the pennons they laid them low along,  
And they have bowed their faces over the saddlebow,  
And thereaway to strike them with brave hearts did they go.  
He who in happy hour was born with a great voice did call:  
"For the love of the Creator, smite them, my gallants ah.  
I am Roy Diaz of Bivar, the Cid, the Campeador."

At the rank where was Per Vermudoz the mighty strokes they bore.  
They are three hundred lances that each a pennon bear.  
At one blow every man of them his Moor has slaughtered there,  
And when they wheeled to charge anew as many more were slain.

XXXV, You might see great clumps of lances lowered and raised again,  
And many a shield of leather pierced and shattered by the stroke,  
And many a coat of mail run through, its meshes all to-broke,  
And many a white pennon come forth all red with blood,

And running without master full many a charger good.

Cried the Moors "Mahound!" The Christians shouted on Saint James of grace.  
On the field Moors thirteen hundred were slain in little space.

XXXVII On his gilded selle how strongly fought the Cid, the splendid knight.  
And Minaya Alvar Fanez who Zorita held of right,  
And brave Martin Antolinez that in Burgos did abide,  
And likewise Muno Gustioz, the Cid's esquire tried!

So also Martin Gustioz who ruled Montemayor,  
And by Alvar Salvadorez Alvar Alvarez made war  
And Galind Garciaz the good knight that came from Aragon,  
There too came Felez Munoz the Cid his brother's son.  
As many as were gathered there straightway their succor bore,  
And they sustained the standard and the Cid Campeador.

XXXVIII Of Minaya Alvar Fanez the charger they have slain  
The gallant bands of Christians came to his aid amain.  
His lance was split and straightway he set hand upon the glaive,  
What though afoot, no whit the less he dealt the buffets brave.  
The Cid, Roy Diaz of Castile, saw how the matter stood.  
He hastened to a governor that rode a charger good.  
With his right hand he smote him such a great stroke with the sword  
That the waist he clave; the half of him he hurled unto the sward.  
To Minaya Alvar Fanez forthwith he gave the steed.  
"Right arm of mine, Minaya, now horse thee with all speed!  
I shall have mighty succor from thee this very day.

The Moors leave not the battle; firm standeth their array,  
And surely it behooves us to storm their line once more."

Sword in hand rode Minaya; on their host he made great war,  
Whom he overtook soever, even to death he did.  
He who was born in happy hour, Roy Diaz, my lord Cid,  
Thrice smote against King Fariz. Twice did the great strokes fail,  
But the third found the quarry. And down his shirt of mail  
Streamed the red blood. To leave the field he wheeled his horse away.  
By that one stroke the foeman were conquered in the fray.

XXXIX And Martin Antolinez a heavy stroke let drive  
At Galve. On his helmet the rubies did he rive;  
The stroke went through the helmet for it reached unto the flesh.  
Be it known, he dared not tarry for the man to strike afresh.  
King Fariz and King Galve, but beaten men are they.  
What a great day for Christendom! On every side away  
Fled the Moors. My lord Cid's henchmen still striking gave them chase.  
Into Terrer came Fariz, but the people of the place  
Would not receive King Galve. As swiftly as he might  
Onward unto Calatayud he hastened in his flight.  
And after him in full pursuit came on the Campeador.  
Till they came unto Calatayud that chase they gave not o'er.

XL Minaya Alvar Fanez hath a horse that gallops well.  
Of the Moors four and thirty that day before him fell.  
And all his arm was bloody, for 'tis a biting sword;  
And streaming from his elbow downward the red blood poured.  
Said Minaya: "Now am I content; well will the rumor run  
To Castile, for a pitched battle my lord the Cid hath won."  
Few Moors are left, so many have already fallen dead,

For they who followed after slew them swiftly as they fled.  
He who was born in happy hour came with his host once more.

On his noble battle-charger rode the great Campeador.  
His coif was wrinkled. Name of God! but his great beard was fair.  
His mail-hood on his shoulders lay. His sword in hand he bare.  
And he looked upon his henchmen and saw them drawing nigh:

"Since we ha' won such a battle, glory to God on high!"  
The Cid his henchmen plundered the encampment far and wide  
Of the shields and of the weapons and other wealth beside.  
Of the Moors they captured there were found five hundred steeds and ten.  
And there was great rejoicing among those Christian men,  
And the lost of their number were but fifteen all told.  
They brought a countless treasure of silver and of gold.  
Enriched were all those Christians with the spoil that they had ta'en  
And back unto their castle they restored the Moors again;  
To give them something further he gave command and bade.  
With all his train of henchmen the Cid was passing glad.

He gave some monies, some much goods to be divided fair,  
And full an hundred horses fell to the Cid's fifth share.  
God's name! his every vassal nobly did he requite,  
Not only the footsoldiers but likewise every knight.  
He who in happy hour was born wrought well his government,  
And all whom he brought with him therewith were well content.

"Harken to me, Minaya, my own right arm art thou.  
Of the wealth, wherewith our army the Creator did endow,  
Take in shine hand whatever thou deemest good to choose.  
To Castile I fain would send thee to carry there the news  
Of our triumph. To Alphonso the King who banished me  
A gift of thirty horses I desire to send with thee.  
Saddled is every charger, each steed is bridled well.  
There hangeth a good war-sword at the pommel of each selle."  
Said Minaya Alvar Fanez: "I will do it with good cheer.

XLI "Of the gold and the fine silver, behold a bootful here.  
Nothing thereto is lacking. Thou shalt pay the money down  
At Saint Mary's Church for masses fifty score in Burgos town;  
To my wife and to my daughters the remainder do thou bear.  
Let them offer day and night for me continually their prayer.  
If I live, exceeding wealthy all of those dames shall be.

XLII Minaya Alvar Fanez, therewith content was he.  
They made a choice of henchmen along with him to ride.  
They fed the steeds. Already came on the eventide.  
Roy Diaz would decide it with his companions leal.

XLIII "Dost thou then go, Minaya, to the great land of Castile  
And unto our well-wishers with a clear heart canst thou say:  
'God granted us his favor, and we conquered in the fray?'

If returning thou shalt find us here in this place, 'tis well;  
If not, where thou shalt hear of us, go seek us where we dwell.  
For we must gain our daily bread with the lance and with the brand,  
Since otherwise we perish here in a barren land.  
And therefore as methinketh, we must get hence away."

XLIV So was it, and Minaya went at the break of day.  
But there behind the Campeador abode with all his hand.  
And waste was all the country, an exceeding barren land.  
Each day upon my lord the Cid there in that place they spied,  
The Moors that dwelt on the frontier and outlanders beside.  
healed was King Fariz. With him they held a council there,  
The folk that dwelt in Teca and the townsmen of Terrer,  
And the people of Calatayud, of the three the fairest town.  
In such wise have they valued it and on parchment set it down  
That for silver marks three thousand Alcocer the Cid did sell.

XLV Roy Diaz sold them Alcocer. How excellently well  
He paid his vassals! Horse and foot he made them wealthy then,  
And a poor man you could not find in all his host of men.  
In joy he dwelleth aye who serves a lord of noble heart.

XLVI When my lord the Cid was ready from the Castle to depart,  
The Moors both men and women cried out in bitter woe:  
"Lord Cid art thou departing? Still may our prayers go  
Before thy path, for with thee we are full well content. "  
For my lord the great Cid of Bivar, when from Alcocer he went,  
The Moors both men and women made lamentation sore.  
He lifted up the standard, forth marched the Campeador.  
Down the Jalon he hastened, on he went spurring fast.  
He saw birds of happy omen, as from the stream he passed.  
Glad were the townsmen of Terrer that he had marched away,  
And the dwellers in Calatayud were better pleased than they.  
But in the town of Alcocer 'twas grief to all and one,  
For many a deed of mercy unto them the Cid had done.  
My lord the Cid spurred onward. Forward apace he went;  
'Twas near to the hill Monreal that he let pitch his tent.  
Great is the hill and wondrous and very high likewise.  
Be it known from no quarter doth he need to dread surprise.  
And first he forced Doroca tribute to him to pay,  
And then levied on Molina on the other side that lay,  
Teruel o'er against him to submit he next compelled  
And lastly Celfa de Canal within his power he held.

XLVII May my lord the Cid, Roy Diaz, at all times God's favor feel.  
Minaya Alvar Fanez has departed to Castile.  
To the King thirty horses for a present did he bring.  
And when he had beheld them beautifully smiled the King:

"Who gave thee these, Minaya, so prosper thee the Lord?"  
"Even the Cid Roy Diaz, who in good hour girded sword.

Since you banished him, by cunning has he taken Alcocer.  
To the King of Valencia the tidings did they bear.  
He bade that they besiege him; from every water-well  
They cut him off. He sallied forth from the citadel,  
In the open field he fought them, and he beat in that affray  
Two Moorish kings he captured, sire, a very mighty prey.  
Great King, this gift he sends thee. Thine hands and feet also  
He kisses. Show him mercy; such God to thee shall show."  
Said the King:

"'Tis over early for one banished, without grace  
In his lord's sight, to receive it at the end of three week's space.  
But since 'tis Moorish plunder to take it I consent.  
That the Cid has taken such a spoil, I am full well content.  
Beyond all this Minaya thine exemption I accord,  
For all thy lands and honors are unto thee restored.  
Go and come! Henceforth my favor I grant to thee once more.  
But to thee I say nothing of the Cid Campeador.

XLVIII "Beyond this, Alvar Fanez, I am fain to tell it thee  
That whosoever in my realm in that desire may be,  
Let them, the brave and gallant, to the Cid betake them straight.  
I free them and exempt them both body and estate."  
Minaya Alvar Fanez has kissed the King's hands twain:  
"Great thanks, as to my rightful lord I give thee, King, again.  
This dost thou now, and better yet as at some later hour.  
We shall labor to deserve it, if God will give us power."  
Said the King: "Minaya, peace for that. Take through Castile thy way.  
None shall molest. My lord the Cid seek forth without delay."

XLIX Of him I fain would tell you in good hour that girt the blade.  
The hill, where his encampment in that season he had made,  
While the Moorish folk endureth, while there are Christians still,  
Shall they ever name in writing 'My Lord the Cid, his Hill.'  
While he was there great ravage in all the land he made,  
Under tribute the whole valley of the Martin he laid.  
And unto Zaragoza did the tidings of him go,  
Nor pleased the Moors; nay rather they were filled with grievous woe.  
For fifteen weeks together my lord Cid there did stay.  
When the good knight saw how greatly Minaya did delay,  
Then forth with all his henchmen on a night march he tried.  
And he left all behind him, and forsook the mountain side,  
Beyond the town of Teruel good don Rodrigo went.  
In the pine grove of Tevar Roy Diaz pitched his tent.  
And all the lands about him he harried in the raid,  
And on Zaragoza city a heavy tribute laid.

When this he had accomplished and three weeks had made an end,  
Out of Castile Minaya unto the Cid did wend.  
Two hundred knights were with him that had belted on the brands.  
Know ye well that there were many foot-soldiers in his bands.



When the Cid saw Minaya draw near unto his view,  
With his horse at a full gallop to embrace the man he flew.  
He kissed his mouth, his very eyes in that hour kissed the Cid.  
And then all things he told him, for naught from him he hid.  
Then beautifully upon him smiled the good Campeador:  
"God and his righteousness divine be greatly praised therefor.  
While thou shalt live, Minaya, well goeth this my game."

L God! How happy was the army that thus Minaya came,  
For of them they left behind them he brought the tidings in,  
From comrade and from brethren and the foremost of their kin.

LI But God! What a glad aspect the Cid fair-bearded wore  
That duly had Minaya paid for masses fifty score,  
And of his wife and daughters all of the state displayed!  
God! How content was he thereat! What noble cheer he made!  
"Ha! Alvar Fanez, many now may thy life-days be.  
What fair despatch thou madest! Thou art worth more than we."

LII And he who in good hour was born tarried in no way then,  
But he took knights two hundred, and all were chosen men;  
And forth when fell the evening a-raiding did they haste.  
At Alcaniz the meadows the Campeador laid waste,  
And gave all places round about to ravage and to sack.  
On the third day to whence he came the Cid again turned back.

LIII Thro' all the country roundabout have the tidings of them flown.  
It grieved the men of Huesca and the people of Monzon.  
Glad were they in Zaragoza since the tribute they had paid,  
For outrage at Roy Diaz's hand no whit were they afraid.

LIV Then back to their encampment they hastened with their prey.  
All men were very merry for a mighty spoil had they.  
The Cid was glad exceeding; Alvar Fanez liked it well.  
But the great Cid smiled, for there at ease he could not bear to dwell.  
"Ha! All my knights, unto you the truth will I confess:  
Who still in one place tarries, his fortune will grow less.  
Let us tomorrow morning prepare to ride apace,  
Let us march and leave forever our encampment in this place."

Unto the pass of Alucat the lord Cid got him gone.  
Then to Huesca and to Montalban he hastily marched on.  
And ten full days together on that raid they were to ride.  
The tidings to all quarters went flying far and wide,  
how that the Exile from Castile great harm to them had done.

LV Afar into all quarters did the tidings of him run.  
They brought the message to the Count of Barcelona's hand,  
How that the Cid Roy Diaz was o'errunning all the land.  
He was wroth. For a sore insult the tidings did he take.

LVI The Count was a great braggart and an empty word he spake:  
"Great wrongs he put upon me, he of Bivar, the Cid.  
Within my very palace much shame to me he did:  
He gave no satisfaction though he struck my brother's son;  
And the lands in my keeping now doth he over-run.  
I challenged him not; our pact of peace I did not overthrow;  
But since he seeks it of me, to demand it I will go."

He gathered the his powers that were exceeding strong,  
Great bands of Moors and Christians to his array did throng.  
After the lord Cid of Bivar they went upon their way,  
Three nights and days together upon the march were they.  
At length in Tevar's pine grove the Cid they have o'erta'en.  
So strong were they that captive to take him were they fain.

My lord Cid don Rodrigo bearing great spoil he went.  
From the ridge unto the valley he had finished the descent.  
And in that place they bore him Count don Remond his word.  
My lord Cid sent unto him when the message he had heard:

"Say to the Count that it were well his anger now should cease.  
No goods of his I carry. Let him leave me in peace."

Thereto the Count gave answer: "Not so the matter ends.  
For what was and is of evil he shall make me full amends.  
The Exile shall know swiftly whom he has sought to slight.'  
Back hastened the ambassador as swiftly as he might.  
And then my lord Cid of Bivar knew how the matter lay,  
And that without a battle they could not get away.

LVII "Ha! lay aside your booty now every cavalier,  
And take in hand your weapons, and get n your battle-gear.  
Count don Remond against us will deliver battle strong;  
Great bands of Moors and Christians he brings with him along.  
He will not for any reason without fighting let us go.  
Here let us have the battle since they pursue us so.  
So get you on your armour and girth the horses tight.  
Down the hill they come in hosen and their saddles are but light,  
And loose their girths. Each man of us has a Galician selle,  
And moreover with the jackboots are our hosen covered well.  
We should beat them though we numbered but fivescore cavaliers.  
Before they reach the level, let us front them with the spears.  
For each you strike three saddles thereby shall empty go.  
Who was the man he hunted, Remond Berenguer shall know  
This day in Tevar's pine grove, who would take from me my prey."

LVIII When thus the Cid had spoken, were all in good array;  
They had taken up their weapons and each had got to horse.  
They beheld the Frankish army down the hill that held its course.  
And at the end of the descent, close to the level land,  
The Cid who in good hour was born, to charge them gave command.

And this did his good henchmen perform with all their heart;  
With the pennons and the lances they nobly played their part,  
Smiting at some, and others overthrowing in their might.  
He who was born in happy hour has conquered in the fight.  
There the Count don Remond he took a prisoner of war,  
And Colada the war-falchion worth a thousand marks and more.

LIX By the victory there much honor unto his beard he did.  
And then the Count to his own tent was taken by the Cid.  
He bade his squires guard him. From the tent he hastened then.  
From every side together about him came his men.  
The Cid was glad, so mighty were the spoils of that defeat.  
For the lord Cid don Rodrigo they prepared great stock of meat.  
But namely the Count don Remond, thereby he set no store.  
To him they brought the viands, and placed them him before.  
He would not eat, and at them all he mocked with might and main:  
"I will not eat a mouthful for all the wealth in Spain;  
Rather will I lose my body and forsake my soul forby,  
Since beaten in the battle by such tattered louts was I."

My lord the Cid Roy Diaz you shall hearken what he said:  
"Drink of the wine I prithee, Count, eat also of the bread.  
If this thou dost, no longer shalt thou be a captive then;  
If not, then shalt thou never see Christendom again."

LXI "Do thou eat, don Rodrigo, and prepare to slumber sweet.  
For myself I will let perish, and nothing will I eat. "  
And in no way were they able to prevail till the third day,  
Nor make him eat a mouthful while they portioned the great prey.

LXII "Ho! Count, do thou eat somewhat," even so my lord Cid spoke,  
"If thou dost not eat, thou shalt not look again on Christian folk;  
If in such guise thou eatest that my will is satisfied,  
Thyself, Count, and, moreover, two noblemen beside  
Will I make free of your persons and set at liberty."

And when the Count had heard it exceeding glad was he.  
"Cid, if thou shalt perform it, this promise thou dost give,  
Thereat I much shall marvel as long as I shall live."  
"Eat then, oh Count; when fairly thy dinner thou hast ta'en  
I will then set at liberty thee and the other twain.  
But what in open battle thou didst lose and I did earn,  
Know that not one poor farthing's worth to thee will I return,  
For I need it for these henchmen who hapless follow me.  
They shall be paid with what I win from others as from thee.  
With the Holy Father's favor we shall live after this wise,  
Like banished men who have not any grace in the King's eyes."  
Glad was the Count. For water he asked his hands to lave.  
And that they brought before him, and quickly to him gave.  
The Count of Barcelona began to eat his fill

With the men the Cid had given him, and God! with what a will!  
He who in happy hour was born unto the Count sate near:

"Ha! Count, if now thou dinest not with excellent good cheer,  
And to my satisfaction, here we shall still delay,  
And we twain in no manner shall go forth hence away."  
Then said the Count: "Right gladly and according to my mind!"  
With his two knights at that season in mighty haste he dined.  
My lord the Cid was well content that all his eating eyed,  
For the Count don Remond his hands exceeding nimbly plied.

"If thou art pleased, my lord the Cid, in guise to go are we.  
Bid them bring to us our horses; we will mount speedily.  
Since I was first Count, never have I dined with will so glad,

Nor shall it be forgotten what joy therein I had."  
They gave to them three palfreys. Each had a noble selle.  
Good robes of fur they gave them, and mantles fair as well.  
Count don Remond rode onward with a knight on either side.  
To the camp's end the Castilian along with them did ride.

"Ha! Count, forth thou departest to freedom fair and frank;  
For what thou hast left with me I have thee now to thank.  
If desire to avenge it is present to thy mind,  
Send unto me beforehand when thou comest me to find.  
Either that thou wilt leave thy goods or part of mine wilt seize."

"Ha! my lord Cid, thou art secure, be wholly at thine ease.  
Enough have I paid to thee till all this year be gone.

As for coming out to find thee, I will not think thereon."

LXIII The Count of Barcelona spurred forth. Good speed he made.  
Turning his head he looked at them, for he was much afraid  
Lest my lord the Cid repent him; the which the gallant Cid  
Would not have done for all the world. Base deed he never did.  
The Count is gone. He of Bivar has turned him back again;  
He began to be right merry, and he mingled with his train.  
Most great and wondrous was the spoil that they had won in war,  
So rich were his companions that they knew not what they bore.

# LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMÉS - Tratado 1

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestralle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole como era hijo de un buen hombre, el cual por ensalzar la fe había muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él le respondió que así lo haría, y que me recibía no por mozo sino por hijo. Y así le comencé a servir y adestrar a mi nuevo y viejo amo.

Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre, y ambos llorando, me dio su bendición y dijo:

"Hijo, ya sé que no te veré más. Procura ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto. Válete por ti."

Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba. Salimos de Salamanca, y llegando a la puente, está a la entrada della un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto, me dijo:

"Lázaro, llega el oído a este toro, y oirás gran ruido dentro dél."

Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

"Necio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo", y rió mucho la burla.

Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba. Dije entre mí:

"Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer."

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me mostró jerigonza, y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho, y decía:

"Yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré."

Y fue así, que después de Dios éste me dio la vida, y siendo ciego me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar a V.M. estas niñerías para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos cuánto vicio.

Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, V.M. sepa que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz. En su oficio era un águila; ciento y tantas oraciones sabía de coro: un tono bajo, reposado y muy sonable que hacía resonar la iglesia donde rezaba, un rostro humilde y devoto que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende desto, tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran malcasadas, que sus maridos las quisiesen bien; echaba pronósticos a las preñadas, si traía hijo o hija. Pues en caso de medicina, decía que Galeno no supo la mitad que él para muela, desmayos, males de madre. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión, que luego no le decía: "Haced esto, hareís estotro, cosed tal yerba, tomad tal raíz." Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decían creían. Destas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año.

Mas también quiero que sepa vuestra merced que, con todo lo que adquiría, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi, tanto que me mataba a mí de hambre, y así no me demediaba de lo necesario. Digo verdad: si con mi sutileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces

me finara de hambre; mas con todo su saber y aviso le contaminaba de tal suerte que siempre, o las más veces, me cabía lo más y mejor. Para esto le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo.

Él traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y su llave, y al meter de todas las cosas y sacallas, era con tan gran vigilancia y tanto por contadero, que no bastaba hombre en todo el mundo hacerle menos una migaja; mas yo tomaba aquella laceria que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada. Después que cerraba el candado y se descuidaba pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosía y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza; y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba. Todo lo que podía sisar y hurtar, traía en medias blancas; y cuando le mandaban rezar y le daban blancas, como él carecía de vista, no había el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábame el mal ciego, porque al tiento luego conocía y sentía que no era blanca entera, y decía:

"¿Qué diablo es esto, que después que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí hartas veces me pagaban? En ti debe estar esta desdicha."

También él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por el cabo del capuz. Yo así lo hacía. Luego él tornaba a dar voces, diciendo: "¿Mandan rezar tal y tal oración?", como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos, y yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale a su lugar. Mas turóme poco, que en los tragos conocía la falta, y por reservar su vino a salvo nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido; mas no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino lo dejaba a buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y atapábale con la mano, y así bebía seguro. Yo, como estaba hecho al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo, y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor della luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destillarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba a beber, no hallaba nada: espantábase, maldecía, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

"No diréis, tío, que os lo bebo yo -decía-, pues no le quitáis de la mano."

Tantas vueltas y tiento dio al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido, y luego otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando en el daño que me estaba aparejado ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima. Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé.

Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose decía: "¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud", y otros donaires que a mi gusto no lo eran.

Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que a pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar dél; mas no lo hice tan presto por hacedlo más a mi salvo y provecho. Y aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el maltratamiento que el mal ciego dende allí adelante me hacía, que sin causa ni razón me hería, dándome coxcorriones y repelándome. Y si alguno le decía por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo:

"¿Pensaréis que este mi mozo es algún inocente? Pues oíd si el demonio ensayara otra tal hazaña." Santiguándose los que lo oían, decían: "¡Mirá, quién pensara de un muchacho tan pequeño tal ruindad!", y reían mucho el artificio, y decíanle: "Castigaldo, castigaldo, que de Dios lo habréis."

Y él con aquello nunca otra cosa hacía. Y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede, por le hacer mal y daño: si había piedras, por ellas, si lodo, por lo más alto; que aunque yo no iba por lo más enjuto, holgábame a mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos; y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creía más: tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea V.M. a cuánto se estendía el ingenio deste astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dio bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fue venir a tierra de Toledo, porque decía ser la gente más rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase a este refrán: "Más da el duro que el desnudo." Y venimos a este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníámonos; donde no, a tercero día hacíamos Sant Juan.

Acaeció que llegando a un lugar que llaman Almorox, al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dio un racimo dellas en limosna, y como suelen ir los cestos maltratados y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano; para echarlo en el fardel tornábase mosto, y lo que a él se llegaba. Acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar como por contentarme, que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar y dijo:

"Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas dél tanta parte como yo. Partillo hemos desta manera: tú picarás una vez y yo otra; con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva, yo haré lo mesmo hasta que lo acabemos, y desta suerte no habrá engaño."

Hecho así el concierto, comenzamos; mas luego al segundo lance; el traidor mudó de propósito y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debía hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura, no me contenté ir a la par con él, mas aun pasaba adelante: dos a dos, y tres a tres, y como podía las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano y meneando la cabeza dijo:

"Lázaro, engañado me has: juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres."

"No comí -dije yo- mas ¿por qué sospecháis eso?"

Respondió el sagacísimo ciego:

"¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que comía yo dos a dos y callabas." a lo cual yo no respondí. Yendo que íbamos así por debajo de unos soportales en Escalona, adonde a la sazón estábamos en casa de un zapatero, había muchas sogas y otras cosas que de esparto se hacen, y parte dellas dieron a mi amo en la cabeza; el cual, alzando la mano, tocó en ellas, y viendo lo que era díjome:

"Anda presto, mochacho; salgamos de entre tan mal manjar, que ahoga sin comerlo."

Yo, que bien descuidado iba de aquello, miré lo que era, y como no vi sino sogas y cinchas, que no era cosa de comer, díjele:

"Tío, ¿por qué decís eso?"

Respondióme:

"Calla, sobrino; según las mañas que llevas, lo sabrás y verás como digo verdad."

Y así pasamos adelante por el mismo portal y llegamos a un mesón, a la puerta del cual había muchos cuernos en la pared, donde ataban los recueros sus bestias. Y como iba tentando si era allí el mesón, adonde él rezaba cada día por la mesonera la oración de la emparedada, asió de un cuerno, y con un gran suspiro dijo:

"¡O mala cosa, peor que tienes la hechura! ¡De cuántos eres deseado poner tu nombre sobre cabeza ajena y de cuán pocos tenerte ni aun oír tu nombre, por ninguna vía!"

Como le oí lo que decía, dije:

"Tío, ¿qué es eso que decís?"

"Calla, sobrino, que algún día te dará éste, que en la mano tengo, alguna mala comida y cena."

"No le comeré yo -dije- y no me la dará."

"Yo te digo verdad; si no, verlo has, si vives."

Y así pasamos adelante hasta la puerta del mesón, adonde pluguiere a Dios nunca allá llegáramos, según lo que me sucedía en él.

Era todo lo más que rezaba por mesoneras y por bodegoneras y turroneas y rameras y así por semejantes mujercillas, que por hombre casi nunca le vi decir oración.

Reíme entre mí, y aunque mochacho noté mucho la discreta consideración del ciego.

Mas por no ser prolijo dejo de contar muchas cosas, así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron, y quiero decir el despiciente y con él acabar.

Anónimo, *Lazarillo de Tormés*, Tratado 1, 1554.

\*

\*      \*



En ce temps vint gîter au logis un aveugle, qui, me trouvant propre à le conduire, me demanda à ma mère. Elle me recommanda à lui et lui dit que j'étais fils d'un homme de bien, qui, pour exalter la foi, était mort en la journée des Gerbes, qu'elle comptait que le fils ne démentirait pas le père, et qu'elle le priaît de me bien traiter et soigner, puisque j'étais orphelin. Lui répondit qu'il le ferait et qu'il me recevait, non pas comme son garçon, mais comme son enfant.

Ainsi donc je commençai à servir mon vieux et nouveau maître.

Après que nous fûmes demeurés quelques jours à Salamanque, mon maître, trouvant le gain trop mince, détermina de s'en aller. Et quand nous dûmes partir, j'allai voir ma mère. Nous pleurâmes tous deux et elle me donna sa bénédiction, en disant : « Mon fils, je sais que je ne te verrai plus ; tâche d'être homme de bien et que Dieu te conduise. Je t'ai élevé et t'ai confié à un bon maître : aide-toi. » Et je m'en fus auprès de mon maître qui m'attendait.

Nous sortîmes de Salamanque, et en arrivant au pont, à l'entrée duquel est un animal de pierre qui a quasi la forme d'un taureau, l'aveugle me commanda de m'approcher de l'animal, et quand je fus tout auprès, il me dit : « Lazare, colle ton oreille contre ce taureau et tu entendras le



grand bruit qui s'y fait. » Moi, simplement, je m'avançai, croyant qu'il disait vrai, et lorsqu'il sentit que j'avais la tête joignant la pierre, il tendit vivement le bras et me fit heurter si rudement contre le diable de taureau, que la douleur du coup de sa corne me dura plus de trois jours. Et me dit : « Niais, apprends que le garçon de l'aveugle doit savoir un brin de plus que le diable. » Et il rit beaucoup de la farce. À cet instant il me sembla que je m'éveillai de la simplicité dans laquelle, enfant, j'étais jusqu'alors plongé. « Il a raison », me dis-je à part moi, « et puisque je suis seul, il me faut ouvrir l'œil, aviser et réfléchir comment je me tirerai d'affaire. »

Nous commençâmes notre route, et en peu de jours il m'enseigna le jargon ; et me voyant intelligent, il s'en réjouissait beaucoup et me disait : « Je ne puis te donner ni or ni argent, mais oui bien beaucoup d'avis qui t'apprendront à vivre. » Et il le fit en effet, car après Dieu ce fut lui qui me donna la vie, et qui, bien qu'aveugle, m'illumina et me guida dans le chemin du monde. Je me plais, Monsieur, à vous raconter ces enfantillages, afin de faire voir combien les hommes bas ont de mérite à s'élever, et combien, au contraire, il est ignominieux pour ceux qui sont élevés de se laisser choir.

Pour en revenir à notre aveugle et à ses choses, je vous dirai, Monsieur, que depuis que Dieu créa le monde, il n'en fit point de plus rusé ni sagace. En son métier il était un aigle. Il savait par cœur plus de cent oraisons qu'il disait d'un ton bas, posé et très sonore, en sorte qu'il faisait résonner l'église où il les récitait ; puis il affectait un maintien et un visage très humbles et dévots, sans faire, comme d'autres font, des mouvements et contorsions avec la bouche et les yeux. En outre, il avait mille autres façons et manières pour soutirer de l'argent. Il disait connaître des oraisons pour toutes sortes de cas, pour les femmes stériles, pour celles qui sont en mal d'enfant, pour celles qui sont mal mariées et veulent se faire aimer de leurs maris ; aux femmes enceintes, il leur pronostiquait garçon ou fille. En médecine, il prétendait en savoir la moitié plus long que Galien pour les dents, les pâmoisons et le mal de matrice. Finalement, nul ne se plaignait à lui de souffrir telle douleur, qu'il ne lui dît aussitôt : « Faites ceci, faites cela ; cueillez telle herbe, prenez telle racine. » Par ce moyen, tout le monde courait après lui, principalement les femmes, qui croyaient tout ce qu'il leur disait. Aussi en tirait-il de grands profits, par les façons que j'ai dites, et en un mois gagnait plus que cent aveugles en un an.

Mais il faut que vous sachiez aussi, Monsieur, que malgré tout ce que cet aveugle gagnait et amassait, jamais je ne vis homme si avare et si misérable, à tel point qu'il me tuait de faim, sans rien me donner de ce qui m'était nécessaire. En vérité, si je n'avais pas, grâce à mon adresse et mes bonnes ruses, su me secourir, bien des fois je serais mort de faim. Mais, nonobstant tout son savoir et sa vigilance, je le contreminais de telle sorte que toujours, ou le plus souvent, j'attrapais la plus grosse et la meilleure part. À cette fin, je lui jouais des farces endiablées, dont je conterai quelques-unes, quoique toutes ne tournèrent pas à mon avantage.

Il portait le pain et tout ce qu'il recueillait dans une besace de toile, dont l'entrée était fermée par un anneau de fer avec un cadenas et une clef, et lorsqu'il y mettait ou en retirait quoi que ce fût, il était si attentif et comptait si étroitement, que tout le pouvoir du monde n'eût pas suffi pour lui faire tort d'une miette. Moi, je prenais la misère qu'il me donnait et la dépêchais en moins de deux bouchées ; puis, quand il avait fermé le cadenas et perdu tout souci, pensant que j'étais occupé à autre chose, par un endroit de la couture, que d'un côté du sac souvent je décousais et recousais, je saignais l'avare fardeau, en tirant du pain, et sans me taxer, mais de fort bons morceaux, des tranches de lard et des saucisses. Ainsi je choisissais mon moment pour refaire, non pas, comme à la paume, la chasse, mais le diable de creux que le méchant aveugle me creusait.

Tout ce que je pouvais rogner et dérober, je le changeais en demi-blanques, et lorsque les gens faisaient réciter l'aveugle et tiraient une blanche, à peine avaient-ils fait mine de la lui tendre, qu'elle était lancée dans ma bouche, et en son lieu substituée une demi-blanche, de sorte que, pour vite que l'aveugle allongeât la main, l'offrande, par mon change, lui arrivait diminuée de la moitié de sa valeur. Le méchant aveugle se lamentait, car incontinent au toucher il connaissait que la blanche n'était pas entière. « Que diable est cela ? » disait-il, « depuis que tu es avec moi, on ne me

donne que demi-blanches, et auparavant on m'en donnait d'entières, voire même une blanche et un maravédis. Tu dois être cause de cette mesquinerie. »

Aussi abrégait-il ses oraisons de plus de moitié, m'ayant commandé de le tirer par le bout de son manteau dès que celui qui le faisait réciter s'en allait ; et aussitôt que je l'avais avisé, il recommençait à crier : « Qui veut faire réciter telle ou telle oraison ? » comme les aveugles disent communément.

Quand nous mangions, il avait coutume de placer auprès de lui un petit pot de vin. Moi, d'abord, je le saisissais lestement, et, après lui avoir donné une couple de baisers silencieux, le remettais à sa place. Cela ne dura guère, car, en comptant ses gorgées, il reconnut le déchet, et dès lors, pour préserver son vin, ne lâchait plus le pot, mais le tenait ferme par l'anse. Inutilement : car onques pierre d'aimant n'attira le fer comme moi le vin avec une longue paille de seigle choisie à dessein, que j'introduisais dans la bouche du pot, aspirant le vin et le déposant en lieu sûr. Mais le traître était si rusé qu'il me sentit et dorénavant mit son pot entre ses jambes et le boucha avec la main, de sorte qu'il put boire en sécurité. Comme je m'étais fait au vin, j'enrageais pour en boire, et voyant que l'artifice de la paille ne me servait plus, je m'avisai de faire au fond du pot une petite fontaine ou pertuis fort étroit, que je fermai délicatement avec une très mince boulette de cire. À l'heure du repas, feignant d'avoir froid, je me glissais entre les jambes du pauvre aveugle pour me chauffer à son maigre feu : à la chaleur duquel la cire, qui était très menue, se fondant, la petite fontaine commençait à dégoutter dans ma bouche, que je tenais si bien que du diable s'il s'en perdait une seule goutte. Aussi, quand le pauvre voulait boire, il ne trouvait plus rien. Il s'étonnait, se maudissait, donnait au diable le pot et le vin, ne comprenant pas ce que ce pouvait être. « Oncle, vous ne prétendez pas, au moins, que je vous bois votre vin, puisque vous ne lâchez pas le pot », disais-je.

Mais tant de fois il tourna et palpa le pot, qu'il découvrit la fontaine et s'aperçut de la tricherie ; cependant il dissimula comme s'il n'avait rien senti. Le lendemain, tandis que le pot distillait dans ma bouche, et que, loin de penser qu'un malheur m'attendait ni que le méchant aveugle m'avait découvert, je m'étais, comme de coutume, assis, le visage tourné vers le ciel, les yeux à demi clos, pour mieux savourer l'exquise liqueur, le misérable aveugle sentit le moment venu de prendre de moi vengeance ; et levant des deux mains cette douce et trop amère cruche, l'abattit de toute sa force sur ma bouche, de manière que le pauvre Lazare, qui de rien de semblable ne se doutait, mais comme d'autres fois était sans souci et joyeux, crut vraiment que le ciel avec tout ce qu'il renferme, s'effondrait sur lui. La tape fut telle qu'elle m'étourdit et me fit perdre connaissance, et la meurtrissure si forte que des morceaux de la cruche, m'entrant dans la figure, la rompirent en plusieurs endroits, et me brisèrent les dents qui depuis lors me manquent.

Dès cette heure, je voulus du mal au méchant aveugle, et quoiqu'il me cajolât, régâlât et soignât, je vis bien qu'il s'était réjoui du cruel châtement. Il me lava avec du vin les déchirures qu'il m'avait faites avec les morceaux du pot, et en souriant me dit : « Que t'en semble, Lazare ? ce qui t'a navré te guérit et te donne santé. » Et autres gentilleses, qui, à mon goût, n'en étaient pas.

À demi guéri que je fus de mes tristes plaies et meurtrissures, considérant qu'avec peu de coups semblables le cruel aveugle se passerait de moi, je voulus me passer de lui ; mais je ne le fis pas sur-le-champ, préférant attendre une occasion plus sûre et plus profitable. Et quand bien même j'aurais voulu calmer ma rancune et lui pardonner le coup de cruche, le mauvais traitement qu'à partir de ce jour le méchant aveugle m'infligeait ne me l'eût pas permis, car, sans cause ni raison, il me frappait, horionnait et pelait la tête.

Et si quelqu'un lui demandait pourquoi il me traitait si mal, aussitôt il contait l'histoire du pot : « Prendrez-vous encore mon garçon pour un innocent, hein ? Croyez-vous que le diable lui-même en saurait faire autant ? » Les gens qui l'avaient écouté se signaient, en disant : « Mais voyez donc ! Qui eût supposé si grande malice en un si petit garçon ? » Et ils riaient beaucoup de mon artifice et disaient à l'aveugle : « Châtiez-le, châtiez-le. Dieu vous le paiera. » Et lui, fort de cela, ne faisait pas autre chose. Mais moi je le menais toujours par les plus mauvais chemins, et exprès,

pour lui faire mal. S'il y avait des pierres, par les pierres ; s'il y avait de la boue, par la boue, et au beau milieu ; car, quoique je n'allasse pas moi-même par le plus sec, il me plaisait de me crever un œil pour en crever deux à celui qui n'en avait aucun. Cependant il me cognait, du bout de son bâton, le derrière de la tête, que j'avais toujours pleine de bosses et toute pelée de ses mains ; et j'avais beau jurer que je ne le faisais pas par malice, mais parce que je ne trouvais pas de meilleur chemin, cela ne me servait à rien et il ne me croyait pas : tels étaient le flair et la grandissime perspicacité de ce traître.

Et pour que vous jugiez, Monsieur, jusqu'où portait l'esprit de ce rusé aveugle, je vous conterai un des nombreux cas qui m'advinrent, étant avec lui, où il donna bien à entendre sa grande astuce. Lorsque nous quittâmes Salamanque, son intention fut de venir au pays de Tolède, à cause, disait-il, que les gens y sont plus riches, quoique peu charitables, s'appuyant sur le proverbe : Plus donne le dur que le nu. Nous vîmes donc à cette route par les meilleurs villages. Là où nous trouvions bon accueil et bon gain, nous restions ; là où nous ne trouvions rien, au troisième jour nous décampions.

Or, passant en un lieu qui se nomme Almorox, au temps où l'on cueille les raisins, un vendangeur donna à l'aveugle une grappe en aumône. Et comme les paniers des vendangeurs sont d'ordinaire maltraités et que le raisin en ce temps est très mûr, la grappe s'égrenait entre ses doigts. La mettre dans sa besace, il ne le pouvait pas, car les grains se seraient tournés en moût et eussent tout gâté à l'entour. Il résolut donc de faire un festin, autant parce qu'il ne pouvait pas emporter la grappe que pour me reconforter, car il m'avait, ce jour-là, donné force coups de genou et horions. Nous nous assîmes dans un ravin et il me dit : « Je veux user à ton égard d'une libéralité. Nous mangerons tous deux cette grappe, dont tu auras la même part que moi, et nous la partagerons ainsi : tu piqueras une fois, et moi l'autre, mais à condition que tu me promettes de ne prendre à chaque fois qu'un grain. Moi je ferai de même jusqu'à ce que nous l'achevions, et de cette manière il n'y aura nulle fraude. » Le pacte conclu, nous commençâmes, mais incontinent, au deuxième tour, le traître changea d'avis et commença à prendre deux grains à la fois, considérant que je devais faire de même. Moi, dès que je vis qu'il contrevenait à l'accord, je ne me contentai pas d'aller de pair avec lui, mais j'en prenais davantage, deux par deux, trois par trois, et le plus que je pouvais.

La grappe finie, il resta un moment avec la rafle dans la main, branlant la tête, et dit : « Lazare, tu m'as trompé. Je jure Dieu que tu as mangé les grains trois par trois. » — « Non pas, » répondis-je, « mais pourquoi soupçonnez-vous cela ? » Et le très rusé aveugle dit : « À quoi je vois que tu les mangeais trois par trois ? C'est que je les mangeais deux par deux et que tu ne disais rien. » Je ris intérieurement et, quoique enfant, je notai le fin raisonnement de l'aveugle.

Mais, de peur d'être prolix, je passe beaucoup de choses plaisantes ou dignes d'être contées qui m'advinrent en compagnie de ce premier maître, et finirai tout de suite par le dernier trait.

Étant au logis à Escalona, ville du duc de ce nom, mon maître me donna un morceau de saucisse à griller. Quand la saucisse fut rôtie et qu'il eut mangé les lèches de pain engraisées du dégoût de la saucisse, il tira un maravédis de sa poche et m'ordonna d'aller quérir pour autant de vin à la taverne. Le diable en cet instant me mit devant les yeux l'occasion, qui, dit-on, fait le larron, car voici qu'auprès du feu j'aperçus un navet mince, longuet, flétri et tel qu'on l'avait jeté là, l'ayant jugé indigne d'être mis au pot. Or, comme, hors nous deux seuls, personne n'était présent, et que le savoureux fumet de la saucisse (qui, bien le savais-je, était l'unique profit que j'en dusse tirer) avait réveillé en moi un féroce appétit, sans réfléchir à ce qui pouvait m'arriver, refoulant toute crainte et ne pensant qu'à satisfaire mon envie, pendant que l'aveugle tirait de sa poche la monnaie, je tirai la saucisse de la broche, et prestement, en son lieu, mis le susdit navet. Lequel mon maître, après qu'il m'eut baillé l'argent pour le vin, prit, tourna et retourna sur le feu, essayant ainsi de rôtir celui qui, pour ses péchés, avait évité d'être bouilli.

Je fus quérir le vin et ne tardai point à dépêcher la saucisse. En revenant, je trouvai le pêcheur d'aveugle qui serrait entre deux lèches de pain le navet que, pour ne l'avoir pas tâté, il n'avait pas

reconnu. Et, lorsqu'après avoir mordu le pain, pensant du même coup emporter un morceau de la saucisse, il se sentit soudain refroidi par le froid navet, son visage s'altéra et il me dit : « Qu'est-ce, Lazarille ? » — « Malheureux de moi ! Allez-vous m'imputer quelque chose ? Ne viens-je pas de quêrir le vin ? C'est quelqu'un sans doute, qui, passant par ici, l'aura fait pour se gausser de vous. » — « Non, non, » dit-il, « je n'ai pas lâché la broche un instant, cela ne se peut. »

Je jurai et rejurai de nouveau que j'étais innocent de ce troc et échange ; mais cela ne me servit guère, car rien n'échappait à l'astuce du maudit aveugle. Il se leva, me saisit par la tête et s'approcha pour me sentir : sûrement, comme bon chien de chasse, il avait dû reconnaître à mon haleine ce que j'avais mangé. Et pour mieux s'informer de la vérité, avec la grande rage qui l'étouffait, il me prit la tête à deux mains, m'ouvrit la bouche plus que de raison, et inconsidérément y plongea son nez, qu'il avait long et effilé, et qu'en ce moment la colère avait accru d'une palme, en sorte que sa pointe touchait mon gosier. Alors la grande peur dont j'étais saisi, la vitesse avec laquelle j'avais avalé la saucisse, qui n'avait pas encore eu le temps de se loger dans mon estomac, et surtout l'invasion de cet amplissime nez qui me suffoquait à demi, toutes ces choses jointes furent cause que le vol et la gloutonnerie se manifestèrent et que la saucisse fut rendue à son maître ; car avant que le méchant aveugle eût retiré sa trompe, mon estomac en ressentit un tel trouble qu'il lui renvoya le larcin, de manière que son nez et la maudite saucisse mal mâchée sortirent au même temps de ma bouche.



Oh ! grand Dieu, qu'eussé-je donné pour être alors sous terre, car mort je l'étais déjà ! Telle fut la colère du pervers aveugle, que, si l'on n'était accouru au bruit, il ne m'eût pas laissé un instant de vie. On me tira de ses mains, les laissant pleines du peu de cheveux que ma tête portait encore, le visage déchiré, le chignon du cou écorché, ainsi que la gorge, qui, elle, le méritait certes pour m'avoir, par sa malice, causé tant de tourments.

Le méchant aveugle contait à tous ceux qui s'approchaient de nous mes mésaventures et les répétait une fois et deux fois, aussi biende la cruche que celle des raisins et cette dernière. Et tel était le rire des gens que tous ceux qui passaient par la rue entraient pour voir la fête ; et je dois dire que l'aveugle contait mes prouesses avec tant de grâce et de gentillesse, que, tout maltraité que j'étais et larmoyant, il me semblait que je lui faisais tort en ne riant pas comme les autres.

À ce moment il me souvint d'une couardise ou faiblesse que je me maudissais d'avoir commise et qui fut de ne lui avoir pas coupé le nez, puisque j'avais eu si bonne occasion pour cela, et que la moitié du chemin était faite. Rien qu'en serrant les dents, ce nez serait resté chez moi, et, considéré qu'il appartenait à ce méchant, peut-être mon estomac l'eût-il mieux retenu que la saucisse, et, ne le laissant pas paraître, j'en aurais pu nier la demande. Plût à Dieu que je l'eusse fait, car il n'en serait résulté ni plus ni moins.

L'hôtesse et ceux qui étaient là nous réconcilièrent, et avec le vin qu'ils avaient apporté pour boire, me lavèrent la figure et la gorge. Sur quoi le méchant aveugle brocardait : « En vérité, ce garçon me coûte au bout de l'an plus de vin en lavages que je n'en bois en deux. Certes, Lazare, tu es plus tenu envers le vin qu'envers ton père ; car celui-ci t'a engendré une fois, mais le vin mille fois t'a donné la vie. » Et il contait combien de fois il m'avait rompu et égratigné le visage, puis guéri avec du vin. « Je te promets, disait-il, que si jamais homme doit être heureux par le vin, ce sera toi. » Et ceux qui me lavaient riaient beaucoup, tandis que je sacrais.

Mais le pronostic de l'aveugle ne fut point une menterie, et depuis j'ai souvent pensé à cet homme, qui, sans aucun doute, devait avoir esprit de prophétie, et je me repens des méchancetés que je lui ai faites (quoique je les payai cher), quand je considère que ce qu'il me dit ce jour se vérifia à la lettre, comme vous l'apprendrez, Monsieur.

Cela et les méchantes moqueries que l'aveugle faisait de moi, me déterminèrent de tout point à le quitter. J'y avais déjà songé et en avais l'intention, mais ce dernier tour me décida, et je le fis, comme vous allez voir.

Nous sortîmes le lendemain par la ville pour demander l'aumône, et comme il avait plu la nuit d'avant et qu'il pleuvait encore, mon maître allait récitant ses oraisons sous certains auvents qui sont en ce village, où nous étions à l'abri. Lorsque la nuit vint, la pluie tombant toujours, l'aveugle me dit : « Lazare, cette eau est fort persistante, et tant plus la nuit tombe, tant plus il pleut. Rentrons au logis de bonne heure. » Pour nous y rendre, il fallait traverser un ruisseau, que la pluie avait beaucoup enflé. Je lui dis : « Oncle, le ruisseau est très gros, mais, si vous voulez, je vous mènerai en un lieu où il se resserre et où nous pourrons le passer plus facilement sans nous mouiller, et en sautant nous le franchirons à pied sec. » Ce conseil lui parut bon, et il me répondit : « Tu es intelligent et c'est pourquoi je t'aime bien. Conduis-moi à cet endroit où le ruisseau s'étrécit, car nous sommes en hiver, et, en ce temps, il est déplaisant d'être mouillé, surtout aux pieds. »

Aussitôt que je vis qu'il se prêtait à mon dessein, je le menai sous les auvents et le conduisis droit à un pilier ou poteau de pierre élevé en la place, qui soutenait avec d'autres piliers les saillies des maisons, et lui dis : « Oncle, voici le passage le plus étroit du ruisseau. » Comme il pleuvait fort, que le pauvre se mouillait et que nous avions hâte d'échapper à l'eau qui nous tombait sur le dos, et par-dessus tout parce que Dieu, en ce moment, obscurcit son entendement, je réussis à tenir ma vengeance. Il me crut et me dit : « Place-moi au bon endroit, et saute le ruisseau. » Je le plaçai bien en face du pilier, sautai et me mis derrière le pilier, comme qui eût attendu rencontre de taureau, puis lui dis : « Allons, sautez tant que vous pourrez pour atteindre ce côté-ci de l'eau. » À peine avais-je dit cela, que le pauvre aveugle se balance comme un bouc, et de toute sa force saute, après avoir reculé d'un pas pour mieux prendre son élan, et va donner de la tête contre le pilier, qui résonna aussi fort que si on y eût brisé une grosse calebasse. Il tomba à la renverse, demi-mort et la tête fendue.

« Comment ? Vous avez flairé la saucisse et vous n'avez pas flairé le pilier ? Flairez-le. » Je le laissai entre les mains de beaucoup de gens qui avaient accouru pour l'assister, gagnai d'un trot la porte de la ville, et avant la tombée de la nuit me retrouvai à Torrijos. Je ne sus point ce que Dieu fit de l'aveugle, ni n'eus cure de le savoir.

Œuvre anonyme, *Lazarillo de Tormés*, Traité 1, 1554.

\*

\*      \*

About this time a blind man came by and stayed at the inn. He thought I would be a good guide for him, so he asked my mother if I could serve him, and she said I could. She told him what a good man my father had been and how he'd died in the battle of Gelves for the holy faith. She said she trusted God that I wouldn't turn out any worse a man than my father, and she begged him to be good to me and look after me, since I would be an orphan now. He told her he would and said that I wouldn't be a servant to him, but a son. And so I began to serve and guide my new old master.

After he had been in Salamanca a few days, my master wasn't happy with the amount of money he was taking in, and he decided to go somewhere else. So when we were ready to leave, I went to see my mother. And with both of us crying she gave me her blessing and said, "Son, I know that

I'll never see you again. Try to be good, and may God be your guide. I've raised you and given you to a good master; take good care of yourself."

And then I went back out to my master who was waiting for me.

We left Salamanca and we came to a bridge; and at the edge of this bridge there's a stone statue of an animal that looks something like a bull. The blind man told me to go up next to the animal, and when I was there he said, "Lazaro, put your ear up next to this bull and you'll hear a great sound inside of it."

I put my ear next to it very simply, thinking he was telling the truth. And when he felt my head near the statue, he doubled up his fist and knocked my head into that devil of a bull so hard that I felt the pain from its horns for three days. And he said to me, "You fool, now learn that a blind man's servant has to be one step ahead of the devil." And he laughed out loud at his joke.

It seemed to me that at that very instant I woke up from my childlike simplicity and I said to myself, "He's right. I've got to open my eyes and be on my guard. I'm alone now, and I've got to think about taking care of myself."

We started on our way again, and in just a few days he taught me the slang thieves use. When he saw what a quick mind I had he was really happy, and he said, "I can't give you any gold or silver, but I can give you plenty of hints on how to stay alive." And that's exactly what he did; after God, it was this fellow who gave me life and who, although he was blind, enlightened me and showed me how to live.

I like to tell you these silly things to show what virtue there is in men being able to raise themselves up from the depths, and what a vice it is for them to let themselves slip down from high stations.

Well, getting back to my dear blind man and telling about his ways, you should know that from the time God created the world there's no one He made smarter or sharper than that man. At his job he was sly as a fox. He knew over a hundred prayers by heart. He would use a low tone, calm and very sonorous, that would make the church where he was praying echo. And whenever he prayed, he would put on a humble and pious expression—something he did very well. And he wouldn't make faces or grimaces with his mouth or eyes the way others do.

Besides this he had thousands of other ways of getting money. He told everyone that he knew prayers for lots of different things: for women who couldn't have children or who were in labor; for those women who weren't happy in their marriage—so that their husbands would love them more. He would give predictions to expectant mothers about whether they would have a boy or a girl. And as far as medicine was concerned, he said that Galen never knew the half of what he did about toothaches, fainting spells, and female illnesses. In fact, there was no one who would tell him they were sick that he couldn't immediately say to them: "Do this, and then is; take this herb, or take that root."

And so everyone came to him—especially women—and they believed everything he told them. He got a lot out of them with these ways I've been telling about; in fact, he earned more in a month than a hundred ordinary blind men earn in a year.

But I want you to know, too, that even with all he got and all that he had, I've never seen a more greedy, miserly man. He was starving me to death. He didn't even give me enough to keep me alive! I'm telling the truth: If I hadn't known how to help myself with my wily ways and some pretty clever tricks, I would have died of hunger lots of times. But with all his know-how and carefulness I outwitted him, so that I always—or usually—really got the better of him. The way I did this was I played some devilish tricks on him, and I'll tell about some of them, even though I didn't come out on top every time.

He carried the bread and all the other things in a cloth bag, and he kept the neck of it closed with an iron ring that had a padlock and key. And when he put things in or took them out, he did it so carefully and counted everything so well that no one in the world could have gotten a crumb from him. So I'd take what little he gave me, and in less than two mouthfuls it would be gone.

After he had closed the lock and forgotten about it, thinking that I was busy with other things, I would begin to bleed the miserly bag dry. There was a little seam on the side of the bag that I'd rip open and sew up again. And I would take out bread – not little crumbs, either, but big hunks – and I'd get bacon and sausage too. And so I was always looking for the right time to score, not on a ball field, but on the food in that blasted bag that the tyrant of a blind man kept away from me.

And then, every time I had a chance I'd steal half copper coins. And when someone gave him a copper to say a prayer for them – and since he couldn't see – they'd no sooner have offered it than I would pop it into my mouth and have a half-copper ready. And as soon as he stuck out his hand, there was my coin reduced to half price. Then the old blind man would start growling at me. As soon as he felt it and realized that it wasn't a whole copper he'd say, "How the devil is it that now that you're with me they never give me anything but half coppers, when they almost always used to give me a copper or a two-copper piece? I'd swear that this is all your fault."

He used to cut his prayers short, too; he wouldn't even get halfway through them. He told me to pull on the end of his cloak whenever the person who asked for the prayer had gone. So that's what I did. Then he'd begin to call out again with his cry, "Who would like to have me say a prayer for him?" in his usual way.

And he always put a little jug of wine next to him when we ate. I would grab it quickly and give it a couple of quiet kisses before I put it back in its place. But that didn't go on for very long: he could tell by the number of nips he took that some was missing. So to keep his wine safe he never let the jug out of reach; he'd always hold on to the handle. But not even a magnet could attract the way I could with a long rye straw that I had made for that very purpose. And I'd stick it in the mouth of the jug and suck until – good-bye, wine! But the old traitor was so wary that I think he must have sensed me, because from then on he stopped that and put the jug between his legs. And even then he kept his hand over the top to make sure.

But I got so used to drinking wine that I was dying for it. And when I saw that my straw trick wouldn't work, I decided to make a spout by carving a little hole in the bottom of the jug and then sealing it off neatly with a little thin strip of wax. When it was mealtime, I'd pretend I was cold and get in between the legs of the miserable blind man to warm up by the little fire we had. And the heat of it would melt the wax, since it was such a tiny piece. Then the wine would begin to trickle from the spout into my mouth, and I got into a position so that I wouldn't miss a blasted drop. When the poor fellow went to drink he wouldn't find a thing. He'd draw back, astonished, then he'd curse and damn the jar and the wine, not knowing what could have happened.

"You can't say that I drank it, Sir," I said, "since you never let it out of your hand."

But he kept turning the jug around and feeling it, until he finally discovered the hole and saw through my trick. But he pretended that he hadn't found out.

Then one day I was tipping on my jug as usual, without realizing what was in store for me or even that the blind man had found me out. I was sitting the same as always, taking in those sweet sips, my face turned toward the sky and my eyes slightly closed so I could really savor the delicious liquor. The dirty blind man saw that now was the time to take out his revenge on me, and he raised that sweet and bitter jug with both his hands and smashed it down on my mouth with all his might. As I say, he used all his strength, and poor Lazaro hadn't been expecting anything like this; in fact, I was drowsy and happy as always. So it seemed like the sky and everything in it had really fallen down on top of me. The little tap sent me reeling and knocked me unconscious, and that enormous jug was so huge that pieces of it stuck in my face, cutting me in several places and knocking out my teeth, so that I don't have them to this very day.

From that minute I began to hate that old blind man. Because, even though he took care of me and treated me all right and fixed me up, I saw that he had really enjoyed his dirty trick. He used wine to wash the places where the pieces of the jug had cut me, and he smiled and said, "How about that, Lazaro? The very thing that hurt you is helping to cure you." And he made other witty remarks that I didn't particularly care for.

When I had about recovered from the beating and the black and blue marks were nearly gone, I realized that with a few more blows like that the blind man would have gotten rid of me. So I decided to be rid of him. But I didn't run away right then; I waited until I could do it in a safer and better way. And although I wanted to be kind and forgive the blind man for hitting me with the jug, I couldn't because of the harsh treatment he gave me from then on. Without any reason he would hit me on the head and yank on my hair. And if anyone asked him why he beat me so much, he would tell them about the incident with the jug: "Do you think this boy of mine is just some innocent little fellow? Well, listen and see if you think the devil himself would try anything like this."

After they'd heard about it, they would cross themselves and say, "Well – who would ever think that such a little boy would do anything like that!"

Then they'd laugh at the prank and tell him, "Go on, beat him. God will give you your reward."

And this advice he followed to the letter.

So, for revenge, I'd lead him down all the worst roads on purpose to see if he wouldn't get hurt somehow. If there were rocks, I'd take him right over them; if there was mud, I'd lead him through the deepest part. Because even though I didn't keep dry myself, I would have given an eye if I could have hurt two eyes of that man who didn't even have one. Because of this, he was always beating me with the end of his cane so that my head was full of bumps, and with him always pulling on my hair a lot of it was gone. I told him I wasn't doing it on purpose and that I just couldn't find any better roads, but that didn't do any good. The old traitor saw through everything and was so wary that he wouldn't believe me any more.

So that you can see how smart this shrewd blind man was, I'll tell you about one of the many times when I was with him that he really seemed to show a lot of perception. When we left Salamanca, his plan was to go to Toledo because the people were supposed to be richer there, although not very free with their money. But he pinned his hopes on this saying: "You'll get more water from a narrow flowing stream than you will from a deep dry well." And we'd pass through the best places as we went along. Where we were welcomed and were able to get something, we stayed; where this didn't happen, we'd move on after a few days.

And it happened that as we were coming to a place called Almorox when they were gathering the grapes, a grape picker gave him a bunch as alms. And since the baskets are usually handled pretty roughly and the grapes were very ripe at the time, the bunch started to fall apart in his hand. If we had thrown it in the sack, it and everything it touched would have spoiled. He decided that we'd have a picnic so that it wouldn't go to waste – and he did it to please me, too, since he'd kicked and beat me quite a bit that day. So we sat down on a low wall, and he said: "Now I want to be generous with you: we'll share this bunch of grapes, and you can eat as many as I do. We'll divide it like this: you take one, then I'll take one. But you have to promise me that you won't take more than one at a time. I'll do the same until we finish, and that way there won't be any cheating."

The agreement was made, and we began. But on his second turn, the traitor changed his mind and began to take two at a time, evidently thinking that I was doing the same. But when I saw that he had broken our agreement, I wasn't satisfied with going at his rate of speed. Instead, I went even further: I took two at a time, or three at a time – in fact, I ate them as fast as I could. And when there weren't any grapes left, he just sat there for a while with the stem in his hand, and then he shook his head and said, "Lazaro, you tricked me. I'll swear to God that you ate these grapes three at a time."

"No, I didn't," I said. "But why do you think so?"

That wise old blind man answered, "Do you know how I see that you ate them three at a time? Because I was eating them two at a time, and you didn't say a word."

I laughed to myself, and even though I was only a boy, I was very much aware of the sharpness of that blind man.



But, so that I won't talk too much, I won't tell about a lot of humorous and interesting things that happened to me with my first master. I just want to tell about how we separated, and be done with him.

We were in Escalona, a town owned by the duke of that name, at an inn, and the blind man gave me a piece of sausage to roast for him. When the sausage had been basted and he had sopped up and eaten the drippings with a piece of bread, he took a coin out of his purse and told me to go get him some wine from the tavern. Then the devil put an idea in my head, just like they say he does to thieves. It so happened that near the fire there was a little turnip, kind of long and beat up; it had probably been thrown there because it wasn't good enough for stew.

At that moment he and I were there all alone, and when I whiffed the delicious odor of the sausage, I suddenly got a huge appetite – and I knew that all I would get of it would be the smell. But the thought of eating that sausage made me lose all my fear: I didn't think for a minute what would happen to me. So while the blind man was getting the money out of his purse, I took the sausage off the spit and quickly put the turnip on. Then the blind man gave me the money for the wine and took hold of the spit, turning it over the fire, trying to cook the very thing that hadn't been cooked before because it was so bad.

I went for the wine, and on the way I downed the sausage. When I came back I found that sinner of a blind man holding the turnip between two slices of bread. He didn't know what it was yet, because he hadn't felt of it. But when he took the bread and bit into it, thinking he would get part of the sausage too, he was suddenly stopped cold by the taste of the cold turnip. He got mad then, and said, "What is this, Lazarillo?"

"You mean, 'Lacerated,'" I said. "Are you trying to pin something on me? Didn't I just come back from getting the wine? Someone must have been here and played a joke on you."

"Oh, no," he said. "I haven't let the spit out of my hand. No one could have done that."

I kept swearing that I hadn't done any switching around. But it didn't do me any good – I couldn't hide anything from the sharpness of that miserable blind man. He got up and grabbed me by the head and got close so he could smell me. And he must have smelled my breath like a good hound. Really being anxious to find out if he was right, he held on tight and opened my mouth wider than he should have. Then, not very wisely, he stuck in his nose. And it was long and sharp. And his anger had made it swell a bit, so that the point of it hit me in the throat. So with all this and my being really frightened, along with the fact that the black sausage hadn't had time to settle in my stomach, and especially with the sudden poking in of his very large nose, half choking me – all these things went together and made the crime and the snack show themselves, and the owner got back what belonged to him. What happened was that before the blind man could take his beak out of my mouth, my stomach got so upset that it hit his nose with what I had stolen. So his nose and the black, half-chewed sausage both left my mouth at the same time.

Oh, Almighty God! I was wishing I'd been buried at that very moment, because I was already dead. The perverse blind man was so mad that if people hadn't come at the noise, I think he would have killed me. They pulled me out of his hands, and he was left with what few hairs had still been in my head. My face was all scratched up, and my neck and throat were clawed. But my throat really deserved its rough treatment because it was only on account of what it had done that I'd been beaten. Then that rotten blind man told everyone there about the things I'd done, and he told them over and over about the jug and the grapes and this last incident.

They laughed so hard that all the people who were going by in the street came in to see the fun. But the blind man told them about my tricks with such wit and cleverness that, even though I was hurt and crying, I felt that it would have been wrong for me not to laugh too.

And while this was going on I suddenly remembered that I'd been negligent and cowardly, and I began to swear at myself: I should have bitten off his nose. I'd had the opportunity to do it; in fact, half of the work had already been done for me. If only I'd clamped down with my teeth, I'd have had it trapped. Even though it belonged to that skunk, my stomach would probably have held it

better than it held the sausage; and since there wouldn't have been any evidence, I could have denied the crime. I wish to God I'd have done it. It wouldn't have been a bad idea at all!

The lady running the inn and the others there made us stop our fighting, and they washed my face and throat with the wine I'd brought for him to drink. Then the dirty blind man made up jokes about it, saying things like: "The truth of the matter is I use more wine washing this boy in one year than I drink in two." And: "At least, Lazaro, you owe more to wine than you do to your father—he only gave you life once, but wine has brought you to life a thousand times."

Then he told about all the times he'd beaten me and scratched my face and then doctored me up with wine.

"I tell you," he said, "if there's one man in the world who will be blessed by wine, it's you."

And the people who were washing me laughed out loud, while I was swearing.

But the blind man's prophecy wasn't wrong, and since then I've often thought about that man who must have had a gift for telling the future. And I feel sorry about the bad things I did to him, although I really paid him back, since what he told me that day happened just like he said it would, as you'll see later on.

Because of this and the dirty tricks the blind man played on me, I decided to leave him for good. And since I had thought about it and really had my mind set on it, this last trick of his only made me more determined. So the next day we went into town to beg. It had rained quite a bit the night before, and since it was still raining that day, he went around praying under the arcades in the town so we wouldn't get wet. But with night coming on and there still being no let up, the blind man said to me, "Lazaro, this rain isn't going to stop, and the later it gets the harder it's coming down. Let's go inside the inn before there's a real downpour."

To get there we had to cross over a ditch that was full of water from the rain. And I said to him; "Sir, the water's too wide to cross here, but if you'd like, I see an easier place to get across, and we won't get wet either. It's very narrow there, and if we jump we'll keep our feet dry."

That seemed like a good idea to him, and he said, "You're pretty clever. That's why I like you so much. Take me to the place where the ditch is narrow. It's winter now, and I don't care for water any time, and especially not when I get my feet wet."

Seeing that the time was ripe, I led him under the arcades, to a spot right in front of a sort of pillar or stone post that was in the plaza—one of those that hold up the overhanging arches of the houses. And I said to him, "Sir, this is the narrowest place along the whole ditch."

It was really raining hard and the poor man was getting wet. This, along with the fact that we were in a hurry to get out of the water that was pouring down on us—and especially because God clouded his mind so I could get revenge—made him believe me, and he said, "Point me in the right direction, and you jump over the water."

I put him right in front of the pillar. Then I jumped and got behind the post like someone waiting for a bull to charge, and I said to him, "Come on, jump as far as you can so you'll miss the water."

As soon as I'd said that, the poor blind man charged like an old goat. First he took one step back to get a running start, and then he hurled himself forward with all his might. His head hit the post with a hollow sound like a pumpkin. Then he fell over backward, half dead, with his head split open.

"What? You mean to say you smelled the sausage but not the post? Smell it, smell it!" I said, and I left him in the hands of all the people who had run to help him.

I reached the village gate on the run, and before night fell I made it to Torrijos. I didn't know what God had done with him, and I never made any attempt to find out.

*The Life of Lazarillo of Tormes, Part One, 1554, Translation by Robert Rudder.*

# EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

## Capítulo I. Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque, por conjeturas verosímiles, se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda. Y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde

## Chapitre I Qui traite de la qualité et des occupations du fameux hidalgo don Quichotte de la Manche.

Dans une bourgade de la Manche, dont je ne veux pas me rappeler le nom, vivait, il n'y a pas longtemps, un hidalgo, de ceux qui ont lance au râtelier, rondache antique, bidet maigre et lévrier de chasse. Un pot-au-feu, plus souvent de mouton que de bœuf, une vinaigrette presque tous les soirs, des abatis de bétail le samedi, le vendredi des lentilles, et le dimanche quelque pigeonneau outre l'ordinaire, consumaient les trois quarts de son revenu. Le reste se dépensait en un pourpoint de drap fin et des chausses de panne avec leurs pantoufles de même étoffe, pour les jours de fête, et un habit de la meilleure serge du pays, dont il se faisait honneur les jours de la semaine. Il avait chez lui une gouvernante qui passait les quarante ans, une nièce qui n'atteignait pas les vingt, et de plus un garçon de ville et de campagne, qui sellait le bidet aussi bien qu'il maniait la serpette. L'âge de notre hidalgo frisait la cinquantaine ; il était de complexion robuste, maigre de corps, sec de visage, fort matineux et grand ami de la chasse. On a dit qu'il avait le surnom de Quixada ou Quesada, car il y a sur ce point quelque divergence entre les auteurs qui en ont écrit, bien que les conjectures les plus vraisemblables fassent entendre qu'il s'appelait Quijana. Mais cela importe peu à notre histoire ; il suffit que, dans le récit des faits, on ne s'écarte pas d'un atome de la vérité.

Or, il faut savoir que cet hidalgo, dans les moments où il restait oisif, c'est-à-dire à peu près toute l'année, s'adonnait à lire des livres de chevalerie, avec tant de goût et de plaisir, qu'il en oublia presque entièrement l'exercice de la chasse et même l'administration de son bien. Sa curiosité et son extravagance arrivèrent à ce point qu'il vendit plusieurs arpents de bonnes terres à labourer pour acheter des livres de chevalerie à lire. Aussi en amassa-t-il dans sa maison autant qu'il put s'en procurer. Mais, de tous ces livres, nul ne lui paraissait aussi parfait que ceux composés par le fameux Feliciano de Silva. En effet, l'extrême clarté de sa prose le ravissait, et ses propos si bien entortillés lui semblaient d'or ; surtout quand il venait à lire ces lettres de galanterie et de défi, où il

en muchas partes hallaba escrito La razón de la sinrazón que a mi razón se hace , de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura. Y también cuando leía... los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.

trouvait écrit en plus d'un endroit « La raison de la déraison qu'à ma raison vous faites, affaiblit tellement ma raison, qu'avec raison je me plains de votre beauté ; » et de même quand il lisait « Les hauts cieux qui de votre divinité divinement par le secours des étoiles vous fortifient, et vous font méritante des mérites que mérite votre grandeur. »

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar -que era hombre docto, graduado en Sigüenza -, sobre cuál había sido mejor caballero Palmerín de Ingalaterra o Amadís de Gaula ; mas maese Nicolás , barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo , y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula , porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

Avec ces propos et d'autres semblables, le pauvre gentilhomme perdait le jugement. Il passait les nuits et se donnait la torture pour les comprendre, pour les approfondir, pour leur tirer le sens des entrailles, ce qu'Aristote lui-même n'aurait pu faire, s'il fût ressuscité tout exprès pour cela. Il ne s'accommodait pas autant des blessures que don Bélianis donnait ou recevait, se figurant que, par quelques excellents docteurs qu'il fût pansé, il ne pouvait manquer d'avoir le corps couvert de cicatrices, et le visage de balafres. Mais, néanmoins, il louait dans l'auteur cette façon galante de terminer son livre par la promesse de cette interminable aventure ; souvent même il lui vint envie de prendre la plume, et de le finir au pied de la lettre, comme il y est annoncé. Sans doute il l'aurait fait, et s'en serait même tiré à son honneur, si d'autres pensées, plus continuelles et plus grandes, ne l'en eussent détourné. Maintes fois il avait discuté avec le curé du pays, homme docte et gradué à Sigüenza, sur la question de savoir lequel avait été meilleur chevalier, de Palmérin d'Angleterre ou d'Amadis de Gaule. Pour maître Nicolas, barbier du même village, il assurait que nul n'approchait du chevalier de Phébus, et que si quelqu'un pouvait lui être comparé, c'était le seul don Galaor, frère d'Amadis de Gaule ; car celui-là était propre à tout, sans minauderie, sans grimaces, non point un pleurnicheur comme son frère, et pour le courage, ne lui cédant pas d'un pouce.

En resolución, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra

Enfin, notre hidalgo s'acharna tellement à sa lecture, que ses nuits se passaient en lisant du soir au matin, et ses jours, du matin au soir. Si bien qu'à force de dormir peu et de lire beaucoup, il se dessécha le cerveau, de manière qu'il vint à perdre l'esprit. Son imagination se remplit de tout ce qu'il avait lu dans les livres, enchantements, querelles, défis, batailles, blessures, galanteries, amours, tempêtes et extravagances impossibles ; et il se fourra si bien dans la tête que tout ce magasin d'inventions rêvées était la vérité pure, qu'il n'y eut pour lui nulle autre histoire plus certaine dans le monde. Il disait que le Cid Ruy Diaz avait sans

historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía, y aun a su sobrina de añadidura.

En efeto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más estraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo; y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del estraño gusto que en ellos sentía, se dio priesa a poner en efeto lo que deseaba.

Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo, pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacían una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo

doute été bon chevalier, mais qu'il n'approchait pas du chevalier de l'Ardente-Épée, lequel, d'un seul revers, avait coupé par la moitié deux farouches et démesurés géants. Il faisait plus de cas de Bernard del Carpio, parce que, dans la gorge de Roncevaux, il avait mis à mort Roland l'enchanté, s'aidant de l'adresse d'Hercule quand il étouffa Antée, le fils de la Terre, entre ses bras. Il disait grand bien du géant Morgant, qui, bien qu'issu de cette race géante, où tous sont arrogants et discourtois, était lui seul affable et bien élevé. Mais celui qu'il préférait à tous les autres, c'était Renaud de Montauban, surtout quand il le voyait sortir de son château, et détrousser autant de gens qu'il en rencontrait, ou voler, par delà le détroit, cette idole de Mahomet, qui était toute d'or, à ce que dit son histoire. Quant au traître Ganelon, pour lui administrer une volée de coups de pied dans les côtes, il aurait volontiers donné sa gouvernante et même sa nièce pardessus le marché.

Finalmente, ayant perdu l'esprit sans ressource, il vint à donner dans la plus étrange pensée dont jamais fou se fût avisé dans le monde. Il lui parut convenable et nécessaire, aussi bien pour l'éclat de sa gloire que pour le service de son pays, de se faire chevalier errant, de s'en aller par le monde, avec son cheval et ses armes, chercher les aventures, et de pratiquer tout ce qu'il avait lu que pratiquaient les chevaliers errants, redressant toutes sortes de torts, et s'exposant à tant de rencontres, à tant de périls, qu'il acquit, en les surmontant, une éternelle renommée. Il s'imaginait déjà, le pauvre rêveur, voir couronner la valeur de son bras au moins par l'empire de Trébizonde. Ainsi emporté par de si douces pensées et par l'ineffable attrait qu'il y trouvait, il se hâta de mettre son désir en pratique.

La première chose qu'il fit fut de nettoyer les pièces d'une armure qui avait appartenu à ses bisaïeux, et qui, moisie et rongée de rouille, gisait depuis des siècles oubliée dans un coin. Il les lava, les frotta, les raccommoda du mieux qu'il put. Mais il s'aperçut qu'il manquait à cette armure une chose importante, et qu'au lieu d'un heaume complet elle n'avait qu'un simple morion. Alors son industrie suppléa à ce défaut avec du carton, il fit une manière de demi-salade, qui, emboîtée avec le morion, formait une apparence de saladade entière. Il est vrai que, pour essayer si elle était forte et à

de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos , y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza; y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

l'épreuve d'estoc et de taille, il tira son épée, et lui porta deux coups du tranchant, dont le premier détruisit en un instant l'ouvrage d'une semaine. Cette facilité de la mettre en pièces ne laissa pas de lui déplaire, et, pour s'assurer contre un tel péril il se mit à refaire son armet, le garnissant en dedans de légères bandes de fer, de façon qu'il demeurât satisfait de sa solidité ; et, sans vouloir faire sur lui de nouvelles expériences, il le tint pour un casque à visière de la plus fine trempe.

Fue luego a ver su rocín, y, aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, que tantum pellis et ossa fuit, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque, según se decía él a sí mismo, no era razón que caballo de caballero tan famoso , y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera que declarase quién había sido, antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba . Y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar Rocinante nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Cela fait, il alla visiter sa monture ; et quoique l'animal eût plus de tares que de membres, et plus triste apparence que le cheval de Gonéla, qui tantum pellis et ossa fuit, il lui sembla que ni le Bucéphale d'Alexandre, ni le Babiéca du Cid, ne lui étaient comparables. Quatre jours se passèrent à ruminer dans sa tête quel nom il lui donnerait « Car, se disait-il, il n'est pas juste que cheval d'aussi fameux chevalier, et si bon par lui-même, reste sans nom connu. » Aussi essayait-il de lui en accommoder un qui désignât ce qu'il avait été avant d'entrer dans la chevalerie errante, et ce qu'il était alors. La raison voulait d'ailleurs que son maître changeant d'état, il changeât aussi de nom, et qu'il en prît un pompeux et éclatant, tel que l'exigeaient le nouvel ordre et la nouvelle profession qu'il embrassait. Ainsi, après une quantité de noms qu'il composa, effaça, rogná, augmenta, défit et refit dans sa mémoire et son imagination, à la fin il vint à l'appeler Rossinante, nom, à son idée, majestueux et sonore, qui signifiait ce qu'il avait été et ce qu'il était devenu, la première de toutes les rosses du monde.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días , y al cabo se vino a llamar don Quijote; de donde -como queda dicho- tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar Quijada, y no Quesada , como otros quisieron decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por Hepila famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse don Quijote de la Mancha, con que, a su parecer, declaraba muy

Ayant donné à son cheval un nom, et si à sa fantaisie, il voulut s'en donner un à lui-même ; et cette pensée lui prit huit autres jours, au bout desquels il décida de s'appeler don Quichotte. C'est de là, comme on l'a dit, que les auteurs de cette véridique histoire prirent occasion d'affirmer qu'il devait se nommer Quixada, et non Quesada comme d'autres ont voulu le faire accroire. Se rappelant alors que le valeureux Amadis ne s'était pas contenté de s'appeler Amadis tout court, mais qu'il avait ajouté à son nom celui de sa patrie, pour la rendre fameuse, et s'était appelé Amadis de Gaule, il voulut aussi, en bon chevalier, ajouter au sien le nom de la sienne, et s'appeler don Quichotte de la Manche, s'imaginant qu'il désignait clairement par là sa race et sa patrie, et qu'il

al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él a sí.

-Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendido "Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante" ? ¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo, ni le dio cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso; nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

honorait celle-ci en prenant d'elle son surnom.

Ayant donc nettoyé ses armes, fait du morion une salade, donné un nom à son bidet et à lui-même la confirmation, il se persuada qu'il ne lui manquait plus rien, sinon de chercher une dame de qui tomber amoureux, car, pour lui, le chevalier errant sans amour était un arbre sans feuilles et sans fruits, un corps sans âme. Il se disait :

« Si, pour la punition de mes péchés, ou plutôt par faveur de ma bonne étoile, je rencontre par là quelque géant, comme il arrive d'ordinaire aux chevaliers errants, que je le renverse du premier choc ou que je le fende par le milieu du corps, qu'enfin je le vainque et le réduise à merci, ne serait-il pas bon d'avoir à qui l'envoyer en présent, pour qu'il entre et se mette à genoux devant ma douce maîtresse, et lui dise d'une voix humble et soumise « Je suis, madame, le géant Caraculiambro, seigneur de l'île Malindrania, qu'a vaincu en combat singulier le jamais dignement loué chevalier don Quichotte de la Manche, lequel m'a ordonné de me présenter devant Votre Grâce, pour que Votre Grandeur dispose de moi tout à son aise ? » Oh ! combien se réjouit notre bon chevalier quand il eut fait ce discours, et surtout quand il eut trouvé à qui donner le nom de sa dame ! Ce fut, à ce que l'on croit, une jeune paysanne de bonne mine, qui demeurait dans un village voisin du sien, et dont il avait été quelque temps amoureux, bien que la belle n'en eût jamais rien su, et ne s'en fût pas souciée davantage. Elle s'appelait Aldonza Lorenzo, et ce fut à elle qu'il lui sembla bon d'accorder le titre de dame suzeraine de ses pensées. Lui cherchant alors un nom qui ne s'écartât pas trop du sien, qui sentît et représentât la grande dame et la princesse, il vint à l'appeler Dulcinée du Toboso, parce qu'elle était native de ce village nom harmonieux à son avis, rare et distingué, et non moins expressif que tous ceux qu'il avait donnés à son équipage et à lui-même.

Miguel de Cervantes, *El ingenioso Don Quijote de la Mancha*, 1615.

## CHAPTER I. WHICH TREATS OF THE CHARACTER AND PURSUITS OF THE FAMOUS GENTLEMAN DON QUIXOTE OF LA MANCHA

In a village of La Mancha, the name of which I have no desire to call to mind, there lived not long since one of those gentlemen that keep a lance in the lance-rack, an old buckler, a lean hack, and a greyhound for coursing. An olla of rather more beef than mutton, a salad on most nights, scraps on Saturdays, lentils on Fridays, and a pigeon or so extra on Sundays, made away with three-quarters of his income. The rest of it went in a doublet of fine cloth and velvet breeches and shoes to match for holidays, while on week-days he made a brave figure in his best homespun. He had in his house a housekeeper past forty, a niece under twenty, and a lad for the field and market-place, who used to saddle the hack as well as handle the bill-hook. The age of this gentleman of ours was bordering on fifty; he was of a hardy habit, spare, gaunt-featured, a very early riser and a great sportsman. They will have it his surname was Quixada or Quesada (for here there is some difference of opinion among the authors who write on the subject), although from reasonable conjectures it seems plain that he was called Quexana. This, however, is of but little importance to our tale; it will be enough not to stray a hair's breadth from the truth in the telling of it.

You must know, then, that the above-named gentleman whenever he was at leisure (which was mostly all the year round) gave himself up to reading books of chivalry with such ardour and avidity that he almost entirely neglected the pursuit of his field-sports, and even the management of his property; and to such a pitch did his eagerness and infatuation go that he sold many an acre of tillageland to buy books of chivalry to read, and brought home as many of them as he could get. But of all there were none he liked so well as those of the famous Feliciano de Silva's composition, for their lucidity of style and complicated conceits were as pearls in his sight, particularly when in his reading he came upon courtships and cartels, where he often found passages like "the reason of the unreason with which my reason is afflicted so weakens my reason that with reason I murmur at your beauty;" or again, "the high heavens, that of your divinity divinely fortify you with the stars, render you deserving of the desert your greatness deserves." Over conceits of this sort the poor gentleman lost his wits, and used to lie awake striving to understand them and worm the meaning out of them; what Aristotle himself could not have made out or extracted had he come to life again for that special purpose. He was not at all easy about the wounds which Don Belianis gave and took, because it seemed to him that, great as were the surgeons who had cured him, he must have had his face and body covered all over with seams and scars. He commended, however, the author's way of ending his book with the promise of that interminable adventure, and many a time was he tempted to take up his pen and finish it properly as is there proposed, which no doubt he would have done, and made a successful piece of work of it too, had not greater and more absorbing thoughts prevented him.

Many an argument did he have with the curate of his village (a learned man, and a graduate of Sigüenza) as to which had been the better knight, Palmerin of England or Amadis of Gaul. Master Nicholas, the village barber, however, used to say that neither of them came up to the Knight of Phoebus, and that if there was any that could compare with him it was Don Galaor, the brother of Amadis of Gaul, because he had a spirit that was equal to every occasion, and was no finikin knight, nor lachrymose like his brother, while in the matter of valour he was not a whit behind him. In short, he became so absorbed in his books that he spent his nights from sunset to sunrise, and his days from dawn to dark, poring over them; and what with little sleep and much reading his brains got so dry that he lost his wits. His fancy grew full of what he used to read about in his books, enchantments, quarrels, battles, challenges, wounds, wooings, loves, agonies, and all sorts of impossible nonsense; and it so possessed his mind that the whole fabric of invention and fancy he read of was true, that to him no history in the world had more reality in it. He used to say the Cid Ruy Diaz was a very good knight, but that he was not to be compared with the Knight of the Burning Sword who with one back-stroke cut in half two fierce and monstrous giants. He thought more of Bernardo del Carpio because at Roncesvalles he slew Roland in spite of enchantments, availing himself of the artifice of Hercules when he strangled Antaeus the son of Terra in his arms.



He approved highly of the giant Morgante, because, although of the giant breed which is always arrogant and ill-conditioned, he alone was affable and well-bred. But above all he admired Reinaldos of Montalban, especially when he saw him sallying forth from his castle and robbing everyone he met, and when beyond the seas he stole that image of Mahomet which, as his history says, was entirely of gold. To have a bout of kicking at that traitor of a Ganelon he would have given his housekeeper, and his niece into the bargain.

In short, his wits being quite gone, he hit upon the strangest notion that ever madman in this world hit upon, and that was that he fancied it was right and requisite, as well for the support of his own honour as for the service of his country, that he should make a knight-errant of himself, roaming the world over in full armour and on horseback in quest of adventures, and putting in practice himself all that he had read of as being the usual practices of knights-errant; righting every kind of wrong, and exposing himself to peril and danger from which, in the issue, he was to reap eternal renown and fame. Already the poor man saw himself crowned by the might of his arm Emperor of Trebizond at least; and so, led away by the intense enjoyment he found in these pleasant fancies, he set himself forthwith to put his scheme into execution.

The first thing he did was to clean up some armour that had belonged to his great-grandfather, and had been for ages lying forgotten in a corner eaten with rust and covered with mildew. He scoured and polished it as best he could, but he perceived one great defect in it, that it had no closed helmet, nothing but a simple morion. This deficiency, however, his ingenuity supplied, for he contrived a kind of half-helmet of pasteboard which, fitted on to the morion, looked like a whole one. It is true that, in order to see if it was strong and fit to stand a cut, he drew his sword and gave it a couple of slashes, the first of which undid in an instant what had taken him a week to do. The ease with which he had knocked it to pieces disconcerted him somewhat, and to guard against that danger he set to work again, fixing bars of iron on the inside until he was satisfied with its strength; and then, not caring to try any more experiments with it, he passed it and adopted it as a helmet of the most perfect construction.

He next proceeded to inspect his hack, which, with more quartos than a real and more blemishes than the steed of Gonela, that "*tantum pellis et ossa fuit*," surpassed in his eyes the Bucephalus of Alexander or the Babieca of the Cid. Four days were spent in thinking what name to give him, because (as he said to himself) it was not right that a horse belonging to a knight so famous, and one with such merits of his own, should be without some distinctive name, and he strove to adapt it so as to indicate what he had been before belonging to a knight-errant, and what he then was; for it was only reasonable that, his master taking a new character, he should take a new name, and that it should be a distinguished and full-sounding one, befitting the new order and calling he was about to follow. And so, after having composed, struck out, rejected, added to, unmade, and remade a multitude of names out of his memory and fancy, he decided upon calling him Rocinante, a name, to his thinking, lofty, sonorous, and significant of his condition as a hack before he became what he now was, the first and foremost of all the hacks in the world.

Having got a name for his horse so much to his taste, he was anxious to get one for himself, and he was eight days more pondering over this point, till at last he made up his mind to call himself "Don Quixote," whence, as has been already said, the authors of this veracious history have inferred that his name must have been beyond a doubt Quixada, and not Quesada as others would have it. Recollecting, however, that the valiant Amadis was not content to call himself curtly Amadis and nothing more, but added the name of his kingdom and country to make it famous, and called himself Amadis of Gaul, he, like a good knight, resolved to add on the name of his, and to style himself Don Quixote of La Mancha, whereby, he considered, he described accurately his origin and country, and did honour to it in taking his surname from it.

So then, his armour being furbished, his morion turned into a helmet, his hack christened, and he himself confirmed, he came to the conclusion that nothing more was needed now but to look out for a lady to be in love with; for a knight-errant without love was like a tree without leaves or fruit, or a body without a soul. As he said to himself, "If, for my sins, or by my good fortune, I

come across some giant hereabouts, a common occurrence with knights-errant, and overthrow him in one onslaught, or cleave him asunder to the waist, or, in short, vanquish and subdue him, will it not be well to have some one I may send him to as a present, that he may come in and fall on his knees before my sweet lady, and in a humble, submissive voice say, 'I am the giant Caraculiambro, lord of the island of Malindrania, vanquished in single combat by the never sufficiently extolled knight Don Quixote of La Mancha, who has commanded me to present myself before your Grace, that your Highness dispose of me at your pleasure?'" Oh, how our good gentleman enjoyed the delivery of this speech, especially when he had thought of some one to call his Lady! There was, so the story goes, in a village near his own a very good-looking farm-girl with whom he had been at one time in love, though, so far as is known, she never knew it nor gave a thought to the matter. Her name was Aldonza Lorenzo, and upon her he thought fit to confer the title of Lady of his Thoughts; and after some search for a name which should not be out of harmony with her own, and should suggest and indicate that of a princess and great lady, he decided upon calling her Dulcinea del Toboso—she being of El Toboso—a name, to his mind, musical, uncommon, and significant, like all those he had already bestowed upon himself and the things belonging to him.

Miguel de Cervantes, *Don Quixote*, 1615.

# EL BURLADOR DE SEVILLA - Jornada Primera

---

*Salen don JUAN Tenorio e ISABELA, duquesa*

ISABELA: Duque Octavio, por aquí  
podrás salir más seguro.

JUAN: Duquesa, de nuevo os juro  
de cumplir el dulce sí.

ISABELA: Mis glorias serán verdades  
promesas y ofrecimientos,  
regalos y cumplimientos,  
voluntades y amistades.

JUAN: Sí, mi bien.

ISABELA: Quiero sacar  
una luz.

JUAN: ¿Pues, para qué?

ISABELA: Para que el alma dé fe  
del bien que llego a gozar.

JUAN: Mataréte la luz yo.

ISABELA: ¡Ah, cielo! ¿Quién eres, hombre?

JUAN: ¿Quién soy? Un hombre sin nombre.

ISABELA: ¿Que no eres el duque?

JUAN: No.

ISABELA: ¡Ah de palacio!

JUAN: Detente.  
Dame, duquesa, la mano.

ISABELA: No me detengas, villano.  
¡Ah del rey! ¡Soldados, gente!

*Sale el REY de Nápoles, con una vela en un candelero*

REY: ¿Qué es esto?

ISABELA: ¡El rey! ¡Ay, triste,

REY:               ¿Quién eres?  
JUAN:             ¿Quién ha de ser?  
                    Un hombre y una mujer.

REY:               (Esto en prudencia consiste.)  
**Aparte;** Ah de mi guarda! Prendé  
                    a este hombre.

ISABELA:         ¡Ay, perdido honor!

*Vase ISABELA. Sale don PEDRO Tenorio, embajador de España, y GUARDA*

PEDRO:           ¿En tu cuarto, gran señor  
                    voces? ¿Quién la causa fue?

REY:               Don Pedro Tenorio, a vos  
                    esta prisión os encargo,  
                    siendo corto, andad vos largo.  
                    Mirad quién son estos dos.  
                    Y con secreto ha de ser,  
                    que algún mal suceso creo;  
                    porque si yo aquí los veo,  
                    no me queda más que ver.

*Vase el REY*

PEDRO:           Prendedle.

JUAN:             ¿Quién ha de osar?  
                    Bien puedo perder la vida;  
                    mas ha de ir tan bien vendida  
                    que a alguno le ha de pesar.

PEDRO:           Matadle.

JUAN:             ¿Quién os engaña?  
                    Resuelto en morir estoy,  
                    porque caballero soy,  
                    del embajador de España.  
                    Llegue; que, solo, ha de ser  
                    él quien me rinda.

PEDRO:           Apartad;  
                    a ese cuarto os retirad  
                    todos con esa mujer.

*Vanse los otros*

Ya estamos solos los dos;  
muestra aquí tu esfuerzo y brío.

JUAN: Aunque tengo esfuerzo, tío,  
no le tengo para vos.

PEDRO: Di quién eres.

JUAN: Ya lo digo.  
Tu sobrino.

PEDRO: ¡Ay, corazón,  
que temo alguna traición!  
¿Qué es lo que has hecho, enemigo?  
¿Cómo estás de aquesta suerte?  
Dime presto lo que ha sido.  
¡Desobediente, atrevido!  
Estoy por darte la muerte.  
Acaba.

JUAN: Tío y señor,  
mozo soy y mozo fuiste;  
y pues que de amor supiste,  
tenga disculpa mi amor.  
Y pues a decir me obligas  
la verdad, oye y diréla.  
Yo engañé y gocé a Isabela  
la duquesa.

PEDRO: No prosigas.  
Tente. ¿Cómo la engañaste?  
Habla quedo, y cierra el labio.

JUAN: Fingí ser el duque Octavio.

PEDRO: No digas más. ¡Calla! ¡Baste!  
**Aparte**(Perdido soy si el rey sabe  
este caso. ¿Qué he de hacer?  
Industria me ha de valer  
en un negocio tan grave.)  
Di, vil, ¿no bastó emprender  
con ira y fiereza extraña  
tan gran traición en España  
con otra noble mujer,  
sino en Nápoles también,  
y en el palacio real  
con mujer tan principal?

¡Castíguete el cielo, amén!  
Tu padre desde Castilla  
a Nápoles te envió,  
y en sus márgenes te dio  
tierra la espumosa orilla  
del mar de Italia, atendiendo  
que el haberte recibido  
pagaras agradecido,  
y estás su honor ofendiendo.  
¡Y en tan principal mujer!  
Pero en aquesta ocasión  
nos daña la dilación.  
Mira qué quieres hacer.

JUAN: No quiero daros disculpa,  
que la habré de dar siniestra.  
Mi sangre es, señor, la vuestra;  
sacadla, y pague la culpa.  
A esos pies estoy rendido,  
y ésta es mi espada, señor.

PEDRO: Alzate, y muestra valor,  
que esa humildad me ha vencido.  
¿Atreveráste a bajar  
por ese balcón?

JUAN: Sí atrevo,  
que alas en tu favor llevo.

PEDRO: Pues yo te quiero ayudar.  
Vete a Sicilia o Milán,  
donde vivas encubierto.

JUAN: Luego me iré.

PEDRO: ¿Cierto?

JUAN: Cierto.

PEDRO: Mis cartas te avisarán  
en qué para este suceso  
triste, que causado has.

JUAN: Para mí alegre dirás.  
Que tuve culpa confieso.

PEDRO: Esa mocedad te engaña.  
Baja, pues, ese balcón.

JUAN: **Aparte** (Con tan justa pretensión,  
gozoso me parto a España).

*Vase don JUAN y entra el REY*

PEDRO: Ejecutando, señor,  
tu justicia justa y recta,  
el hombre...

REY: ¿Murió?

PEDRO: ...escapóse  
de las cuchillas soberbias.

REY: ¿De qué forma?

PEDRO: De esta forma:  
aun no lo mandaste apenas,  
cuando, sin dar más disculpa,  
la espada en la mano aprieta,  
revuelve la capa al brazo,  
y con gallarda presteza,  
ofendiendo a los soldados  
y buscando su defensa,  
viendo vecina la muerte,  
por el balcón de la huerta  
se arroja desesperado.  
Siguióle con diligencia  
tu gente. Cuando salieron  
por esa vecina puerta,  
le hallaron agonizando  
como enroscada culebra.  
Levantóse, y al decir  
los soldados, "¡Muera, muera!",  
bañado de sangre el rostro,  
con tan heroica presteza  
se fue, que quedé confuso.  
La mujer, que es Isabela,  
--que para admirarte nombro--  
re en esa pieza,  
dice que fue el duque Octavio  
quien, con engaño y cautela,  
la gozó.

REY: ¿Qué dices?

PEDRO: Digo  
lo que ella propia confiesa.

REY:                ¡Ah, pobre honor! Si eres alma  
del hombre, ¿por qué te dejan  
en la mujer inconstante,  
si es la misma ligereza?  
¡Hola!  
*Sale un CRIADO*

CRIADO:            ¿Gran señor?

REY:                Traed  
delante de mi presencia  
esa mujer.

PEDRO:            Ya la guardia  
viene, gran señor, con ella.  
*Trae la GUARDA a ISABELA*

ISABELA: **Aparte** (¿Con qué ojos veré al rey?)

REY:                Idos, y guardad la puerta  
de esa cuadra. Di, mujer,  
¿qué rigor, qué airada estrella  
te incitó, que en mi palacio,  
con hermosura y soberbia,  
profanases sus umbrales?

ISABELA:          Señor...

REY:                Calla, que la lengua  
no podrá dorar el yerro  
que has cometido en mi ofensa.  
¡Aquél era del duque Octavio!

ISABELA:          ¡Señor!

REY:                No, no importan fuerzas,  
guardas, criados, murallas,  
fortalecidas almenas,  
para Amor, que la de un niño  
hasta los muros penetra.  
Don Pedro Tenorio, al punto  
a esa mujer llevad presa  
a una torre, y con secreto  
haced que al duque le prendan;  
que quiero hacer que le cumpla  
la palabra, o la promesa.



ISABELA: Gran señor, ¡volvedme el rostro!

REY: Ofensa a mi espalda hecha,  
es justicia y es razón  
castigarla a espaldas vueltas.  
*Vase el REY*

PEDRO: Vamos, duquesa.

ISABELA :**Aparte** (Mi culpa  
no hay disculpa que la venza,  
mas no será el yerro tanto  
si el duque Octavio lo enmienda).  
*Vanse todos.*

Tirso de Molina, *El Burlador de Sevilla*, 1627.

\* \*  
\*

## PREMIERE JOURNEE

(DANS UNE SALLE DU PALAIS DU ROI DE NAPLES.  
NUIT. IL N'Y A PAS DE LUMIERE.)

*Entrent Don Juan Tenorio le visage caché jusqu'aux yeux et la duchesse Isabela.*

ISABELA Duc Octavio, par ici tu pourras sortir plus sûrement.

DON JUAN Duchesse, je vous jure à nouveau de donner le doux consentement.

ISABELA Ainsi je serai vraiment heureuse, tes offres et tes serments, tes attentions, tes présents, ton amour et ton affection seront une certitude.

DON JUAN Oui, mon bien.

ISABELA Je vais allumer un flambeau.

DON JUAN Hé ! pourquoi ?

ISABELA Pour que mon cœur fasse paraître la joie qui me possède.

DON JUAN Je le soufflerai, ton flambeau !

ISABELA Ah ! ciel ! Homme, qui es-tu ?

DON JUAN Qui suis-je ? Un homme sans nom.

ISABELA N'es-tu donc pas le duc ?

DON JUAN Non.

ISABELA Ah ! Du palais !

DON JUAN Arrête ! Donne-moi la main, duchesse.

ISABELA Lâche-moi, vilain ! Holà ! De par le roi !... A la garde ! Quelqu'un !

*Entre le roi de Naples, avec une bougie dans un chandelier.*

LE ROI                   Qu'y a-t-il ?

ISABELA                Le roi ! Ah Misère !

LE ROI                   Qui est là ?

DON JUAN               Qui veux-tu que ce soit ? Un homme et une femme.

LE ROI                   *(à part)*. Cette affaire demande prudence.  
*(Haut.)* Holà, ma garde ! Arrêtez cet homme !

ISABELA                Ah ! honneur perdu !  
*Entrent en scène Don Pedro Tenorio, ambassadeur d'Espagne, et des gardes.*

DON PEDRO             Dans tes appartements, grand roi, ces cris ! Qui en est la cause ?

LE ROI                   Don Pedro Tenorio, je vous charge de cette arrestation. En faisant vite, vous aurez une chance : voyez qui sont ces deux-là. Mais faites le en secret, car je crains une sombre histoire. Pour ma part, ce que j'ai vu m'a suffit.

*(Il s'en va,)*

DON PEDRO             Arrêtez-le !

DON JUAN               Qui l'osera ? Je peux bien perdre la vie, mais elle sera si chèrement vendue que certains le regretteront.

DON PEDRO             Tuez-le !

DON JUAN               Qui vous aveugle ? Je suis prêt à mourir, car je suis gentilhomme de l'ambassadeur d'Espagne. Qu'il vienne ! Je ne me rendrai qu'à lui seul.

DON PEDRO             Écartez-vous. Retirez-vous tous dans cette salle avec cette femme.  
*(Isabela et les gardes s'en vont.)*

                              Nous voilà seuls tous les deux. Montre ici ton courage et ta valeur.

DON JUAN               Je ne manque pas de courage, mais je n'en ai pas contre vous, mon oncle.

DON PEDRO             Dis moi qui tu es.

DON JUAN               Je te l'ai déjà dit : ton neveu.

DON PEDRO             *(à part)* Ah ! je pressens ici quelque trahison !  
*(Haut.)* Mais qu'as-tu fait, démon ? Comment te trouves-tu dans cette situation ? Dis-moi vite ce qui est arrivé. Rebelle ! Effronté ! J'ai envie de te donner la mort. Parle.

DON JUAN               Mon oncle et seigneur, je suis jeune et tu l'as été aussi, et puisque tu as connu l'amour, pardonne le mien. Mais si tu m'obliges à dire la vérité, écoute et je te la dirai : j'ai dupé la duchesse Isabela, et je l'ai possédée...

DON PEDRO             Ne poursuis pas, arrête ! Comment l'as-tu dupée ? Parle bas, ou tais-toi.

DON JUAN               J'ai feint d'être le duc Octavio.

DON PEDRO             N'en dis pas plus, tais-toi, assez !  
*(A part.)* Je suis perdu, si le roi apprend cela ! Que faire ? Dans une affaire aussi grave, il me faut ruser.  
*(Haut.)* Dis-moi, scélérat, n'était-ce pas assez de commettre en Espagne, avec une rage et une brutalité extrême, semblable trahison auprès d'une autre noble dame ? ...Non, il faut que tu recommences encore à Naples, et au palais royal, et envers une femme de si haut rang ! Que le Ciel te punisse, amen !... Ton père t'a envoyé de Castille à Naples, et sur son rivage, l'écumeuse côte de la mer d'Italie t'a donné refuge, pensant que tu lui serais reconnaissant, et voici que tu offenses son honneur, sur une femme si noble !... Mais dans cette affaire, tout retard peut nous perdre. Dis-moi ce que tu comptes faire.

DON JUAN Je ne veux pas vous donner d'excuse car je devrais le faire de triste façon. Mon sang, seigneur, est le vôtre: versez-le et qu'il paie ma faute. A vos pieds, je me rends. Voici mon épée, Seigneur.

DON PEDRO Relève-toi et montre-toi courageux : ton humilité m'a vaincu. Oserais-tu descendre par ce balcon?

DON JUAN Oui, car ta faveur me donne des ailes.

DON PEDRO Alors, je veux t'aider. Pars pour la Sicile ou pour Milan, où tu vivras caché.

DONJUAN Je pars sans tarder.

DON PEDRO Vraiment ?

DON JUAN Vraiment.

DON PEDRO Mes lettres t'aviseront de la suite des tristes évènements dont tu es la cause.

DON JUAN (*à part*) Pour moi joyeux évènements, devrais-tu dire.  
(*Haut.*) J'ai eu tort, je l'avoue.

DON PEDRO C'est la jeunesse qui te leurre. Allez, saute par ce balcon.

DON JUAN (*à part*) Avec de si beaux projets, je pars joyeux pour l'Espagne.  
*Il s'en va et entre le roi de Naples.*

DON PEDRO Je viens de faire exécuter grand roi, ta droite justice, l'homme...

LE ROI Est mort ?

DON PEDRO Il a échappé aux terribles épées.

LE ROI Comment ?

DON PEDRO Voici comment : à peine avais-tu ordonné de l'arrêter que, sans autre excuse, il tire son épée, enroule la cape à son bras et, avec vaillance et adresse, il attaque les soldats. Cherchant à se défendre, voyant la mort prochaine, il s'est jeté désespéré par le balcon du jardin. Avec diligence, tes gens l'ont poursuivi, et quand ils sont sortis par la porte voisine, ils l'ont trouvé en train d'agoniser, lové comme un serpent. Comme les soldats criaient : «A mort ! A mort ! », il s'est relevé et le visage baigné de sang, il a disparu avec une si preste vaillance que j'en suis resté confondu. La femme, Isabela, que je nomme pour t'étonner, est enfermée dans cette pièce et dit que c'est le duc Octavio, qui par tromperie et ruse, la possédée.

LE ROI Que dis-tu ?

DON PEDRO Je dis ce qu'elle-même avoue.

LE ROI Ah ! pauvre honneur ! Si tu es l'âme de l'homme, Pourquoi te laisse-t-on dans les mains de la femme inconstante qui est la frivolité même ?... Holà !

*Entre un serviteur.*

LE SERVITEUR Grand roi.

LE ROI Qu'on fasse venir cette femme devant moi.

DON PEDRO La garde arrive avec elle, grand roi.

*La garde amène Isabela.*

ISABELA (*à part*) De quelle humeur vais-je trouver le roi ?

LE ROI Allez-vous-en, et gardez la porte de cette salle.  
(*Le serviteur et la garde se retirent*) Dis, femme, quelle rigueur, quelle furieuse étoile t'ont incitée à profaner, avec orgueil et beauté, le seuil de mon palais ?

ISABELA Sire...

LE ROI Tais-toi. La langue ne saurait dorer l'erreur que tu as commise en m'offensant. Cet homme était-il le duc Octavio ?

ISABELA Sire...

LE ROI Qu'importe les gardes, les valets, les murailles fortifiées, les créneaux pour l'amour, si même ses forces d'enfant viennent à bout de ces défenses ! Don Pedro Tenorio, conduisez immédiatement cette femme dans une tour, prisonnière, et en secret, faites que le duc soit arrêté. Je veux qu'il tienne parole ou son engagement.

ISABELA Grand roi, tournez vers moi votre visage.

LE ROI Pour une offense faite dans mon dos, il n'est que justice et raison de la punir le dos tourné. (*Le roi s'en va.*)

DON PEDRO Allons, duchesse.

ISABELA (*à part*). Ma faute, nulle excuse ne peut la réparer, mais le mal, après tout n'est pas si grave, s'il est réparé des mains du duc Octavio.

(*Ils s'en vont.*)

Tirso de Molina, *El Burlador de Sevilla*, 1627.

\* \*  
\*

## ACT ONE

A room in the palace of the KING OF NAPLES.  
Enter DON JUAN, with muffled face, and ISABELLA

ISABELLA: Duke Octavio, this way will lead you out more safely.

DON JUAN: Duchess, I again promise you my hand in marriage.

ISABELLA: Are so many promises, offerings, gifts, compliments, and expressions of goodwill and friendship to be trusted, my dear?

DON JUAN: Yes, my love.

ISABELLA: I wish to light a candle.

DON JUAN: What for?

ISABELLA: So that my soul may bear witness to the rapture I've just experienced.

DON JUAN: I'll extinguish your light!

ISABELLA: Oh, heavens! Who are you, man?

DON JUAN: Who? Just a man, no name.

ISABELLA: You mean you're not the duke?

DON JUAN: No.

ISABELLA: Palace guards, come quickly!

DON JUAN: Stop! Give me your hand, duchess.

ISABELLA: Don't touch me, you swine! Where are the King's ministers! Soldiers, anyone, help!

(*Enter the KING OF NAPLES with a lighted candle.*)

KING: What's going on here?

ISABELLA: Help!

[*Aside, recognizing the KING.*] Oh, what miserable luck! It's the King himself!

KING: What's going on?

DON JUAN: What else? A man and a woman.

KING: [*Aside.*] This calls for a measure of prudence.

[Shouts offstage.] Guards! Arrest this man!

[ISABELLA recoils to one side of the stage.]

(Enter DON PEDRO, the Spanish Ambassador, and GUARDS.)

DON PEDRO: What's the meaning of these shouts in your chamber, Your Highness?

KING: Don Pedro Tenorio, I'm charging you with this matter, for your hands can resolve it more cleanly than mine.

Find out who these two are, but do so secretly, for I sense a scandal in the making, and I want no one else to know what I've seen here. (Exit.)

DON PEDRO: [To the GUARDS.] Arrest him.

DON JUAN: You wouldn't dare! You might take my life, but only at a price that will ruin whoever pays!

DON PEDRO: Kill him.

DON JUAN: Fine. I'm resolved to die like a knight. But let it be before the Spanish ambassador alone.

DON PEDRO: [To the GUARDS.] Dismissed. Retire to that room with the woman.

ISABELLA: (Aside.) I'll have to reveal my identity before my offense shouts it for all to hear, for today I'm both without honor and without Duke Octavio.

(Exit ISABELLA and the GUARDS)

## BEATRIZ Y LOS CUERPOS CELESTES

Para mi padre soy Beatriz; para mis amigas, Bea; Mónica —y sólo Mónica— me decía Betty de vez en cuando; y mi madre, de pequeña, me llamaba según el estado de mi pelo: siempre era «ven aquí, trencitas», o «dame un beso, ricitos»; dependiendo de si mi melena estaba suelta o recogida.

Maquillaje en polvo, mechas doradas, lápiz de labios, club de bridge, tailleur negro, collar de perlas, zapatos de salón con tacón de tres centímetros, rosarios olorosos de pétalos de rosa, la Inmaculada Concepción en la mesilla de noche, tubos y cajas de pastillas antidepresivas, una mujer sola y perfectamente respetable. Mi madre.

Yo debí de ser el resultado de uno de los últimos encuentros de mis padres porque, hasta donde mi memoria alcanza, siempre durmieron en habitaciones separadas y jamás se permitieron, al menos ante mí, ningún tipo de proximidad física: ni cogerse de la mano ni besarse. Ni siquiera se miraban a los ojos.

De la misma forma que el Sol rige a la Tierra, yo estaba regida por mi madre, era su planeta. Ella me despertaba, me lavaba, me vestía, me daba el desayuno, me acompañaba hasta el colegio y en aquella misma puerta me esperaba a la hora en que acababan las clases para llevarme de vuelta a casa. Se ocupaba de que me quitara el uniforme y me pusiera la bata de estar por casa, me daba la cena, me ayudaba con los deberes y antes de dormir me contaba, apoyando su antebrazo en mi almohada, historias de niños piadosos a los que se les aparecía la Virgen, mientras me acariciaba los rizos y yo me iba quedando dormida.

Mi madre era ordenada y meticulosa hasta la exageración. Recordaba religiosamente las fechas de todos mis aniversarios —cumpleaños, santos, primera dentición, fiesta del colegio...— sin requerir siquiera de una sola anotación en el calendario. Se mostraba orgullosísima de su extraordinaria eficacia respecto a la organización doméstica. Podría entrar un extraño en su casa, abrir cualquier armario, cualquier cajón, y nada encontraría que pudiera avergonzar a mi madre, pues todos estarían impecablemente limpios y meticulosamente ordenados. Se podría comer en el suelo del cuarto de baño. Sí, mi madre era el orgullo de la Sección Femenina, la santa patrona de la abnegación y el sacrificio. Cosía, zurcía, planchaba, limpiaba, hacía punto y cuadros de *petit point*. A diferencia de todas sus amigas, nunca había necesitado asistenta, y, para colmo, como ella misma recalca orgullosa, aquel despliegue de hiperactividad doméstica no le restaba tiempo para atender sus numerosos compromisos sociales: sus partidas de bridge, sus tés con pastas, sus cenas fuera de casa, sus salidas al teatro y al ballet.

Le había costado muchísimo tenerme, y de hecho, me concibió cuando prácticamente no albergaba ya esperanzas, después de haber visitado a los mejores médicos de Madrid, de haberle hecho novenas a santa Sara, que quedó encinta a los noventa años, y a santa Rita, patrona de los imposibles, después de haber tenido tres abortos que le dolieron como tres puñaladas en el vientre y en el alma. Y a sus treinta y seis años nació yo, por fin, el fruto de sus entrañas que había estado esperando durante dieciséis. Aquel bebé de miembros regordetes que era yo, había sido su único deseo y obsesión. Y por consiguiente, me mimó todo lo que supo. Procuraba estar a mi lado todo el tiempo posible. Me compraba libros, caramelos y juguetes, y respondía a todas mis preguntas. Yo la adoraba, de pequeña.

En cuanto a mi padre, de lunes a viernes vivía recluido en una oficina de la que regresaba muy tarde y muy cansado, normalmente cuando yo estaba metida ya en la cama; y los domingos se atrincheraba en su despacho, con el periódico por parapeto, sin que se me permitiera, bajo ningún concepto, interrumpir su descanso. Yo le veía poco y él dirigía continuas miradas al reloj mientras estaba en mi compañía. El poco tiempo que estaba en casa, se hacía notar. Ellos dos se peleaban a menudo, normalmente a gritos. Con los años deduje, a partir de los insultos y las recriminaciones que se le escapaban a mi madre en las peleas, que mi padre tenía otras mujeres, y que tampoco se esforzaba mucho en ocultarlo.

Mi madre no pensó jamás en separarse. Faltaría más: ella era católica practicante. Su religión era lo más importante en su vida. No comprendo exactamente qué es la fe, pero sé qué era lo que convertía a mi madre en una creyente tan devota: el hecho de tener una agarradera, una justificación, una razón para vivir. Su marido no la quería (o no la quería como ella hubiese querido que él la quisiese) y ella sólo podía ser esposa y madre: ni había deseado ni le habían enseñado otra cosa. Además, en el medio en el que se movía y se había criado, aquel mundo del club de bridge y las reuniones de la parroquia, las divorciadas estaban mal vistas. En aquel ambiente se valoraba a los hombres por sus acciones y a las mujeres por su físico y más tarde por lo que hacían sus maridos, y toda la vida se organizaba desde fuera hacia dentro. Así de simple.

Además, la suya no era una situación excepcional, sino, más bien, moneda común. Todos los hombres buscaban respiros fuera de casa. Esta idea, que no era sino la oscura noción que de las relaciones conyugales pueda tener una niña que aún no sabe exactamente por qué es raro que un matrimonio no comparta la cama, pero que entiende que las habitaciones separadas implican un problema, se concretaría a mis quince años, cuando sorprendí en una cena en el Club de Campo una conversación que no hubiera debido llegar a mis oídos: dos socios de mi padre, que se habían sentado a mi lado y que estaban demasiado bebidos como para reparar en el excesivo, indiscreto, volumen de su voz, comentaban cómo en una fiesta prevacaciones a uno de ellos se le había ocurrido contratar a una prostituta, y todos los socios del bufete se la habían beneficiado en el cuarto de baño. Excepto Carlos Franco, le decía el uno al otro, que ya sabes cómo es, no sé si opusino o mariquita. El raro, pues, era el que no había aceptado ese comercio. Todos los demás daban por hecho que la infidelidad era un marchamo de hombría, una prueba inequívoca de virilidad.

Así pues, mi padre tampoco pensó nunca en dejarnos, creo, a pesar de los gritos y las discusiones constantes. En el mundo de mis padres, los señores tenían una legítima que se quedaba en casa con los niños y que les acompañaba a las recepciones: una mujer como mi madre, informada sin ser pedante, discreta sin llegar a sosa, bella aunque no llamativa, amena pero no avasalladora. Una brillante medianía, vamos. Una señora que tocase el piano aceptablemente, que hablase francés y que se hubiese educado en un convento.

Para mi madre, el matrimonio era el lugar del amor, de un amor hecho de dedicación, obediencia y respeto. Cualidades que irían, por supuesto, de la mujer al hombre y no al contrario. Pero la libertad de elegir o de rechazar el amor, los abandonos y los arrepentimientos, la esperanza y la desesperación, en suma, todos los detalles que conforman la pasión, no tenían nada que ver con el matrimonio. Ella contrajo matrimonio como quien contrae una gripe, y ni siquiera creo que el afecto influyera gran cosa en su elección. Quería a mi padre, al principio, pero de no haberle conocido a él se habría casado con cualquier otro parecido. Me parece que mi madre se decantó por la maternidad frente a la vida religiosa, las dos únicas opciones de las que era consciente.

Mientras transcurrió mi infancia, nada hacía prever que nuestra relación iba a acabar por deteriorarse de semejante manera. Yo quería mucho a mi mamá, hasta tal punto que cuando las niñas del colegio me preguntaban que a quién quería más, a mi padre o a mi madre, yo contestaba sin dudarle: a mi madre. Siempre. Y las niñas que respondían «a los dos por igual» me resultaban muy sospechosas. No me fiaba de nadie que viviese en las medias tintas, que no tuviese decidido a qué bando pertenecía.

Sí, mi madre era mi sol y regía mi existencia. Pero el sol es menos estable de lo que parece; tiene estaciones y tormentas y ritmos de actividad, y las variaciones solares influyen directamente sobre sus planetas. El sol es agente de cambios terrestres: su brillo afecta a las temperaturas; sus rayos ultravioleta a los vientos y a la producción de ozono; sus tormentas de campos magnéticos y partículas subatómicas a las lluvias y la cantidad de nubes. De alguna manera, si el sol se enfada, si estalla en un bombardeo cósmico, la Tierra sufre el cambio de humor en su corteza.

Mi madre cambió, y yo con ella.

Lucía Etxebarria, *Beatriz y los cuerpos celestes*, 1998.

\*        \*  
\*

To my father, I'm Beatriz; to my friends, I'm Bea. Monica – and only Monica – sometimes used to call me Betty; and when I was little, my mother gave me nicknames depending on my hair: it was always, "Come here, Pigtails", or "Give me kiss, Curly", based on whether I was wearing my long hair up or down.

Powdered makeup, blond highlights, lipstick and bridge club; black tailored suits, pearls, sensible shoes with a one inch heel; rosaries scented with rose petals, a statue of the Virgin of the Immaculate Conception on her bedside table; boxes and jars of antidepressants: a lonely and perfectly respectable woman. My mother.

I must have been the result of one my parents' last encounters, since as far back as I can remember they've always slept in separate rooms. They've never gone in for any kind of physical intimacy, or at least not in front of me: I've never seen them holding hands or kissing.

They've never even looked each other in the eyes.

In the same way that the Sun governs the Earth, I was governed by my mother: I was her planet. She woke me in the mornings, she washed and dressed me, she made my breakfast, she took me to school and she was always waiting at the gate to take me home after class. She made sure I took off my uniform and put on my smock when I got home. She made me dinner, she helped me with my homework and then, before I went to sleep, she leaned on my pillow to tell me stories about pious little children who had seen apparitions of the Virgin Mary while she stroked my curls and I drifted off to sleep.

My mother was tidy and meticulous in the extreme. She religiously remembered every one of my anniversaries – birthdays, saint's days, my first tooth, the school party – without ever having to make a note in the calendar. She was immensely proud of her incredibly efficiency when it came to housekeeping. A stranger could walk into her home, open any cupboard or drawer and he would never find anything to embarrass her, as everything was always impeccably clean and meticulously tidy. You could literally eat off the bathroom floor.

Yes, my mother was the pride of Franco's Women's Section, the patron saint of forbearance and self sacrifice. She sewed, she ironed, she cleaned; she knitted and she stitched. Unlike all her friends, she never had to hire a cleaning lady and – as she used to proudly point out – after this hyperactive outpouring of domestic activity she could still make time for her many social engagements: her bridge games, her afternoon teas, her restaurant dinners and her trips to the theatre and ballet.

She struggled to have me, and in fact by the time I was finally conceived she had almost given up hope: she'd seen the best doctors in Madrid, she'd prayed to Saint Sarah, who became pregnant at the age of 90, and to Saint Rita, the patron saint of impossible causes, and she'd had three miscarriages which felt like three stab wounds to her stomach and soul. I was finally born when she was 36 years old: the fruit of her loins after sixteen years of waiting.

That chubby little baby who I was back then became her only hope and her obsession. And so, of course, she spoilt me as best she could. She tried to spend as much time with me as possible; she bought me books, sweets and toys, and answered all of my questions. I adored her, when I was little.

As for my father, he spent all week shut away in an office and came home late and exhausted, and by then I was usually already tucked up in bed. On Sundays he used to barricade himself inside his office with a newspaper as his rampart and he made it clear that I should never interrupt his rest under any circumstances. I hardly ever saw him and he kept glancing at the clock whenever he was with me. On the few occasions when he was at home, it showed. The two of them argued a lot, usually at the top of their voices. Over the years I deduced from the various insults and recriminations that my mother couldn't hold back that my father had other women, and that he didn't exactly try to hide it.



My mother never thought about leaving him. Obviously not: she was a practicing catholic. Her religion was the single most important thing in her life. I don't exactly understand what faith is, but I do know what made my mother such a devout believer: it was about having something to hold onto, a justification for existence and a reason to live. Her husband didn't love her (or didn't love her the way she wanted him to) and she only knew how to be a wife and mother: she'd never wanted or learnt how to do anything else. And anyway, in the circles she lived and grew up in – that world of bridge clubs and parish meetings – people looked down on divorced women. In a society which valued men for their actions and women first for their figure and then for what their husband did, your life was arranged from the outside in. It was as simple as that. Anyway, it wasn't as if her story was exceptional. In fact it was common as muck. All men went looking for breathing space outside of their own homes. This concept – which basically amounts to the dubious idea that conjugal relations can give birth to a daughter who doesn't know exactly why it's weird for a married couple not to share a bed, but does understand that separate rooms mean something's wrong – really came home to me one day when I was fifteen years old and I overheard a conversation at a country club dinner which should never have reached my ears: two of my father's business partners were sitting next to me and were too drunk to notice how loud and indiscreet they were being. They were talking about a summer party where one of them had come up with idea of hiring a prostitute, and all the partners in the firm had gone with her to the bathroom to make the most of it. "Everyone except for Carlos Franco", one of them said. "You know what he's like, I can't tell if he's a killjoy or if he's queer." In other words, the only oddball one was the man who didn't want any part of this business transaction. The others all took it for granted that infidelity was a sign of manliness, an unmistakable badge of virility.

And so, I don't think my father ever thought about leaving us either, in spite of the constant yelling and arguments. In my parents' world, men of his class had a lawful wedded wife who stayed at home with the kids and accompanied them to receptions. A woman like my mother: well informed without being pedantic, discreet without being dull, attractive without drawing attention to herself, sociable without being in-your-face. In other words, a perfect mediocrity. A lady who played the piano acceptably, spoke French and had a convent education.

My mother thought that marriage was the home of love: a love consisting of dedication, obedience and respect. Of course, these qualities were only ever directed from the woman to the man and never the other way round. On the other hand, the freedom to choose or reject love, betrayal and regret, hope and desperation – or, in other words, all the little details that come together to make passion – had nothing to do with marriage whatsoever. She caught marriage like you catch the flu, and I don't even think her choice had much to do with affection. She loved my father to begin with, but if she hadn't met him she'd have married any other man like him. I think my mother chose motherhood over a life of religion: the only two options she ever knew.

When I was a child, there were no signs whatsoever that our relationship would fall apart the way it did. I loved my mother so much that whenever the other little girls at school asked me who I loved more, my father or my mother, I could answer without thinking: my mother. Every single time. I was very suspicious of the little girls who said "I love them both the same". I didn't trust anybody who lived in grey areas, who hadn't yet picked a side. Yes, my mother was my sun and she governed my existence. But the sun is less stable than it looks: it has seasons and storms and rhythms of activity, and solar variation has a direct effect on the planets. The sun is the agent of change on earth: its light affects the temperatures; its ultraviolet rays affect the wind and the production of ozone; its geomagnetic storms and subatomic particles affect the rain and the number of clouds. Somehow, if the sun gets fed up and begins a cosmic bombardment, the Earth suffers the changing mood in the core of its crust.

My mother changed, and I changed with her.

## EL CAMINO DE LOS INGLESES

En el centro de nuestras vidas hubo un verano. Un poeta que no escribió ningún verso, una piscina desde cuyo trampolín saltaba un enano con ojos de terciopelo y un hombre al que una noche se llevaron las nubes. Los días cayeron sobre nosotros como árboles cansados.

Ésta es la historia de Miguel Dávila y de su riñón derecho. Y también es la historia de mucha otra gente, de la Señorita del Casco Cartaginés, de Amadeo Nunni el Babirusa o la de Paco Frontón y aquel coche de color fresa y nata en el que se paseaba cuando su padre estaba en la cárcel. Y también es mi propia historia. Al recordar aquel tiempo voy resucitando una parte de mí mismo. Como un viejo paisajista que al pintar los ríos, las hojas de los árboles y el azul de las montañas que tiene frente a él estuviese dibujando el contorno de sus ojos, el trazo sinuoso que el tiempo ha dejado en las arrugas de su piel. Su autorretrato.

No sé qué fotografía, de todas las que nos han hecho a lo largo de la vida, sería la que acabaría por definirnos. La que por encima del tiempo diría quiénes hemos sido verdaderamente. Pero sí sé que el verano en el que ocurrió la historia de Miguel Dávila es la foto que define lo que fue el germen, la verdadera esencia de nuestras vidas.

A Dávila lo vimos regresar al barrio la mañana de un día despejado de finales de mayo, cuando los jazmines de doña Úrsula empezaban a llenar la calle con su olor dulzón y los gatos que en otro tiempo había despellejado vivos Rafi Ayala maullaban con la desesperación del cielo. Dávila tenía la misma figura delgada y altiva de siempre, aunque en la espalda, bajo la camisa blanca y un poco crujiendo, llevaba una cicatriz de cincuenta y cuatro puntos en forma de media luna. A Dávila todo el mundo lo conocía como Miguelito. Después de la operación que sufrió aquella primavera también empezó a ser conocido como Miguelito el Poeta o, simplemente como Dávila el Loco. Bajo el brazo llevaba un libro grueso y con el borde de las hojas un poco rizadas. El símbolo de su desgracia.

«Me pusieron el riñón en una bandeja y luego una enfermera gorda lo echó a una cubeta con papeles sucios, guantes de goma y cajas de cerillas vacías», fue lo primero que comentó Dávila en el Salón Recreativo Ulibarri, con una sonrisa despectiva y el orgullo de su herida aclarándole un poco el color pardo de los ojos. El Babirusa fue el primero de sus amigos en verlo. Al llegar al Salón Recreativo se sentó en la nevera de los refrescos para mirarlo desde lejos mientras Dávila le contaba al Carne, a Milagritos Dulce y al maestro Antúnez la aventura de su operación.

El Babirusa era pequeño, tenía cara de malayo o de chino y un peinado de franciscano o algo así, con el flequillo de pico y las patillas recortadas casi por encima de las orejas. Las piernas le colgaban a lo largo del frigorífico rojo, sin llegarle al suelo, y él golpeaba suave y repetidamente con el tacón de su zapato derecho la segunda «o» de las palabras Coca Cola. «Una enfermera gorda y morena, una gallina clueca que me daba de comer, me lavaba las manos o la polla cuando no podía moverme y que luego tiró mi riñón a la basura como quien tira cáscaras de patata, así lo hizo.»

Ni el Babirusa ni Avelino Moratalla habían ido a verlo al hospital. «Por no parecer maricones», dijo el Babirusa. Paco Frontón sí fue una tarde, cuando corrió el rumor de que Miguelito se iba a morir. Ni siquiera entró en la habitación. Se quedó en la puerta, mirándolo desde lejos como aquella tarde lo miraba el Babirusa. La madre de Dávila estaba sentada en una silla doblando y volviendo a doblar un pañuelo entre las manos. Miguelito volvió muy despacio la cabeza en la almohada, miró a Paco Frontón y con la boca hizo un movimiento raro, como si se quisiera reír. Pero nunca estuvo seguro Paco Frontón de que los ojos de su amigo lo hubieran distinguido de la figura de un enfermero, de la propia muerte o incluso de la blancura de la pared.

Pero no murió Miguel Dávila. «*Ordiretedunque a quelcadutoche'lsuo nato è co'viviancorcogiunto*», les dijo aquella tarde a quienes lo estaban escuchando en el Salón Ulibarri. Y como el Carne y

Milagritos Dulce se quedaron mudos y el maestro Antúnez, tan delgado como una calavera, con el pelo gris peinado hacia atrás, dijese, rizando hasta lo insólito todas las arrugas de la frente:

- ¿Lo qué?

Dávila pronunció despacio:

- « Diréis ahora a aquel yacente que su hijo aún se encuentra con los vivos ».

Y se levantó del banco en el que estaba sentado, dejando al Carne, a Milagritos Dulce y al maestro Antúnez con una expresión inocente y confusa en la cara, simulando los tres que al fin habían comprendido lo que Miguelito les había querido decir antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la salida. Se detuvo delante del Babirusa. Se miraron los dos, ahora sí, con una sonrisa abierta. Y sin decirse nada, el Babirusa saltó de la nevera y salió del Salón Recreativo Ulibarri al lado de Miguel Dávila, llegándole con su coronilla levantada más abajo del hombro, con sus andares de saltimbanqui y los ojos de chino o de malayo brillando de orgullo por la cicatriz de cincuenta y cuatro puntos en forma de media luna que su amigo, regresado del reino de los muertos, tenía en la espalda. Contenía la respiración y el habla el Babirusa para no pedirle a Miguelito Dávila que se levantase la camisa y allí mismo, en mitad de la calle, le mostrara de una vez aquella huella del infierno.

Esa tarde yo había ido a llevarle los apuntes a González Cortés al bar de su padre. Cortés, todavía más alto de lo que parecía en clase a causa de aquel mandil blanco que casi le llegaba a los tobillos, estaba de pie a mi lado, junto a aquellas mesas que había pegadas a los ventanales del bar. El Garganta se agachaba para poder verse la cabeza entre las botellas de licor y peinarse con mucho detenimiento en el espejo que había detrás de la barra. Llevaba su traje de las grandes ocasiones y una camisa verde esmeralda, con los cuellos aplastados sobre las solapas de la chaqueta negra.

González Cortés estaba preguntándole al Garganta si iba a otra entrevista para trabajar en la radio, secándose las manos en el mandil, cuando miró hacia la calle y me dijo, con la sonrisa entristecida de repente, «Mira. Dávila. Decían que iba a morirse». Yo volví la cabeza y los dos vimos pasar por el otro lado de la calle a Miguelito y a Amadeo Nunni el Babirusa caminando a su lado. El sol de la primavera iluminaba las dos figuras. Dávila con su camisa blanca medio almidonada y el otro, pequeño y saltarín, con sus zapatos de fieltro pintorreados con banderas sudistas, cruces gamadas y calaveras de pirata. Victoriosos de no se sabe qué lejana batalla. Todavía inocentes e intrépidos.

Ésa fue la primera tarde que Miguelito vio a Luli Gigante. Ya la había visto tiempo atrás, cuando iba con sus amigos a observar cómo Rafi Ayala despellejaba gatos en las tapias del Convento o a ver cómo se metía la punta de un destornillador por el agujero de la uretra o se subía a pulso sobre un ladrillo colocado encima del pene. También la había visto algunas mañanas, antes de caer enfermo, en el camino de los Ingleses, ella abrazada a sus libros y él por la acera contraria, camino de la droguería. Pero aquella fue la primera vez que Luli le dedicó una mirada lenta y una sonrisa que apenas era una sonrisa, tan suave que el Babirusa no la advirtió y Miguelito, cuando ya había avanzado unos pasos calle adelante, tampoco estaba seguro del gesto.

Pero antes de ese fugaz encuentro, al apartar yo la vista de la calle, de aquellas dos figuras, la de Dávila y el Babirusa, mis ojos fueron a pararse en las manchas de agua que las manos mojadas de González Cortés acababan de dejar en la blancura de su mandil. Y al ver el rastro gris suave de la humedad en la tela sentí lo mismo que se siente en las tardes de sol, cuando pasa una nube y de pronto se oscurece la luminosidad de un día feliz.

El padre de Amadeo Nunni el Babirusa había desaparecido una noche de tormenta y granizo, casi ocho años atrás. En un primer momento creyeron que lo habían asesinado en uno de los portales de la Pelusa. Habían encontrado un hombre muerto con la chaqueta del padre de Amadeo puesta, agujereada a puñaladas, doce, más una en el pantalón, y con su cartera metida en un bolsillo interior de la americana. La madre del Babirusa lloraba desconsolada en mitad de la lluviosa madrugada mientras él, un niño de apenas nueve o diez años, permanecía sentado en un rincón del comedor con un pijama de listas, un uniforme de presidiario. Mantenía la oscuridad de sus

ojos medio asiáticos concentrada en el suelo, en el dibujo sinuoso de las baldosas, las piernas sin llegarle al suelo y los dedos de las manos, cortos, amarillos por la fuerza, apretando el borde de la silla. Soportando el redoble irregular del granizo en el techo y en los cristales de la casa y el llanto en la garganta de su madre.

Y cuando el guardia municipal que les había llevado la noticia habló de la cojera, del alza en la bota derecha y la incapacidad de correr del padre de Amadeo para huir del posible asesino, la madre dejó repentinamente de llorar y el Babirusa levantó un poco, sólo unos milímetros, la vista de las baldosas. Ahora miraba los rodapiés.

- ¿Qué bota? ¿Qué alza?

Cesó de súbito el granizo, la lluvia.

- ¿Qué alza? - volvió a preguntar desorientada la madre del Babirusa con voz de resfriado, tragándose las lágrimas -. ¿Qué bota?

El guardia se quedó mirando los ojos tan abiertos, casi suplicantes de la mujer. También miraba el silencio súbito que ahora llegaba de la calle y los cristales.

- La bota. La de la pierna coja.

El Babirusa apretaba el borde de la silla, crujía sordamente la vivienda de las polillas. A su madre se le había congelado una expresión de espanto en la cara.

- Ese hombre era cojo - dudaba el guardia -. Tiene la cartera de su marido.

Bizqueaba el Babirusa.

- Y entonces, ¿mi marido? ¿No lo han matado? - preguntó, quizá desilusionada, la madre de Amadeo Nunni -. ¿Entonces dónde está?

Nadie supo nunca dónde estaba el padre del Babirusa. Desapareció aquella noche como si nunca hubiera existido, como si fuese uno de aquellos granos minúsculos de hielo que se derretían apenas tocar el suelo y se fundían para siempre con el agua de la lluvia. «Mi padre fue un fenómeno atmosférico», repitió el Babirusa cada vez que se refirió a su progenitor. «Se fue como las ranas esas que se llevan las nubes y luego caen con la lluvia en otra parte, sólo que a mi padre todavía no lo han llovido», y miraba al cielo el Babirusa, sin importarle que no hubiera el menor rastro de una nube o estuviese en mitad de una noche cuajada de estrellas. Su padre siempre estaba a punto de caer del cielo.

La que también decidió desaparecer unos meses después fue la madre del Babirusa, aunque ella dejó remite y de vez en cuando le mandaba besos de carmín metidos en una carta. Ella no fue un fenómeno atmosférico, y si subió al cielo fue simplemente porque cogió un avión de la compañía TWA rumbo a Londres después de haber estado los meses siguientes a la evaporación de su marido intentando ganarse la vida como empleada doméstica. En la capital británica encontró trabajo en el guardarropa de un museo, aunque había quien aseguraba que el único museo que ella conocía era el de su entepierna.

Al Babirusa lo dejó en Málaga al cuidado de su abuelo paterno y de una cuñada, Fina. «En Inglaterra todo es muy raro. Guían los coches al revés», sostuvo como principal argumento para dejar a su hijo en compañía de su familia política. Fue entonces cuando Amadeo llegó al barrio. A lo largo de aquellos años el Babirusa apenas creció. Conservaba su estatura de niño, quizá a la espera de que su padre regresara y él pudiese disfrutar de los años robados a la infancia. También conservó su aire reconcentrado y la mirada esquiva. La principal transformación se produjo en su cara, en el leve estiramiento de los párpados, cada vez más rasgados, y en el endurecimiento de su mentón, que en mitad de aquella cara de niño se iba robusteciendo, haciéndose cada vez más cuadrado.

Amadeo Nunni tardó bastante tiempo en hacerse amigo de Miguelito Dávila, Avelino Moratalla y Paco Frontón. Los primeros años en el barrio los pasó encerrado en la casa de su abuelo y su tía. Mirando el cielo y cavilando sobre su dudosa orfandad, recibiendo aquellas cartas desde Londres en las que al final de tres o cuatro párrafos, siempre idénticos, dirigidos al abuelo y de las mismas

seis palabras destinadas a su cuñada, «Finita siempre tan mona, I suppose», su madre escribía con letras mayúsculas, PARA MI NIÑO. Sobre estas letras estampada un beso de carmín fucsia. «Como las putas. Menuda pájara», sentenciaba invariablemente Fina levantando las cejas en un gesto de desprecio teatral que dejaba al Babirusa todavía más confuso, siempre avergonzado al ver aquellas estrías blancas y rosadas marcadas en el papel como si contemplase una fotografía de su madre desnuda en medio de la calle.

Antonio Soler, *El camino de los Ingleses*, ed. Destino, 2004, pp. 11-19.

\*

\*      \*

Il y eut un été au centre de nos vies, un poète qui n'écrivit aucun vers, une piscine où tombait du haut d'un plongeoir un nain aux yeux de velours et un homme qu'une nuit les nuages emportèrent. Les jours tombèrent sur nous comme des arbres morts.

Ceci est l'histoire de Miguelito Dávila et de son rein droit. Et c'est aussi l'histoire de beaucoup d'autres personnes, de la Demoiselle au Casque Carthaginois, d'Amadeo Nunni, le Babiroussa, et celle de Paco Frontón avec sa voiture couleur fraises à la crème dans laquelle il se promenait quand son père était en prison. Et c'est aussi ma propre histoire. En me rappelant cette époque, c'est une partie de moi-même qui ressuscite. Tel un vieux paysagiste voulant peindre des rivières, les feuilles des arbres et le bleu des montagnes qui sont devant lui, tracerait le contour de ses yeux, la marque sinueuse que le temps a laissé dans les rides de sa peau. Son autoportrait.

Je ne sais quelle photographie, parmi toutes celles qu'on a prises de nous au cours de notre existence, serait celle qui nous définirait le mieux. Celle qui, hors du temps, montrerait qui nous avons été vraiment. Mais je sais que l'été au cours duquel se déroula l'histoire de Miguel Dávila est la photographie qui définit ce que fut le germe, l'essence même de nos vies.

Nous avons vu Dávila revenir dans le quartier un beau matin, à la fin du mois de mai, quand les jasmins de doña Ursula commençaient à envahir la rue de leur odeur sucrée et que les chats, qu'en d'autres temps écorchait vifs Rafi Ayala, miaulaient en rut, désespérément. Dávila avait toujours sa silhouette fière et hautaine malgré les cinquante quatre points de suture de la cicatrice en demi-lune qu'il cachait sous sa chemise blanche, légèrement empesée, Tout le monde connaissait Dávila sous le nom de Miguelito. Depuis l'opération qu'il avait subie ce printemps-là on commençait à l'appeler aussi Miguelito le Poète ou, carrément, Dávila le Fou. Il portait sous le bras un gros livre tout écorné. Le symbole de son malheur.

« On a mis mon rein sur un plateau et une grosse infirmière l'a jeté dans une corbeille avec des vieux papiers, des gants de caoutchouc et des boîtes d'allumettes vides », tels furent les premiers mots de Dávila quand il entra dans la salle des billards Ulibarri un sourire de mépris aux lèvres et la fierté de sa blessure illuminant un peu ses yeux gris. Le Babiroussa fut le premier de ses amis à l'apercevoir. Il s'était assis sur le réfrigérateur des boissons pour regarder de loin Dávila qui racontait à Bidoche, à Milagritos Dulce et au maître Antúnez l'histoire de son opération.

Le Babiroussa était petit, il avait une tête d'Indonésien ou de Chinois et une coiffure de franciscain, avec une mèche tombante et des pattes presque au-dessus des oreilles. Ses jambes pendaient le long du réfrigérateur rouge sans arriver jusqu'au sol et il tapotait doucement et sans cesse du talon de sa chaussure droite le premier « o » du mot Coca-Cola. « Une grosse infirmière brune, une poule couveuse qui me faisait manger, me lavait les mains et la bitte quand je ne pouvais pas bouger a jeté ensuite mon rein aux ordures comme on jette des épluchures de pommes de terre. »

Ni le Babiroussa, ni Avelino Moratalla n'avait été le voir à l'hôpital. « Pour ne pas passer pour des pédales », avait dit le Babiroussa. Paco Frontón, lui, y était allé un après-midi quand le bruit avait

couru que Miguelito allait mourir. Mais il n'était même pas entré dans la chambre. Il était resté à la porte, à le regarder de loin, comme le regardait cet après-midi-là le Babiroussa. La mère de Dávila était assise sur une chaise, pliant et dépliant un mouchoir entre ses mains. Miguelito avait tourné lentement la tête sur son oreiller, il avait regardé Paco Frontón et avait tordu bizarrement ses lèvres, comme s'il voulait rire. Mais Paco Frontón ne fut jamais sûr que son ami ne l'ait pas confondu avec un infirmier, avec l'image de la mort ou simplement avec la blancheur du mur.

Pourtant Miguel Dávila ne mourut pas. « Or diretedunque a quel caducoche'lsuonato è co'viviancorcogiunto » dit-il cet après-midi-là à ceux qui l'écoutaient dans la salle Ulibarri. Et comme Bidoche et MilagritosDulce restaient bouche bée et que le maître Antúnez, squelettique, ses cheveux gris rejetés en arrière et les yeux écarquillés s'écriait :

- Quoi ?

Dávila traduisit lentement :

- « Vous direz alors à ce gisant que son fils se trouve encore parmi les vivants ».

Il se leva du banc où il était assis, laissant Bidoche, MilagritosDulce et maître Antúnez stupéfaits mais faisant semblant d'avoir compris ce que Miguelito avait voulu dire avant de se diriger vers la sortie. Il s'arrêta devant le Babiroussa. Ils se regardèrent alors en échangeant un large sourire. Et sans rien dire, le Babiroussa sauta à bas du réfrigérateur et quitta la salle Ulibarri en compagnie de Miguel Dávila, sa tête à peine à la hauteur de son épaule, avec ses allures de saltimbanque et ses yeux de Chinois ou d'Indonésien brillants de fierté en pensant à la cicatrice de cinquante-quatre points de suture en forme de demi-lune que son ami, revenant du royaume des morts, avait dans le dos. Le Babiroussa devait retenir sa respiration et sa langue pour ne pas demander à MiguelitoDávila de soulever sa chemise là même, en pleine rue, pour qu'il voie enfin cette marque infernale.

J'étais allé, cet après-midi-là, porter des notes à González Cortés, au bar de son père. Cortés, qui paraissait encore plus grand qu'en classe dans ce tablier blanc qui lui arrivait presque aux chevilles, était debout à côté de moi, devant une de ces tables qui étaient près de la fenêtre du bar. La Glotte se baissait pour se regarder dans la glace entre les bouteilles de liqueur et rectifiait sa coiffure. Il portait son costume des grands jours et une chemise vert émeraude, col ouvert sur sa veste noire.

González Cortés, qui s'essuyait les mains sur son tablier et demandait à La Glotte s'il allait à un autre rendez-vous à la radio, regarda alors la rue et me dit, cessant soudain de sourire, « Regarde Dávila. On disait qu'il allait mourir. » J'ai tourné la tête et nous avons vu tous les deux passer de l'autre côté de la rue Miguelito et Amadeo Nunni, le Babiroussa, qui marchait à côté de lui. Un soleil printanier brillait sur les deux silhouettes. Dávila, avec sa chemise blanche légèrement empesée et l'autre, petit et sautillant, dans ses godasses peinturlurées de drapeaux sudistes, de croix gammées et de têtes de mort. Victorieuses d'on ne savait quelle bataille. Restées innocentes et intrépides.

C'est la première fois que Miguelito rencontrait LuliGigante l'après-midi. Il l'avait aperçue longtemps auparavant, quand elle allait avec des amis voir Rafi Ayala écorcher des chats sur le mur du Couvent ou le voir s'introduire la pointe d'un tournevis dans le trou de son urètre ou bander sous une brique posée sur sa queue. Il l'avait aussi vue certains matins, avant de tomber malade, sur le Chemin des Anglais, serrant des livres dans ses bras alors qu'il était sur le trottoir d'en face, allant vers la droguerie. Mais, maintenant, pour la première fois, Luli lui adressait un lent regard et un sourire qui en était à peine un, si léger qu'il échappa au Babiroussa et que Miguelito, qui avait avancé de quelques pas dans la rue, n'était même pas sûr que c'en avait été un.

Mais avant cette rencontre furtive, mes yeux, cessant de regarder la rue et ces deux silhouettes, celle de Dávila et celle du Babiroussa, se fixèrent sur les traces d'eau que les mains mouillées de González Cortés avaient laissées sur la blancheur de son tablier. Et en voyant cette légère trace

d'humidité sur la toile, j'ai senti ce qu'on ressent les jours ensoleillés quand passe un nuage qui obscurcit soudain la luminosité d'un beau jour.

Le père d'Amadeo Nunni, le Babiroussa avait disparu, il y a presque huit ans, au cours d'une nuit d'orage et de grêle. On avait cru d'abord qu'il avait été assassiné sous l'une des arcades de la Pelusa. On avait trouvé un cadavre portant la veste du père d'Amadeo percée de douze coups de couteau, plus un dans le pantalon, et son portefeuille mis dans une poche intérieure de la veste. La mère du Babiroussa pleurait, inconsolable, en ce matin pluvieux tandis que lui, un enfant d'à peine neuf ou dix ans, restait assis dans un coin de la salle à manger, dans son pyjama rayé, un uniforme de prisonnier. Ses yeux sombres, à demi asiatiques, baissés, fixant les sinuosités du carrelage, ses pieds n'atteignant pas le sol et ses petits doigts jaunis d'être restés crispés sur le bord de la chaise. Supportant le tambourinement irrégulier de la grêle sur le toit et contre les vitres de la maison et les sanglots étouffés de sa mère.

Quand le garde municipal qui leur avait apporté la nouvelle parla de claudication, de hausse dans la bottine droite ne permettant pas au père d'Amadeo de courir pour fuir un éventuel assassin, la mère cessa soudain de pleurer et le Babiroussa leva un peu, de quelques millimètres, ses yeux du carrelage. Il regardait maintenant le bas du mur.

- Quelle bottine ? Quelle hausse ?

La grêle avait soudain cessé. Et la pluie.

- Quelle hausse ? demanda de nouveau la mère du Babiroussa de sa voix enrhumée, ravalant ses larmes.

- Quelle bottine ?

Le gendarme regarda fixement les yeux grands ouverts, presque suppliants, de la femme. Il observait aussi à travers la vitre la rue devenue soudain silencieuse.

- La bottine de la jambe boiteuse.

Le Babiroussa serrait les bords de sa chaise. On entendait le crissement sourd des insectes dans leur habitacle. Une expression d'effroi s'était peinte sur le visage de sa mère.

- Cet homme devait boiter - dit le garde municipal d'un ton hésitant. Il a le portefeuille de votre mari.

Le Babiroussa louchait.

- Alors, mon mari ? On ne l'a pas tué ? - demanda, déçue peut-être, la mère d'Amadeo Nunni -. Alors, où est-il ?

Personne ne sut jamais où était allé le père du Babiroussa. Il avait disparu ce soir-là comme s'il n'avait jamais existé, comme s'il avait été une de ces minuscules boulettes de glace qui fondent à peine avoir touché le sol et disparaissent à jamais dans l'eau de pluie. « Mon père a été un phénomène atmosphérique », répétait le Babiroussa chaque fois qu'il faisait allusion à son géniteur. « Il est parti comme ces grenouilles que les nuages emportent et qu'ils font tomber ensuite ailleurs, sauf qu'ils ne l'ont pas encore restitué. », et le Babiroussa regardait le ciel, même s'il n'y avait aucun nuage ou si la nuit était constellée d'étoiles. Son père était toujours sur le point de tomber du ciel.

Celle qui décida de disparaître elle aussi quelques mois plus tard, ce fut la mère du Babiroussa. Mais elle, elle laissa une adresse et de temps à autre elle lui envoyait une lettre ornée de baisers au rouge à lèvres. Elle, elle ne fut pas un phénomène atmosphérique, et si elle monta dans le ciel, ce fut simplement parce qu'elle avait pris un avion de la compagnie TWA qui allait en direction de Londres, après qu'elle eut tenté, les mois qui suivirent la disparition de son mari, de gagner sa vie comme employée de maison. Dans la capitale britannique, elle trouva du travail au vestiaire d'un musée, mais on disait parfois que le seul musée qu'elle connaissait était celui de son entrejambe.

Elle laissa le Babiroussa à Málaga, aux bons soins de son grand-père paternel et d'une belle-sœur, Fina. « En Angleterre tout est étrange. On conduit les voitures à l'envers », soutint-elle et ce fut son

principal argument pour laisser son fils dans sa belle-famille. C'est alors qu'on commença à voir Amadeo dans le quartier. Le Babiroussa grandit à peine au cours de ces années-là. Il gardait sa stature d'enfant, attendant peut-être le retour de son père pour pouvoir vivre enfin ces années volées à son enfance. Il avait toujours son air concentré, son regard fuyant. Ce qui avait changé, c'était la forme de son visage. Ses paupières s'étaient légèrement étirées en amande et son menton, au milieu de ce visage d'enfant, s'était durci en augmentant de volume et il devenait de plus en plus carré.

Amadeo Nunni mit un certain temps à devenir l'ami de Miguelito Dávila, d'Avelino Moratalla et de Paco Frontón. A son arrivée dans le quartier, il passa d'abord plusieurs années enfermé dans la maison de son grand-père et de sa tante. A regarder le ciel et à se demander s'il était vraiment orphelin, recevant ces lettres de Londres dans lesquelles, au bout de trois ou quatre paragraphes, toujours identiques, adressés à son grand-père et des huit mots destinés à sa belle-sœur, « La petite Fina, toujours aussi mignonne, I suppose », sa mère écrivait en majuscules POUR MON ENFANT. Sur ces lettres, elle posait un baiser rouge fuchsia. « Comme les putes. Quelle salope ! », s'écriait invariablement Fina en haussant les sourcils dans un geste théâtral qui rendait le Babiroussa encore plus confus, toujours honteux en voyant ces stries blanches et rouges sur le papier comme s'il voyait une photographie de sa mère nue en pleine rue.

Antonio Soler, *Le chemin des Anglais*, éd. Albin Michel, 2007, pp. 8-11.